



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS INDÍGENAS**



DES Sociedad e Interculturalidad

**Maestría en Estudios sobre Diversidad Cultural
y Espacios Sociales**

**DESEO Y PLACER EN LA VEJEZ: APROXIMACIÓN DESDE
LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y ENVEJECIMIENTO**

Tesis que presenta

MAGALI CABALLERO MÉNDEZ

**Como requisito parcial para obtener el grado de
Maestra en Estudios sobre Diversidad Cultural y Espacios Sociales**

Directora

DRA. ANNA MARÍA GARZA CALIGARIS

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Junio de 2019



San Cristóbal de Las Casas, Chiapas
24 de junio de 2019
Número de oficio DIEI-223/19
Asunto: Voto aprobatorio para impresión de tesis

MAGALI CABALLERO MÉNDEZ

Matrícula número PS 814
Maestría en Estudios sobre Diversidad Cultural y
Espacios Sociales de la UNACH.
Presente

Con base en el Reglamento de Evaluación Profesional para los Egresados de la Universidad Autónoma de Chiapas, y habiéndose cumplido con las disposiciones en cuanto a la aprobación por parte de los integrantes del jurado en el contenido de su Tesis Individual titulada:

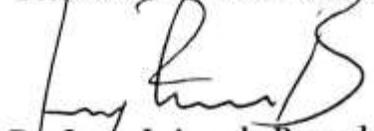
“Deseo y placer en la vejez: aproximación desde los estudios de género y envejecimiento”

CERTIFICO el **VOTO APROBATORIO** emitido por este y autorizo la impresión de dicho trabajo para que sea sustentado en su Examen Profesional para obtener el grado de Maestra en Estudios sobre Diversidad Cultural y Espacios Sociales.

Sin otro particular aprovecho la oportunidad para saludarle.

Atentamente

“Por la conciencia de la necesidad de servir”


Dr. Jorge I. Angulo Barredo
Director IEI-UNACH



Ccp. Mtro. Antonio Pérez Gómez, Encargado de la Secretaría Académica IEI-UNACH
Ccp. Dra. Sonia Toledo Tello, Coordinadora del Comité de Investigación y Posgrado del IEI-UNACH
Ccp. Dra. Marisa G. Ruiz Trejo, Coordinadora de la MEDCES-IEI-UNACH
Ccp. Expediente
JIAB/vlt

Índice

Introducción.....	1
Planteamiento del problema	1
Capítulo I. Desde dónde reflexionar acerca del género y la vejez	3
Estudios de género y envejecimiento	3
La gerontología crítica y feminista ante los estudios tradicionales de la vejez.....	11
El cuerpo como categoría útil para los estudios de género y envejecimiento	17
El deseo y el placer como propuesta para el acercamiento a la sexualidad en la vejez ...	18
Consideraciones metodológicas y herramientas técnicas.....	22
Capítulo II. El cuerpo como lugar desde la biopolítica: los espacios de la gerontogubernamentalidad	29
Del cuerpo como escala y la gerontogubernamentalidad	30
Para ubicar San Cristóbal de Las Casas.....	34
Club de oro	36
Clase de la edad de oro.....	51
Capítulo III. El deseo y el placer: experiencias de personas adultas mayores	60
La conciencia del cuerpo y la experiencia de envejecer a partir de itinerarios corporales	63
Deseo y placer en el envejecimiento	72
Gabriel “Ahora me conformo con besos y acurrucos”	73
Aura “Solo son recordaciones”	76
Catalina “A partir de que enviude ¡viva la paz!”.....	78
Bertha “que en mi imaginación quepan todas las historias que yo quiero vivir”	80
Yolanda “aprendí del placer que se me había negado por casi treinta años de matrimonio”	81

Otras formas de envejecer y de experimentar la sexualidad	83
Mónica “Siempre fui así, ¿será que soy acuario?”	84
Claudia “la amistad es uno de los grandes placeres”	95
Luisa “Yo no sabía qué era eso de provocar”	100
Nidia “no vinculo al sexo con el placer”	102
Bruno “Si me pinto el pelo, me lo voy a pintar de verde”	103
Juan “Un cuarto propio saturado de libros y ron sería un buen colofón”	107
Reflexiones finales	111
Bibliografía.....	121

Introducción

Planteamiento del problema

Simone De Beauvoir afirma que la imagen de la vejez depende de los lugares y el tiempo y que es "incierta, confusa, contradictoria" (2015: 108). Esta investigación es un esfuerzo por pensar qué significa ser vieja o viejo para gente en particular y explorar en qué sentidos se ha interiorizado nociones actuales sobre el envejecimiento en las historias personales de habitantes de San Cristóbal de Las Casas. Este trabajo busca ahondar específicamente en la relación entre género y envejecimiento, siguiendo los cuestionamientos de Arber y Ginn (1996) al respecto.

La propuesta se enmarca también en el giro corpóreo, que puede considerarse una tendencia de investigación social reciente, que cuestiona y complejiza los dualismos construidos desde la herencia cartesiana mente/cuerpo; razón/emoción; espíritu/cuerpo. Pone atención al carácter histórico y social del cuerpo, su sensibilidad, gestualidad y moldeamiento (Sabido and Cedillo, 2015). Desactivar estos dualismos en estudios sobre el proceso de envejecimiento es especialmente importante, pues los estereotipos que circulan cotidianamente se centran en características negativas del cuerpo en la vejez, describen una corporalidad cuyos elementos constitutivos progresivamente se desdibujan y se pierden, con lo que una parte cada vez mayor de la población se invisibiliza. Los discursos sobre la vejez hacen referencia tanto a hombres como a mujeres, pero operan y significan cosas distintas para cada género. Por eso esta propuesta tiene como base la conjunción del género y del envejecimiento como elementos indisolubles en la comprensión del cuerpo.

La compleja trama de representaciones sobre y no desde la vejez limita la comprensión de sus expresiones sexuales, corporales y afectivas. Profundizar a nivel empírico en ello permite redimensionar las posibilidades y condicionantes del cuerpo a lo largo de la vida. Utilizo para ello la propuesta de Esteban sobre los "itinerarios corporales" (2004) que me permiten ubicar una trayectoria a lo largo de la vida (recordada y repensada a partir del momento actual) más allá de los estereotipos negativos de la vejez. Así trato de dimensionar la vejez, sus

circunstancias y dificultades en términos prácticos, enfocando una discusión sobre el cuerpo, la sexualidad y los deseos para destacar los proyectos de vida, la agencia, de gente envejecida.

El estudio fue realizado con mujeres y hombres que asisten voluntariamente a realizar actividades culturales, artísticas, lúdicas y físicas, lo que implica cierto grado de autonomía corporal y disposición activa. Se centra en participantes de una casa de día de la municipalidad y de una clase de zumba y *fitball* en un gimnasio privado. He de admitir que participaron en el proyecto fundamentalmente mujeres que viven y se han socializado en San Cristóbal o en pueblos cercanos. Contrasto las experiencias contenidas en sus itinerarios con aquellas de personas que ahora viven en San Cristóbal, pero cuya socialización ha sido muy distinta, ya que proceden de otras ciudades. Busco reconocer los grandes cambios que han ocurrido en la ciudad en las últimas décadas y que han puesto en contacto, en yuxtaposición, a personas con trayectorias muy distintas.

Consideré que era necesario plantear al deseo y al placer con carácter prioritario dentro de la investigación. Así que para responder a la pregunta central: ¿Cuáles son las nociones de placer y deseo de mujeres y hombres constituidos como adultos mayores, y qué factores las han moldeado?, consideré los siguientes objetivos. Reconocer las nociones de placer y deseo que tienen estas personas, ubicar los contextos en que se han moldeado, identificar las prácticas sexuales previas y actuales, así como otras formas de deseo y placer corporal experimentadas, para poder analizar las diferencias de género en sus experiencias de placer y deseo como personas envejecidas.

Las experiencias con la vejez que expondré en esta tesis, son además de expresiones sociales, parte muy íntima de las personas que las narran, sus recuerdos, sus dolores y alegrías, temores y deseos. Por esto está impregnada de emociones y de empatía. Particularmente, esta investigación fue una aproximación parcial y situada, de modo tal que la información que encontré y vertí acerca de las personas mayores entrevistadas puede, como cualquier otra, ser construida e interpretada de manera distinta. Pero estoy convencida que la perspectiva de los estudios de género y envejecimiento tiene un amplio potencial para la comprensión y análisis las relaciones sociales.

Capítulo I. Desde dónde reflexionar acerca del género y la vejez

En este capítulo presento la perspectiva teórico-metodológica en la composición de esta tesis, en él propongo las categorías para los argumentos y cuestionamientos formulados por los estudios de género y envejecimiento que incentivaron este acercamiento. Incorporo también el espacio y sus escalas, con énfasis en el cuerpo, para abonar a las reflexiones sobre la construcción social del género y las edades.

Desde el comienzo de la búsqueda de un tema de investigación no dudé en ningún momento dedicar mi interés al envejecimiento, un tema al que han hecho aportaciones desde perspectivas geriátricas como la médica, demográfica, así como sociales. Los acercamientos sociales al tema radican en buena parte en analizar la situación poblacional (Creagh, García and Valdés, 2015), de salud (Manrique-Espinoza *et al.*, 2013) o económica (Wong, Rebeca y Espinoza, 2013) en las que se encuentra el aparente gran bloque de los ancianos. Pero queda pendiente ampliar la información respecto al envejecimiento reconociendo la experiencia de mujeres y hombres al respecto, algunos ejemplos de experiencias de envejecer son de Treviño, Pelcastre y Márquez (2006), Bellato (2015) y Mmabrado (2010) en el México y en el sur de Francia, respectivamente.

La investigación con más cercana es la realizada por Liliana Bellato (2015) cuyo estudio está dedicado a personas mayores y que se concentra en analizar “la forma en la que el espacio favorece la construcción de significados compartidos sobre la experiencia erótica y las normas que regulan la interacción entre personas” en el parque de la marimba y en la zona galáctica de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. La autora ubica al placer y al deseo dentro de su concepto de erotismo, luego de haber analizado la cuestión y enfatizar ir más allá de la dimensión sexual en términos coitales. Su propuesta metodológica además de nutrirse por la etnografía y las entrevistas en profundidad, tiene como un elemento innovador el estudio de los lugares y los objetos con carga erótica.

Estudios de género y envejecimiento

Este apartado tiene como finalidad exponer los cuestionamientos de los estudios de género y envejecimiento inaugurados por Arber y Gin (1996), así como de otras propuestas para

reflexionar sobre la construcción social de la edad (Bourdieu, 1990), del género (Scott, 1996) y del espacio social (McDowell, 2000) y de perspectivas tales como la gerontología crítica y feminista (Yuni y Urbano, 2008).

Debido a que en el próximo apartado ahondaré sobre el envejecimiento, comenzaré con un balance sobre el género, el cual constituye una de las principales temáticas en las discusiones contemporáneas; sus antecedentes provienen de los debates feministas, los cuales desencadenaron un sinnúmero de cuestionamientos y críticas hacia el establecimiento de diferencias y desigualdades socialmente construidas entre hombres y mujeres.

La formulación del género como concepto analítico se redefine constantemente según las teorías y posicionamientos; algunos de los cuales parten de la violencia, específicamente ejercida sobre las mujeres; otros que redimensionan el ejercicio del poder y los que se han concentrado en la sexualidad y la subjetividad.

Para analizar la contextualidad del género: Susana Narotzky y a Joan W. Scott son autoras de referencia, la primera a partir de la evolución del término dentro de la antropología social y la segunda, desde la disciplina histórica.

Los caminos por los que se ha llegado a la configuración del género, como una categoría analítica dentro de la antropología son analizados por Susana Narotzky (1995). A partir de la transición del término *mujer* como categoría unívoca, al de *mujeres* como una categoría plural, hasta llegar al *género* como una dimensión que parte de la comprensión relacional.

Por su parte, Joan Scott entiende el género como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y [...] como] una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1996, p. 287). Concentrándonos en la segunda parte de su propuesta, la autora refiere que es necesario cuestionar a “los sistemas simbólicos, las formas en que las sociedades presentan a los géneros, lo usan para enunciar, normar relaciones sociales, o construir el significado de la experiencia” (Op.Cit. 1996, pp. 280–281). Este último, tema importante para comprender la experiencia de envejecer generizada.

Estas autoras dan paso al debate sobre la reconfiguración del género como categoría conceptual, considerando los contextos discursivos en los que se han desarrollado. Pero aún queda pendiente profundizar en el debate sobre la vejez.

La lectura del libro *Relación entre género y envejecimiento* de las sociólogas inglesas Sara Arber y Jay Ginn fue el principal aliciente para el emprendimiento de esta investigación, esta obra abre paso al reconocimiento de la tarea postergada dentro de la sociología, y agregaría dentro de las ciencias sociales, de vincular al género y al envejecimiento para su análisis y comprensión. Estas autoras reflexionan alrededor de la búsqueda de propuestas que ayuden a comprender “cómo se relacionan edad y género con la distribución de poder, privilegios, y bienestar en la sociedad, y en particular, cómo contribuyen a la creación de la identidad en el sistema de valores, en el establecimiento de las relaciones sociales, en la afiliación política de otro tipo” (1996, p. 17). Apuestan a las metodologías feministas para tal acercamiento, ya que dicho enfoque “prestaba atención a voces que antes no se habían escuchado, y hacían visible lo que hasta entonces, no se había visto” (ídem., p. 20) al preocuparse por la vida cotidiana de las mujeres. Por y para ello reconocen la influencia de la biografía de la investigadora en las cuestiones estudiadas y en la interpretación de los datos.

Con la intención de ser consecuente con esta premisa del ejercicio de investigar, más adelante mencionaré algunas de las motivaciones previas al trabajo de campo, aquellas que suscitaron en él y las que se han desarrollado en el plano analítico, pues asumo que este tema se retroalimenta con mi autopercepción del curso vital, de las construcciones de género que me atraviesan y en otro plano me han llevado a la búsqueda interna de mis propias nociones de deseo y placer.

Concuerdo con Arber y Ginn en evitar considerar a las personas objetos de estudio, ellas prefieren que se enmarquen a las mujeres y hombres ancianos como sujetos de estudio, como agentes (1996, p. 20).

Proponen partir de los que denominan los tres significados de la edad, para entrelazarlos y distinguir de qué forma las implicaciones de cualquiera de estos significados están atravesadas por el género. Se trata de la *edad cronológica*, *la edad social* y *la edad fisiológica*. La edad cronológica es la más reconocida, parte de la fecha de nacimiento y se

puede contar en años “implica cambios de posición de los sujetos debido a responsabilidades y privilegios que dependen de esta edad” (ídem., p.23), con ella se sientan bases institucionales como la entrada a la escuela, adquirir figura de ciudadano o la mayoría de edad, que puede variar según el país, la región y la época, la edad de jubilación, entre otros. Es decir, se trata de la edad que marca obligaciones sociales e incluso, en teoría, de acceso a ciertos derechos.

La edad social, para Arber y Ginn, se refiere a actitudes y conductas adecuadas a las percepciones subjetivas (lo mayor que el sujeto se siente) y a la edad atribuida (la edad que los demás le atribuyen) (ídem, pp. 24-28) en los ámbitos social, comunitario y familiar.

La edad fisiológica “se relaciona con las capacidades funcionales y con la gradual reducción de la densidad ósea, del tono muscular y de la fuerza que se produce con el paso de los años” (Arber y Ginn, 1996, p. 23), este tipo de edad suele traerse a colación en discusiones sobre discapacidad y envejecimiento. Para el caso de la conjunción entre género y envejecimiento, resulta indispensable considerar que “la velocidad y la distribución temporal de estos cambios fisiológicos varían según la posición que ocupen los sujetos en la estructura social, en especial la relativa al género y a la clase social” (Arber y Ginn,1991a; 1993b). La alimentación, el tipo de trabajo, el acceso a la salud, la higiene y, en el caso de las mujeres, la maternidad son algunos de los factores que intervienen.

El entrecruce entre los tipos de edad en las interacciones cotidianas es permanente y está alimentado por la intersección en las distintas escalas de producción social, desde las institucionales, hasta aquellas de la percepción social, la autopercepción, y la escala biológica –sobre esta última me gustaría aclarar que disto de sobrevalorarla como explicación universal al proceso humano vital–, es decir, se entremezclan en la experiencia individual de envejecer.

Además resultaría inconsecuente despejar la producción de estas edades en el plano de las ideas o de los modelos. El lugar de desventaja estructural al que suele relegarse a la masa de ancianos, sin considerar su disparidad interna, por ejemplo, es un lugar común y cómodo para los estudios, quizá más dentro de la demografía y otros estudios de carácter cuantitativo. Si bien algunos son esfuerzos para poner en el plano de la discusión al envejecimiento más allá de la edad y logran complejizar sus acercamientos con otras variables como las de

condición socioeconómica, salud, actividad, e incluso de relaciones sociales de apoyo, resulta importante para mi perspectiva ubicar a las personas mayores dentro de un espacio social en el que desenvuelven sus actividades, en el que proveen y son provistas de cuidado, en el que la vejez puede ser más o menos valorada, en el que experimentan su cuerpo y sus dimensiones físicas, emocionales y afectivas, y del que simplemente forman parte, en ello radica la relevancia de los estudios cualitativos.

Los estudios sociales tienen la oportunidad de ver a la vejez en diversos planos, sin embargo aún es limitada su reflexión en torno al ciclo vital. Cómo viven las y los ancianos, por ejemplo, los desplazamientos forzados, las desapariciones, la violencia del crimen organizado, el consumo de nuevas tecnologías, cuál es su consumo cultural, qué papeles están desarrollando en la organización comunitaria o en los centros de las políticas públicas y la academia, cuáles son sus condiciones laborales en caso de que sigan laboralmente activos(as), son algunas de las preguntas que implican ubicar socialmente la vejez en esferas más amplias e interconectadas. Me parece importante asumir que la vejez es una situación de la vida que atraviesa todas las esferas sociales, está inscrita en la intersección de aspectos sociales, culturales, políticos y fisiológicos, que a su vez son cambiantes y posibilitan determinadas formas de experimentar el envejecimiento.

Mike Bury (1996) hace una reflexión sobre las perspectivas metodológicas a las que se han adscrito investigaciones sobre el envejecimiento en la que puntualiza que el género no figura como categoría relevante al igual que otras más como la raza, la etnia o la clase social con algunas breves acotaciones. Dicho análisis conlleva lo incuestionable de la perspectiva metodológica explícita para lograr acercamientos más allá de las meras ilusiones utópicas sobre el tema. En primer término, Bury considera indispensable “hacer un examen de las relaciones entre acción y estructura, dado que cuestiona la imagen de las personas ancianas (sobre todo las mujeres) como víctimas pasivas de las circunstancias” (op. cit., p. 36), lo cual refuerza la agencia como constitutiva de los sujetos.

Este autor revisa tres áreas de la sociología del envejecimiento, en ellas puntualiza la perspectiva metodológica y algunos de los puntos débiles con la intención de mostrar que pese a los intentos queda pendiente una reflexión interseccional sobre el género y el envejecimiento y otras categorías de distinción social que marcan desigualdades.

La primera área son *los enfoques estructurales o de “economía política” del envejecimiento y la dependencia*. Ante este enfoque hubo desde la década de los sesenta y, considero que, hasta la actualidad una serie de reacciones y objeciones, ante sus postulados que incentivan una actitud social de rechazo hacia las personas mayores, entre ellos se encuentran argumentos referentes a la pérdida de funciones y a la carga económica que la población envejecida significa para las sociedades. Las objeciones principales identificadas por Bury son que este enfoque se considera “una arma ideológica” que justifica argumentos sobre “el carácter problemático de la población que envejecía, improductivos y ‘no comprometidos’ con el desarrollo de la sociedad” (ídem, p. 37). Además, “se insistía en la importancia de la adaptación del individuo, la pérdida de funciones que llevaba consigo el retiro de la vida laboral activa y el deterioro físico y mental asociado con el aumento de la edad (sobre todo las mujeres) suponía el riesgo de que se desarrollase en la vejez el “egocentrismo” o ensimismamiento progresivo” (Ídem, p. 37-42). Desafortunadamente esta perspectiva metodológica sigue vigente en investigaciones actuales, que si bien han matizado la situación económica y política, ésta aún queda por encima de la realidad de las personas envejecidas.

Como contraargumento, Bury recurre a Townsend quien destaca la construcción social de la dependencia que se sintetiza con la *dependencia estructurada*. La que “se centra en las reglas y recursos que rigen el envejecimiento en las sociedades capitalistas modernas y en sus principales formas de expresión” (ídem, p. 38) algunas de las formas que este autor analizó fueron las políticas de jubilación, la presencia generalizada de la pobreza en la que están la mitad de los ancianos, los efectos negativos de la vida en residencias y la tendencia política de atención comunitaria a crear “receptores agradecidos y pasivos” (ibídem); esto lo retomaré en el siguiente capítulo.

La teoría de la tercera edad es la segunda perspectiva analizada por Bury y propuesta por Peter Laslett, “su objetivo consistía en construir una imagen más positiva sobre el envejecimiento en las sociedades contemporáneas” (op. cit., p. 42). Se trata de una propuesta controversial, puesto que Laslett diferencia entre cuatro edades. A la tercera edad la define como la “época de realización personal o de apogeo de la vida, un período de realización personal creativa liberado de las limitaciones de la segunda edad y no aquejado por las sombras de la cuarta”. Y es en este contraste con la cuarta edad en la que esta propuesta es

cuestionada, ya que pareciera sustraer las características negativas que suelen ser adjudicadas a la tercera edad y acomodarlas en una cuarta agrupación conformada por personas aún más envejecidas. Este autor pretende “facilitar el establecimiento de las estructuras necesarias para la persona activa”, sobre esta perspectiva Bury asume que se evidencian “un conjunto poco disimulado de valores elitistas de clase media” (ibídem). Se trata de una perspectiva sin enfoque de género y desprovista del cambio social que acompaña la vida. Puede considerarse que el enfoque de Laslett aporta a la teoría de la actividad.

El último de los enfoques es el del *curso vital* cuyo objetivo “es proporcionar una base adecuada para conceptualizar el sentido otorgado a la edad en diversos grupos y la posición social que [tienen] las personas en diferentes etapas de la vida”. Las experiencias en su diversidad ante la “inevitable” dependencia y “las experiencias colectivas frente a las actitudes “individualizadas” (ídem, p. 47-54) son ponderadas por este enfoque, dentro de él se encuentran dos corrientes: la que asume la dinámica del envejecimiento y la que evalúa el curso vital desde el posmodernismo. La primera consiste en el análisis y origen de la dependencia y la desigualdad marcada por la vejez y el género, lo que expone “el carácter socialmente construido de los valores y significados que rodean la vejez”.

En cuanto al posmodernismo, este enfoque “pretende el envejecimiento en cuanto dimensión crítica del cambio cultural”. A partir de la desjerarquización y el pluralismo de las culturas modernas, lo que Fennell (1988 en Bury, 1996) considera una forma de intensificar las desigualdades de la vejez, dejándola en el ámbito festivo. En este enfoque pareciera que la vejez es uniforme y las experiencias toman un rumbo homogéneo; sin embargo, omitir las condiciones económicas, sociales y políticas conlleva un sesgo significativo, en tanto que permite exclusivamente el acercamiento a grupos selectos. Las distinciones de clase, de raza y de acceso ciudadano quedan desdibujadas por debajo de la ilusión de la pluralidad entre iguales.

En lo concerniente a profundizar las discusiones sobre los estudios de género y envejecimiento Julie McMullin (1996) recorre los rumbos que implican las añadiduras de las categorías a las teorías que las pudiesen contener: la teoría sociológica dominante, la teoría sociológica del envejecimiento y la teoría feminista. En cada una de estas teorías McMullin se aproxima a partir de la economía política que reviste la situación de las personas ancianas,

mujeres y hombres, para poner en evidencia las deficiencias que permean tras las añadiduras y resaltando la simultaneidad de la validez de estos recursos.

Según la autora dentro de la teoría sociológica dominante los aspectos relativos al género aún son faltos de reconocimiento, así como la clase, se parte de que personas jóvenes y mayores se encuentran dentro de la misma dinámica.

Mientras en la añadidura de género a la teoría sociológica del envejecimiento que podría sintetizarse como *la teoría del envejecimiento marcada por el género*, se revela cómo las variaciones de bienestar previo, tanto económico como familiar, influyen en la vejez. La autora remarca como ejemplos de ello, las políticas de empleo segregacionista, las políticas sociales discriminatorias, el acceso a los recursos sobre la base de igualdad con los hombres (Walker, 1981, p. 87 en McMullin, 1996), que se aumentan hacia las personas envejecidas. Además de que no considera el acceso al tiempo de ocio y la división del trabajo en el hogar dentro de la desigualdad de género. Es decir, esta explicación se centra en el carácter estructural de la esfera pública y limita su comprensión de la desigualdad en el plano laboral sin una reflexión social de la esfera que aunque puedan considerar privada es la base de la producción social.

“La constante reiteración de la relación entre personas ancianas y dependencia, pobreza, desigualdad, y categoría inferior supone el riesgo de reforzar las percepciones negativas (sobre todo de las mujeres ancianas más pobres), aunque su intención sea la de elevar su perfil político” es en este sentido que ubicar la agencia que implica el deseo y la satisfacción del placer nos lleva a replantear el abanico político al cual llevar a la población envejecida para el análisis social. Referirnos a la micropolítica que se encuentra detrás de las posibilidades gestadas, acotadas y reflexionadas a partir de las circunstancias vividas para el goce en contextos plagados de violencia es sin duda una labor que después de este acercamiento queda pendiente seguir profundizando con otras propuestas e intervenciones. Se trata pues de reconocer a las personas adultas mayores como personas que actúan y se desenvuelven, viven e interactúan con otras de distintas generaciones y están aquí, reclamando el lugar que tienen, el que la segregación se ha reforzado con la infantilización.

En este sentido, agrego que resulta indispensable advertir las peculiaridades de las mujeres y hombres mayores, la autora refiere a las de la mujer mayor, ya que de este modo sería perceptible la pluralidad de circunstancias socio históricas y espaciales que conforman las experiencias de envejecimiento. La apuesta es considerar además de las representaciones sobre las personas envejecidas a partir de las configuraciones de la economía política, aquellas relativas al plano de la subjetividad, en donde las nociones de deseo y placer toman sentido activo.

En este caso, los estudios de género y envejecimiento se operativizan a partir de comprender las realidades de mujeres y hombres adultos mayores que han estado insertas en distintas dinámicas sociales, pero sobre todo tratar de entender su situación actual y su actitud ante ella, cuáles son sus mecanismos agenciales y qué tipo de expectativas les posibilitan.

La gerontología crítica y feminista ante los estudios tradicionales de la vejez

Este acercamiento se nutre de las aportaciones de la gerontología crítica y la feminista (Arber, 1996; Yuni y Urbano, 2008), cuyas aportaciones tienen un carácter crítico y bajo sus premisas es posible el desarrollo de esta metodología. Por lo que en este apartado presento las características de la gerontología crítica y la gerontología feminista con base en el análisis que han realizado José Alberto Yuni y Claudio Ariel Urbano, y las ubico frente a los estudios tradicionales de la vejez. De estos últimos haré mención de algunas de las teorías más recurrentes como la de la actividad, la subcultura y la desvinculación (Gascón, 2014). Con ello busco reconocer las amplias divergencias de ambas corrientes y defender la necesidad de seguir abonando en las primeras.

Inicialmente, se vuelve necesario ubicar las áreas del conocimiento que se encargaron de los temas relativos al envejecimiento y que con el paso de las décadas se han diversificado al tiempo que continúan con la inamovilidad de algunos presupuestos, se trata de la geriatría y de la gerontología tradicional.

La primera fortaleció su campo principalmente en el ámbito de la medicina y la biología, comprende al envejecimiento como un proceso meramente biológico y reacciona sobre sus

consecuencias en la salud, a la par de la patología y la psicopatología del cuerpo cuyas deficiencias se van acrecentando hasta la muerte(Ocampo and Londoño, 2007; Unos ejemplos se pueden ver en Conde-Sala, 2015).

Por otro lado, la gerontología es un área del conocimiento un tanto más holística, en la que el envejecimiento está impregnado de factores no solo médicos, también sociales y subjetivos. Además, esta área se caracteriza por la intervención familiar, comunitaria y social. De ella se desprende un sinnúmero de programas sociales enfocados a las personas adultas mayores, la mayor parte de ellos vinculados a actividades recreativas y lúdicas. La importancia que esta área tiene con respecto a la vida social y anímica de las personas en la medida en la que envejecemos, dista mucho de los campos de intervención que se les da en cuanto a las políticas públicas y por patrocinadores privados.

Dentro de la gerontología han surgido varias ramas como la gerontología social, la gerontología crítica y la gerontología feminista, entre otras. Las últimas dos ramas son las que me interesa exponer, ya que forman parte de la perspectiva metodológica de este acercamiento, al concatenar cuestionamientos sobre las concepciones generales sobre el envejecimiento y el género, principalmente a partir del análisis crítico de los discursos gerontológicos.

La gerontología crítica y la feminista han reaccionado en contraposición a la gerontología tradicional al debatir la normalización de la segregación de los ancianos. Claudio Urbano y Alberto Yuni presentan a la gerontología crítica en el plano conceptual y en el de intervención, puesto que:

Examina críticamente los modelos conceptuales de la gerontología tradicional, la consideración de sus supuestos y el análisis de la carga moral y ética de los constructos gerontológicos; postula que el sustrato básico de la producción de teoría gerontológica son los diversos saberes y conocimientos, científicos y no científicos, que circulan en la trama social en un momento histórico determinado, y relativiza el pretendido alcance universal de los conceptos clave de la gerontología tradicional. Según la gerontología crítica, la gerontología tradicional y sus conceptos tienden al

mantenimiento del orden social, la redistribución de poder y el sostenimiento de la propia legitimidad del orden científico en la sociedad (2008, pp. 154–155).

La gerontología feminista, por su parte, “aporta una crítica a los modos en los que el lenguaje, el discurso y la investigación construyen conocimientos acerca de las mujeres mayores” (Arber y Ginn, 1996). Esta gerontología ofrece una meta teoría que problematiza todas las investigaciones basándose en dos movimientos intelectuales: el constructivismo social y el deconstructivismo.

El primero retoma la crítica a la presunta neutralidad del conocimiento científico, afirmando que la verdad y la realidad no son descubiertas sino que son socialmente construidas y perpetuadas como formas de poder. El segundo movimiento propone analizar el modo en que, por medio del lenguaje, se construyen los significados sociales sobre el envejecer femenino y, a su vez, cómo opera en tanto medio e instrumento privilegiado a través del cual las *representaciones sociales* se incorporan como categorías mentales y esquemas de percepción y de apreciación de la propia condición de mujeres mayores (Yuni y Uribe, 2008, p. 155).

Yuni y Uribe afirman que ambas gerontologías, la crítica y la feminista, “proponen una revisión que permite establecer los lazos y las rupturas entre los significados socio-culturales asignados a la vejez, al envejecimiento y a las representaciones que circulan en la trama social, además de la continuidad y pervivencia de ciertas creencias, prejuicios y preconceptos sociales en los discursos de la ciencia y en las prácticas de los profesionales del campo gerontológico” (op. cit., p. 155-156).

En contraposición, entre las posturas gerontológicas tradicionales podemos identificar a la biologicista, la de la desvinculación, la de la modernización y la de la subcultura, también haré mención de la teoría de la actividad a la que no asocio inmediatamente a las posturas anteriores pero que en efectos prácticos conlleva algunas semejanzas, las cuales discutiré brevemente. Iniciaré refiriendo a los principales argumentos de cada una de las teorías y después explicaré algunos de los vacíos que presentan respecto a las distinciones de género, lo anterior permitirá contrastar estas posturas con las de la gerontología crítica y la feminista a las cuales me suscribo.

La perspectiva biologicista inscribe al envejecimiento exclusivamente a la fisiología y afirma que los cambios corporales producto del mismo son universales. La menopausia y la andropausia han sido utilizadas como designaciones restrictivas de la sexualidad en la vejez al reforzar su contraste con el carácter reproductivo. El desarrollo de la demencia es otro de los argumentos a los que recurre esta perspectiva. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, el envejecimiento fisiológico depende de múltiples factores que no se limitan a la edad cronológica.

La teoría de la desvinculación explica el aislamiento o separación de personas mayores en la sociedad como un proceso normal. Pero el hecho de asumir esa disposición resta responsabilidad social y comunitaria respecto a las personas mayores, asume el aislamiento como algo intrínseco al envejecer y desdibuja a las personas mayores como agentes presentes en el ámbito social.

Y la teoría de la modernización atribuye la pérdida de estatus de las personas mayores en las sociedades industrializadas por la falta de adaptación a las nuevas exigencias tecnológicas. Aunque esta premisa pudiese adquirir sentido en un contexto de acceso restringido por edad a las nuevas tecnologías, la realidad es que el interés de las personas por conocer y utilizar estas tecnologías no se agota, independientemente de su edad, además de que hay una tendencia a la producción de tecnología intuitiva.

La teoría de la subcultura plantea la posibilidad de una subcultura de la vejez, es decir, apela a que todas las personas envejecidas aluden a una identidad que aparentemente es unívoca.

Pueden identificarse con facilidad algunas tendencias de abordaje etario; por un lado, se ha institucionalizado la edad cronológica como referente en la mayor parte de los estudios sobre envejecimiento y hay una tendencia a pronosticar la situación en la que la población envejecida será un problema estructural a solventar a partir de estudios sociológicos y demográficos. Por otro, la sectorización etaria -que segmenta la vida de los individuos en niñez, juventud, adultez y vejez- a pesar de ser de suma utilidad para realizar contrastes generacionales, queda restringida en sí misma al generalizar las características y situaciones de las personas solamente en función de su edad.

En algunos casos como en Fericgla (1992), darle a un sector etario el carácter de subcultura omite el sentido transitorio de la vida, y engloba de manera unívoca a la población, pasando inadvertida la diversidad de contextos y experiencias que albergan las personas que comparten la misma generación.

Si bien la edad y la sectorización etaria forman parte del grueso argumentativo con respecto a los estudios sobre envejecimiento, estos no tienen un acercamiento cualitativo sobre las significaciones e implicaciones que el cuerpo de las personas conlleva en la transición de la vida. Abundaré en esta idea, haciendo hincapié en que las primeras dos posiciones son de gran valor explicativo en ciertos ámbitos de estudio, pero restan importancia a la vida, como materia esencial de explicación, al limitarse a aspectos cuantitativos y al subagrupar a la vejez dotándole un sentido identitario.

En contraste con la sectorización etaria se encuentra la aportación de Pierre Bourdieu, quien a partir de identificar la construcción social de las edades, explora el tipo de relaciones objetivas que hay dentro del campo de esa construcción. Al analizar las dos etapas del sistema escolar francés, refleja la oposición de las luchas de clasificación entre jóvenes y viejos. Considera que la parte angular de “los conflictos generacionales son los sistemas aspiracionales que se construyen en las diferentes edades” (1990).

Por el contrario, la construcción social de las edades de la corriente bourdiana, permite reflexionar en torno a distintas relaciones etarias, puesto que lo que llamamos niñez, juventud, adultez y específicamente “la adultez mayor adquiere sentido al instalarse en un haz de relaciones producidas históricamente con las otras edades” (Gutiérrez, E. y Ríos, 2006, p. 15), es menester un ejercicio exhaustivo para la identificación del tipo de relaciones que construyen a las personas adultas mayores actualmente.

La teoría de la actividad propone ante la situación de los roles perdidos en la vejez nuevas actividades y roles. La influencia de esta teoría es una de las más tangibles en la vida social, ya que bajo este precepto se desprende gran parte de las políticas públicas de intervención destinadas a las personas adultas mayores. Las casas de día y los clubes son una muestra de ello.

Resulta importante aclarar que la particularidad de estos roles perdidos radica en dejar de percibir un salario como persona económicamente activa, no se refiere a aquellas actividades del ámbito de la reproducción de la vida, es decir, aquellas para el mantenimiento de sí y de los otros, de la administración personal, familiar, doméstica, no pierden vigencia, a la par de que no se visibilizan.

Entonces con la intención de paliar los estragos de la falta de actividad productiva surgen espacios destinados a personas mayores que tienen un amplio abanico de actividades, entre las que destacan los talleres de manualidades. Antes de ahondar en cómo la direccionalidad de algunas de estas actividades incluye un tinte de los enfoques previos resulta necesario aclarar que este análisis no pretende descalificar las propiedades psicoterapéuticas, pedagógicas y de esparcimiento; así como la socialización que fomenta que permite establecer y mantener importantes vínculos emocionales.

Al dirigir estrategias de políticas públicas con actividades para personas adultas mayores se puede observar una selección a partir de la edad cronológica –tal como suelen acotarse estas actividades– y en la mayoría de los casos las actividades se seleccionan sin la participación de quienes asisten a realizarlas. Es decir, las personas adultas mayores, en su mayoría, no tienen injerencia en la elección de las actividades que les interesan; lo que comúnmente sucede es que al entrar en contacto con una casa de día o algún otro centro de atención gerontológica su elección de actividades se limita a las ahí establecidas.

En algunos casos se predispone a una vejez activa a través de paseos, viajes y fiestas; en otros más en manualidades, juegos de mesa y ejercicios aeróbicos; también existen casos en los que grupos de personas mayores están interesados en exigir sus derechos para reducir la inequidad causada por las distinciones de edad que promueven una asociación entre la vejez y la dependencia o la infantilización.

La falta de consultas públicas masivas con respecto a las necesidades y situaciones que atraviesan las personas adultas mayores o que la información al respecto se base en el censo de población, dan muestra de que está pendiente una mayor incidencia de las personas en general y en particular adultas mayores en el ámbito de las políticas públicas dirigidas a las actividades en esa fase de la vida. También hay un amplio número de personas que se

involucran en otro tipo de actividades con ambientes intergeneracionales, como algunos en los que se llevó a cabo esta investigación y algunas más que no se involucran –posiblemente son en quienes se basa la teoría de la desvinculación–.

El cuerpo como categoría útil para los estudios de género y envejecimiento

Considero el cuerpo como lugar, es decir como la “intersección de un conjunto variado de corrientes e interacciones que operan en un abanico de escalas espaciales” (McDowell, 2000, p. 19), asumiendo que a partir de él “nacen y se propagan las significaciones que constituyen la base de la existencia individual y colectiva” (Le Breton, 2002, p. 7) con la intención de articular su inserción en la producción social de las nociones de género y envejecimiento, las cuales son cambiantes, social e históricamente acotadas; esta categoría me permite vincular la escala íntima con la escala social, y por lo tanto, darle un sentido político a las experiencias personales contextualizadas en los sistemas de valores de género en los que tienen lugar. Al acotar el cuerpo como lugar, considero a esta escala socioespacial prioritaria, sin dejar de atender la co-influencia con otras escalas, lo cual se refleja dentro del siguiente capítulo

Según Edward Soja (2008), “la producción de espacialidad y la creación de geografías comienzan con el cuerpo, con la construcción del sujeto como una entidad espacial implicada en una relación compleja con su entorno” (en Aguilar and Soto, 2013, p. 7). Asumo que dicha complejidad requiere de una mirada que no tema las particularidades y a las dinámicas sociales amplias, incluyendo su carácter simbólico, el cual permea en las representaciones, particularmente hacia las personas adultas mayores y en la autopercepción de ser viejo.

El cuerpo, como espacio primigenio de existencia y como arquetipo de la sociabilidad, es un ente sexuado. La noción corporal y la de la sexualidad influyen en la formulación de actitudes y posicionamientos individuales; así como en las formas de interacción social, cultural, emocional y afectiva. Es por ello que rescato este sentido multiescalar del cuerpo ya que, además de comprender los esquemas estructurales sobre la construcción de la vejez y no considerar ajeno el carácter sensitivo y expectante de las personas –que si bien diferenciadas

por aspectos no solo etarios y de género otras categorías que implican otras desigualdades— da pie a mostrar aquello que nos brindan las experiencias positivas y placenteras.

El cuerpo como lugar ha de vincularse necesariamente con el proceso de envejecimiento. El ciclo vital conlleva cambios corporales insertos en un *sistema de género* (Muñiz, 2002), que está histórica y espacialmente situada, en la que actuamos como nos dictan las ideas provenientes de ella (McDowell, 2000, p. 20). Para el caso de este acercamiento, podremos identificar estos cambios corporales y sus distinciones de género a través de los itinerarios de las personas mayores, en ellos son susceptibles de ubicar aspectos relacionados con el deber ser de hombres y mujeres según la etapa de su vida, las tensiones, contradicciones, impresiones y cambios que dan cuenta de su relación con el envejecimiento y de cómo se articula el contexto con la actuación de los sujetos.

En consecuencia con esta tendencia he decidido partir de la antropología del cuerpo, específicamente de dos de sus exponentes: David Le Breton y Mari Luz Esteban, ambos formulan acercamientos distintos a esta praxis antropológica. Mientras Le Breton se concentra en la conceptualización del cuerpo y las líneas de investigación pertinentes; Esteban parte de la teoría social y feminista del cuerpo para realizar un recorrido de él en la sociedad occidental con énfasis en el análisis auto etnográfico, su propuesta es más exploratoria en la vinculación teórico pragmática. En este caso me interesa retomar los conceptos relativos al cuerpo, sus estudios y líneas de investigación, específicamente la del control político de la corporeidad (Le Breton, 2002, p. 83) de la vejez y la relevancia biográfica sobre el cuerpo a partir de los itinerarios corporales (Esteban, 2004) de personas mayores, en el segundo y tercer capítulo, respectivamente.

El deseo y el placer como propuesta para el acercamiento a la sexualidad en la vejez

Este apartado propone las categorías de deseo y placer como relevantes para la investigación, en primer lugar, del cuerpo ya que permiten visibilizar las distinciones que hay respecto a experiencias de apetencia y satisfacción por género y envejecimiento. Y además permiten

cuestionar el carácter reproductivo al que se ha asociado a la sexualidad y que ha dejado al margen de la experiencia sexual y sus connotaciones a las personas mayores.

Las sensaciones no son aspectos naturales, como afirma David Le Breton (2002, p. 9), hay construcciones detrás de ellas, se concretan en una dialéctica entre la acción individual y el discurso social. Las sensaciones están basadas en aspectos de placer y displacer, sin embargo, el placer parece que pertenece a unos cuerpos y es ajeno a otros. Unos cuerpos son legitimados como sujetos de placer mientras otros son legitimados como objetos de placer.

La recopilación de las nociones de deseo y placer con las significaciones afectivas y sensoriales implicadas, también hizo perceptibles prejuicios, estereotipos, censura y restricción; en conjunto definen las formas de actuar y de interactuar que en los términos foucaultianos de vigilancia y autovigilancia (Foucault, 1998) permiten indagar en los dispositivos alrededor del cuerpo, la sexualidad y el tránsito vital. Este recorrido me permitió un análisis *a posteriori* sobre la subjetivación y objetivación del deseo y del placer; los cuales son un determinante para las prácticas sexuales y su significación, y se reconfiguran en función de los cambios de género y envejecimiento.

Es por ello que considero tres elementos en la concepción de las nociones de deseo y placer además de la agencia que estas nociones implican por parte de los sujetos. Estos elementos son la influencia de *las valoraciones judeocristianas* (Muñiz, 2017), que implican necesariamente a su contraparte (Nancy, 2017): *el dolor y la resignación* y que no pueden disociarse del cuerpo en interacción siempre con otros cuerpos (Gonçalves, 2017), es decir, no son experiencias aisladas en el plano subjetivo, sino que *se construyen de manera social* y que por lo tanto son cambiantes, ambiguas y resignificadas.

El deseo y la resignación, y el placer y el dolor son opuestos complementarios en las experiencias vitales, para conocer a uno se debe reconocer al otro, es por ello que en este ejercicio se presenta a todos ellos, en el plano abstracto como en el físico al momento de atender la historia de vida de las personas.

Dimensionar el dolor como una experiencia central en la vida de algunas personas, sean estas mayores o no, implica confrontar el hecho de que en la vida las implicaciones que puede

acarrear, como el sufrimiento mismo, son multicausales y activados tanto fisiológica como socialmente y que conllevan una serie de “significados y roles de quien lo padece” como afirma Enrique Eroza (2016, p. 71), quien a través de las narrativas del padecimiento, en el contexto de San Juan Chamula, ubica al dolor como eje vivencial a partir de la dimensión que denomina *diálogo con el cuerpo* “en la que síntomas y dolencias le confieren al cuerpo una rica textualidad subjetiva e intersubjetiva que es capaz de hablar acerca de todo lo que media entre los individuos y su entorno social” (op. cit., p. 12).

La resignación como oposición al deseo proviene de la aparente imposibilidad de alcanzar una serie de expectativas, no en sentido retrospectivo, sino como un mecanismo de falta de confianza que imposibilita al deseo. En este sentido, cabe preguntarnos ¿De qué manera las posiciones sociales y simbólicas en términos de las representaciones sociales marcadas por edad y por género marcan las desigualdades entre mujeres y hombres que pudiesen involucrar insatisfacciones y vulnerabilidad con respecto a su proyección personal?

Retomo al deseo y al placer en su utilidad respecto al acercamiento a la sexualidad en la vejez. Ello suele encontrarse al margen de las discusiones sobre el tema y me sumo a los cuestionamientos sobre el carácter reproductivo al que se le asocia a la sexualidad. La falta de deseo no está relacionada directamente con el deterioro del cuerpo.

Uno de los aspectos de los que se ha dissociado a las personas a medida que envejecen es al ejercicio pleno de la sexualidad. Los discursos y prácticas médicas, entre muchos otros, impulsan una idea unívoca respecto a este tema, uno de los argumentos es que el deseo sexual aminora biológicamente (Hernández y Botell, 2007; Peña et al., 2016). Sin embargo, personas adultas mayores, incluso luego de atravesar la menopausia o la andropausia, expresan su deseo sexual, tienen prácticas sexo afectivas y redefinen el placer, al margen de los estereotipos predominantes respecto a la sexualidad en la vejez. Algunos de estereotipos son expuestos por Caridad Llanes, entre ellos la ausencia de la sexualidad, la miseria erótica, y la disminución en la frecuencia (2013, pp. 226–228).

El enfoque en deseo y placer parte de cuestionar el carácter reproductivo que forma parte de la concepción común del ejercicio de la sexualidad y de replantear su focalización en la edad reproductiva para su estudio. Sin ignorar las aportaciones de Foucault (1998), me interesa el

abordaje de Jeffrey Weeks (1984) sobre la invención de la sexualidad, que parte de su construcción social, de las transformaciones y redimensiones sociales e individuales. Este enfoque permite comprender los cambios en el ejercicio de la sexualidad, insertos en las transiciones personales y socio culturales de las personas a lo largo de la vida.

En este sentido, hay distinciones de género claras tales como la aceptación o rechazo social respecto a la sexualidad de los hombres viejos (Ver Brigueiro, 2002) y la invisibilización que hay sobre el placer y goce sexual de las mujeres mayores (Freixas Luque, 2009). Estas distinciones están insertas en las dinámicas sociales y culturales en las que las personas se desenvuelven. Sin embargo, en este estudio son perceptibles las dificultades para la práctica y expresión de la sexualidad de las mujeres. Cabe aclarar que la formación académica y profesional que han tenido, sus creencias religiosas y sus intereses no necesariamente ponen a alguien en una situación de ventaja, puesto que estas particularidades no reflejan mayor comodidad que los demás, en términos económicos, sociales o personales. La sexualidad tiene distintas implicaciones según los parámetros culturales en los que se desenvuelva.

Con respecto a las disertaciones más relevantes sobre el tema, Anthony Elliot (2009) presenta las teorías de los discursos centrales de la sexualidad, entre las que destaca: la psicoanalítica, la foucaultiana, la feminista, la sociológica y la queer. Estas teorías explican en términos psicológicos, estructurales, de asimetría, de las reestructuraciones familiares y la división binaria de la experiencia homosexual y heterosexual, respectivamente. Curiosamente, en todas ellas la figura de las personas mayores es invisible; hasta el momento se han centrado en sujetos de estudio en edad reproductiva, marcando un sesgo etario que habrá de ser discutido.

Con la intención de situar esta investigación, este apartado trae a debate algunos referentes – desde los médicos hasta los sociales– de la sexualidad (Foucault, 1998), cuestionando el carácter reproductivo al que se le suele asociar y resaltando algunas aproximaciones a su ejercicio en la vejez desde la perspectiva del construccionismo social (Weeks, 1984; Vance, 1997).

Dentro de las teorías sobre la sexualidad, la historia que de ella realiza Michael Foucault (1998) es una referencia obligada que da cuenta de los dispositivos de poder alrededor del

cuerpo y la sexualidad. En ese sentido, posibilita rastrear la ausencia de la sexualidad de las personas mayores, incluso dentro de los discursos de las corrientes teóricas, con el fin de analizar hasta qué punto se ha naturalizado esta omisión, o en caso de contener el tema, atender si se trata o no de una visión de patologizar este hecho.

Por su parte, Jeffrey Weeks en *La invención de la sexualidad* hace hincapié en la construcción social de la sexualidad la que, citando a Cartledge y Ryan, comprende “las maneras múltiples e intrincadas en que nuestras emociones, deseos y relaciones son configurados por la sociedad en la que vivimos”. Sociedades que se transforman y que redimensionan sus espectros de acción social e individual, discusión que queda por ampliar a partir de lo propuesto por Giddens en *La transformación de la intimidad* (1995).

La ubicación histórica y social en la que las personas adultas mayores se encuentran enmarca las experiencias cotidianas de orden sensorial, emocional, afectivo, relacional y simbólico; aludiendo también a las distinciones genéricas. Como apoyo a este análisis crítico del discurso gerontológico y como principales aportaciones se encuentran la relevancia de las experiencias vitales y de la interiorización del concepto generalizado de vejez por parte de las personas adultas mayores que colaboran en esta investigación.

Cabe pues el cuestionamiento respecto a si en alguna medida la carga discursiva que aminora la sexualidad como práctica en la vejez influye directa o indirectamente en la consolidación de lazos sexoafectivos entre las personas adultas mayores; cuales son las posibilidades reales para que sucedan y cómo se resignifica la satisfacción sexual y expectativas ante el deseo y el placer.

Consideraciones metodológicas y herramientas técnicas

El trabajo de campo lo realicé de enero a junio de 2018 de manera oficial; sin embargo, la interacción que tuve con algunas de las personas entrevistadas comenzó un año y medio antes, a mi llegada a la ciudad en junio de 2016, antes de proponerme realizar esta investigación.

Puesto que quiero “captar los sutiles matices de las experiencias vitales” (Whittemore, Chase, Mandle, 2001, p. 524 en Vasilachis, 2006), utilicé algunas herramientas acordes con la antropología del cuerpo (Esteban, 2004; Le Breton, 2002): especialmente la observación y la entrevista.

El proceso de trabajo de campo comenzó con la búsqueda de lugares en los que hubiese personas adultas mayores. Inicialmente tuve acercamiento al *Club de oro* y a la *Clase de la edad de oro*, por ser espacios exclusivos para personas mayores reconocibles en el centro de San Cristóbal de Las Casas. El Club de Oro, casa de día administrada por dependencias del ayuntamiento municipal de San Cristóbal de Las Casas Chiapas, en concurso con dependencias federales y sus políticas dirigidas a la población de 60 años y más; y la segunda, autogestionada por un grupo de mujeres y su entrenador cuyos esfuerzos se enfocan en mantener sano su cuerpo mediante el ejercicio.

Para hacer mi investigación utilicé diversas estrategias de acercamiento. Me presenté con los encargados del *Club de oro* a quienes expresé mi interés por investigar la vejez y les solicité permiso para estar presente en el club. Al siguiente día me presentaron a todos los presentes. Este lugar, creado en complejas tramas de representaciones sobre la vejez que recorren las instituciones gubernamentales y el sentido común a local (aunque por supuesto, circulan más allá de ellas), al que asisten 20 o 30 personas normalmente. Los primeros días me limité a observar las características del espacio físico y a esforzarme por distinguir a los participantes, los temas de conversación, las prácticas, dinámicas grupales y especialmente en las relaciones que se entablaban allí.

Mi presencia no fue tomada en cuenta por algunos días hasta que una mujer se acercó a conversar conmigo. A partir de ese momento pude interactuar con las demás y poco a poco comencé a formar parte de las conversaciones grupales, que aproveché para explicar que el motivo de mi presencia era realizar una investigación y extender una invitación a participar en las entrevistas, las cuales se llevarían a cabo en los lugares que cada persona considerara apropiado para respetar su privacidad.

Luego de algunas pláticas cuatro mujeres y un hombre se interesaron por participar. Los lugares elegidos por las personas que entrevisté fueron el Centro Cultural del Carmen, lugar donde se ubicaba entonces la casa de día, una cafetería y la casa de una participante.

Por otro lado, mi acercamiento a la *Clase de la edad de oro* fue mediado por un contacto que me puso en relación con una de las asistentes. Esta me presentó en el grupo y me dio la bienvenida. Dado que se trata de una clase en un gimnasio, pagué la cuota del negocio y participé activamente en clases de zumba y de *fitball*, interactué con las demás participantes dentro y fuera de la clase y poco a poco fui conociendo la historia del grupo previa a la clase en el gimnasio, los acuerdos y negociaciones que tuvieron para ocupar ese lugar con una tarifa preferencial, así como de las tensiones generacionales que allí se daban, como abordaré en el capítulo II. A la par de ello de la misma forma en la que invité abiertamente a las personas del club de oro a participar en esta investigación hice el llamado en la clase. Afortunadamente hubo quienes de manera personal se acercaron a mí con interés por ser entrevistadas, eligieron sus casas y una cafetería como lugares de reunión. Las ocupaciones de algunas de ellas las llevaron a cancelar las reuniones, pero esto no impidió que pudiera entrevistar a otras.

Tanto en el Club de oro como en el gimnasio que alberga la Clase de la edad de oro observé el espacio físico (la infraestructura, el mobiliario la disposición del espacio y los movimientos corporales que permite), así como los servicios y actividades que se proporcionan, claves para entender, por un lado, cómo las políticas públicas se materializan en la casa de día y por otro, cómo se insertan en un negocio privado que atiende especialmente a jóvenes.

Además entrevisté otras personas que se reconocieran como mayores que no se interesan por participar en lugares como aquellos que investigué centralmente. Esas personas se desenvuelven en otros ámbitos de interacción social y los contacté en eventos culturales. Dado que los conocí antes de emprender esta investigación, pude entrevistarlos como facilidad y en su mayoría respondieron con más comodidad que las personas que recién conocía.

Cabe mencionar que aunque los espacios culturales no convocan a personas adultas mayores, me percaté que su presencia era recurrente. Se reconocían como viejos, constantemente

distinguían el contraste generacional con frases como: “Nosotros los viejos... mientras ustedes los jóvenes” o “...escuchar a jóvenes con estos puntos de vista es muy estimulante...”.

Estas entrevistas, como antes dije, tuvieron la intención fundamental de reconocer que en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas la población es ahora muy heterogénea, pues ha recibido a gente procedente de muchos lugares del país con experiencias de vida muy diversa.

En todos los casos, las entrevistas tuvieron lugar en más de una ocasión, por lo general, en las primeras tuvieron como intención romper el hielo e ir generando mayor confianza. En ellas conversamos en sus historias de vida a través de sus recuerdos lejanos, mismas que en entrevistas siguientes profundizamos con el rescate más fino de esos recuerdos, principalmente de aquellos relacionados con el cuerpo y las relaciones de género, así como las emociones y sensaciones experimentadas. Las entrevistas para mí fueron un ejercicio de escucha que abrió paso de la experiencia vital de quienes me tuvieron confianza. La que la reminiscencia, la añoranza y la nostalgia por el pasado construyó la expresión presente, aquella que me fue compartida en una especie de intercambio de palabra y escucha.

Después de conocer estas historias de vida, las siguientes entrevistas tuvieron como tema principal el envejecimiento y la situación actual en la que se encuentran los entrevistados, temas de los que hubo mucho de qué hablar, puesto que están presentes y se manifiestan cotidianamente en los cambios de su cuerpo, en la percepción sobre sí mismos y en la percepción que consideran los demás tiene sobre ellos.

Con ellas logré acercarme a las nociones que en ese momento tenían sobre su cuerpo y sus nociones de deseo y placer. Intenté rescatar las sensaciones, emociones y percepciones sobre el cuerpo a lo largo de su vida para con ellos construir los itinerarios que presento (Esteban, 2004). Traté de entender en las experiencias personales “las condiciones sociales y los condicionamientos de los que es producto el autor del discurso, su trayectoria, su formación, sus experiencias profesionales, todo lo que se disimula y se revela a la vez en el discurso transcrito, pero también en la pronunciación y en la entonación, borradas por la transcripción, así como en el lenguaje del cuerpo –gestos, postura, mímicas, miradas- y de igual modo en los silencios, los sobreentendidos y los lapsus” (Bourdieu, 2010).

Especialmente en las historias de estas personas me preguntaba cómo se expresa la cultura de género (Muñiz, 2002) y los contextos socioespaciales en los que se han moldeado.

He buscado las experiencias de placer y los deseos en el ejercicio de la sexualidad en todas las personas entrevistadas, pues uno de los contenidos de los estereotipos de la vejez es la invisibilización del placer del cuerpo y de la sexualidad. En la gerontología “pese a los intentos por incluir variables culturales en su concepción de la sexualidad, persiste una visión universalizante” (Brigeiro, 2002, p. 86) que considera especialmente el deterioro del cuerpo y no el placer de sus experiencias.

Hubo dos prejuicios que tuve que confrontar. El primero fue que por estudiar al deseo y al placer el rumbo de la investigación tomaría un sentido lúdico. El segundo fue que todas las personas compartirían ese sentido de la sexualidad. A partir de los testimonios, el tema de la sexualidad también adquirió tonos amargos y violentos. El arreglo personal, el coqueteo, las parejas sexuales esporádicas, intercambios de pareja y redescubrimiento del placer, fueron exteriorizados a la par de testimonios de violencia y falta de apetito sexual, abstinencia, dolor e indiferencia sobre el tema. Y también surgieron otras dimensiones del deseo y del placer fuera del ámbito sexual, lo que resulta significativo para la reconfiguración y resignificación de las prácticas de las personas.

Si bien la intención inicial era entrevistar al mismo número de mujeres que de hombres, el hecho de que en los espacios donde realicé la investigación asisten más mujeres explica que ellas sean ocho de mis once entrevistadas; así, solo tres son varones. Había pensado incluir a otro varón a quien conocía previamente y con quien conversé en diversas ocasiones sobre temas varios, pero desistí de entrevistarlo luego de que aprovechó una ocasión para hacerme un comentario que me incomodó mucho. Al finalizar la sesión de un conversatorio, a la hora de despedirnos, en vez de simplemente dar un beso en la mejilla, como todos solemos hacerlo, me sujetó del brazo y con su boca pegada a mi oreja me dijo “Qué guapa estás hoy, tienes unas piernas espectaculares” y me sonrió de manera que sentí muy desagradable. En aquel momento la incomodidad me paralizó y me impidió rechazarlo contundentemente.

Esta experiencia me hizo ver la vulnerabilidad de una mujer muy joven frente a un hombre que actuó desde una posición masculina privilegiada que le hizo pensar que podía acercarse

a mí de esa manera y no en mi carácter de investigadora. Por otra parte, yo no había considerado posible el hostigamiento de alguien mayor. Lo que hace notar que la vejez no siempre es sinónimo de vulnerabilidad y la juventud puede ser desventajosa, sobre todo cuando se trata de relaciones entre géneros.

Puede entenderse también como herramienta metodológica para exponer las experiencias de estas personas son *los itinerarios corporales* definidos por Mari Luz Esteban como “procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en las que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas éstas como prácticas corporales” (2004, p. 58). Para realizar estos itinerarios fue necesario entretelar los relatos de la persona, con los comentarios propios y combinarlos con la bibliografía relacionada. Fueron de utilidad para explorar las prácticas sexuales y los factores determinantes que han moldeado las nociones del deseo y del placer en el continuum vital.

La profundidad de la información obtenida ha dependido de la confianza entablada entre los entrevistados y yo; con algunas personas el tiempo que llevábamos de conocernos fue determinante para ampliar la reflexión y expresión emotiva. En otros casos, se trató de una experiencia coyuntural que les permitió expresarse con la tranquilidad del anonimato extendido desde el inicio de la colaboración. Con todas ellas logré explorar el tema de las experiencias corporales en la autopercepción del proceso de envejecimiento, las relaciones afectivas, familiares, sociales en sus historias de vida. En seis de ellas, en las que hemos invertido más sesiones, pudimos abordar la sexualidad, el placer, los deseos sexuales y experiencias corporales.

Presento a continuación la información básica de las personas a las que entrevisté:

Entrevistadas y Entrevistado del Club de Oro/ Clase de Zumba					
Persona	Edad	Lugar de origen	Tiempo de residencia en SCLC	Estado civil	Actividad económica
Gabriel varón Club de Oro	96	Larráinzar	30 años aprox.	casado	Dependiente de hijo

Au mujer Club de Oro	78	SCLC (Cuxtitali)	Toda su vida (La Garita luego de casarse)	viuda	Dependiente de hijos
Yolanda mujer Club de Oro	68	SCLC (San Antonio)	Toda su vida	Divorciada	Dependiente de sus hijos (maestra de profesión)
Bertha mujer Club de Oro	79	SCLC (Santa Lucía)	Toda su vida	Viuda	Dependiente de sus hijos
Catalina mujer Club de Oro y Clase de Oro (Zumba)	86	SCLC (La Merced)	Toda su vida	Viuda	Dependiente de sus hijos
Luisa mujer Clase de Oro (Zumba)	60	Información reservada	Información reservada	Casada	Comerciante

Otras personas entrevistadas						
Persona	Edad	Lugar de origen	Tiempo de residencia en SCLC	Estado civil	Actividad económica	
Juan varón	68	Hidalgo	8 años	Casado	Odontólogo y comerciante	
Bruno varón	70	Chiapa de Corzo	2 años	Casado	Ingeniero jubilado	
Mónica mujer	64	Puebla	21 años	Divorciada	Administradora	
Nidia mujer	67	Ciudad de México	18 años	Divorciada	Maestra retirada	
Claudia mujer	59	Tlaxcala	Por temporadas	Divorciada	Abogada pensionada	

Capítulo II. El cuerpo como lugar desde la biopolítica: los espacios de la gerontogubernamentalidad

Las personas adultas mayores están ubicadas en una amplia diversidad de situaciones sociales, económicas, culturales y geográficas. En San Cristóbal de Las Casas las distinciones se acentúan también por factores socioeconómicos y étnicos. Mucha gente mayor realiza actividades laborales que requieren de habilidades físicas extraordinarias, no solo en lo referente al cultivo de milpa, a las labores domésticas, a las actividades manuales, también a la realización de oficios como el de cargador en el mercado municipal, en el que incluso he llegado a observar a una pequeña mujer mayor que habla exclusivamente en tsotsil llevando una carga considerable en un diablito, y otros lugares como los supermercados en donde la actividad de empacador está ocupada principalmente por personas de la tercera edad. Hay quienes más se encuentran en situaciones de encierro por sus necesidades de atención médica o simplemente porque parecería que es el lugar que les corresponde ocupar a cierta edad. Y seguramente, también hay personas mayores en situaciones cómodas y aventajadas a las que ni siquiera tuve acceso. Estos son solo algunos de los ejemplos que muestran que la vejez, además de cambiante, es plural y las circunstancias en las que la viven las personas también lo son. Las iglesias, los grupos políticos, los equipos deportivos de veteranos, otras casas de día, y un sinnúmero de lugares, forman parte del habitar de personas mayores, en situaciones y circunstancias personales diversas.

Al ser el envejecimiento intrínseco a todas las personas, resultaría imposible llegar a todas ellas o a los lugares en los que interactúan, desde el seno casero o familiar, hasta el comunitario y social, pero sí es posible realizar un acercamiento acotado con respecto a la vejez. Es por eso que a continuación presento dos espacios en los que pude acercarme a personas adultas mayores en San Cristóbal de Las Casas a partir del enfoque del control político de la corporeidad, no sin antes ubicar la ciudad histórica y socialmente. El primero de estos espacios es el *Club de Oro* que se encuentra inserto en los esquemas de las políticas públicas dirigidas a la población mayor y el segundo es, la *Clase de la edad de oro* que se formó por un grupo de personas mayores a partir de autogestión colectiva con un enfoque y prácticas gerontológicas asociadas a la actividad física.

En este capítulo analizo estos espacios a partir de considerar al cuerpo como lugar que, como ya dije, en términos de Linda McDowell implica considerarlo como la “intersección de un conjunto variado de corrientes e interacciones que operan en un abanico de escalas espaciales” (2000, p. 19), asumiendo que a partir de él “nacen y se propagan las significaciones que constituyen la base de la existencia individual y colectiva” (Le Breton, 2002, p. 7). Desde una perspectiva del espacio social en la que considero al cuerpo como agente en el marco de los dispositivos sobre la vejez que se detectan por medio de los discursos y prácticas gerontológicas con el apoyo de la categoría *Gerontogubernamentalidad* (Moya, 2013); es decir, asumo cada uno de estos lugares como una escala espacial que está constituida por un haz de relaciones con otras escalas que involucran la ciencia, la técnica y la política alrededor de los cuerpos envejecidos.

En concordancia con el acercamiento que propongo de la relación entre género y envejecimiento era necesaria una perspectiva que pusiera total atención al cuerpo, que en el siguiente capítulo se presenta dentro de las historias de vida de once personas mayores, así que en este capítulo la propuesta es acercarnos.

Del cuerpo como escala y la gerontogubernamentalidad

Los estudios sobre cuerpo, corporalidad y corporización han ido en aumento en las últimas décadas; ellos han cuestionado profundamente la disociación mente-cuerpo y han introducido una serie de formulaciones metodológicas en apoyo a esta corriente, como mencioné anteriormente, están insertas en el giro corpóreo (Ver Sabido y Cedillo, 2015, pp. 63–100). La geografía, la antropología, la sociología, las artes, la historia son algunas de las áreas del conocimiento en las que el cuerpo tomó relevancia epistémica; en su conjunto dan forma a una reconfiguración del ser en las relaciones sociales.

Esta es una propuesta más que busca llevar la atención del cuerpo a distintas escalas, es por ello que opté por las categorías cuerpo y espacio social, a las que abordo desde una perspectiva feminista, dichas categorías las retomo como parte de las contribuciones de las geógrafas feministas Doreen Massey (en McDowell, 2000) y Linda McDowell (2000), quienes permiten posicionar al cuerpo en un haz de escalas y de la correlación entre los sujetos y la producción espacial.

La categoría *Cuerpo*, a la que denomino oportuna dentro de los estudios de género y envejecimiento, puede tener varias perspectivas para ubicarlo geo-simbólica e históricamente: “el cuerpo como superficie inscrita y las representaciones corporales” (McDowell, 2000, p. 77-89). McDowell revisa ambas acepciones, la primera a partir de la propuesta de Michael Foucault que “niega la idea ilustrada del cuerpo como realidad anterior a su inclusión en el marco de las relaciones sociales” (en McDowell, 2000, p. 80), dentro de dichas relaciones caben las regulaciones disciplinarias y en la que se basa la primera acepción de la superficie inscrita, es decir, que no concede de velo de naturalidad al cuerpo, y lo posiciona en un haz del espacio social. La siguiente acepción, referente a las representaciones sociales es analizada por McDowell, quien retoma la curiosidad feminista de Elizabeth Grozs (1990, en McDowell, 2000) a las afirmaciones de Foucault, particularmente ante la falta de algunas especificidades de los cuerpos al margen del discurso del poder.

Grozs afirma que “el biopoder no siempre es un hecho negativo, puesto que ante las prácticas represivas también hay una serie de prácticas cotidianas voluntarias realizadas por mujeres y hombres” (en McDowell, 2000, p. 83). Lo que se puede sumar a esta visión del cuerpo agente es el reconocimiento de la experiencia individual que a su vez da indicios de las relaciones sociales objetivas. Para abonar en este sentido del cuerpo como experiencia, acotado a los postulados de Mari Luz Esteban, quien lo reivindica a partir de su interacción y del reconocimiento de los elementos sociales que le van dando forma y lo reconfiguran y cuya propuesta se discute y aplica en el capítulo siguiente.

Linda McDowell (2000) expone algunas de las escalas como la casa, la escuela, el trabajo y da muestra del tipo de relaciones en las que las personas que son cuerpo interactúan. Esta autora identifica desde el inicio uno de los principales cuestionamientos de las geógrafas feministas: que se preguntan si mujeres y hombre tienen la misma experiencia en el espacio; ese cuestionamiento podría embonarse con muchas otras intersecciones como las de raza y clase, y para este caso, la posición ocupada según la edad. Todas estas categorías del plano analítico implican experiencias reales, cotidianas personificadas y contextualizadas socialmente.

La afinidad indisoluble con el espacio de la que habla Doreen Massey (en McDowell, 2000, p. 15) puede tener múltiples acepciones: aquellas aludidas con más frecuencia abogan por el

vínculo identitario y las raíces, o la nostalgia por el terruño del que Hirai (2014) estudia en contextos de migración transnacional. Yo me pregunto qué tipo de vínculos se reafirman en *una casa de día o un asilo*, lugares creados a partir de la política pública hacia un sector de edad determinado, en este caso mayores de 60 años. Quiero aclarar que realizar este cuestionamiento no implica negar la relevancia de este tipo de instituciones, principalmente de aquellas que procuran la salud y atención de personas adultas mayores, sino de atender lo que considero una necesidad inaplazable: el fomento de relaciones intergeneracionales.

Además de las diferencias de las experiencias del espacio entre mujeres y hombres, existe una diferencia que se acentúa según la edad o el momento de la vida. Para conocer estas experiencias es necesario identificar al cuerpo que envejece en un contexto histórico y particularmente dentro de los influjos de los espacios y de la producción discursiva que define de la vejez y sus contrastes.

Como ejemplo, la obra *La vejez* de Simone de Beauvoir (1970). En la primera parte de su obra, compila por separado las referencias a la vejez en: *Vejez y Biología*, *Los datos de la etnología*, *La vejez en las sociedades históricas* y *La vejez en la sociedad de hoy*; muestra en cada apartado el producto de una exhaustiva búsqueda de cambiantes imaginarios respecto a la vejez. Las sociedades históricas –Grecia, Roma y Europa Clásica– y las obras literarias y teatrales son las principales fuentes de información de la autora para mostrar que las personas viejas eran sometidas al escrutinio y a la burla debido a la situación de deterioro del cuerpo, además de una extendida depreciación de su sexualidad.

El conjunto de esta indagación recrea la vulnerabilidad social y simbólica de las personas viejas, muestra que ha sido común, ya sea en algunas sociedades estudiadas por la etnología, o en la sociedad Francesa en el siglo XX. Si bien cambiante y en constante reivindicación, para cambiar la situación de las personas viejas, actualmente nombradas personas adultas mayores, es necesario revertir estos preceptos y de mejoras en la calidad de vida.

El cuerpo que somos y sus transiciones vitales están en un *continuum* transitar que no puede estar desconectado de los lugares que habitamos y de la interacción con otros, las normativas reales y las reglas informales en cuya formulación podemos o no participar. Tampoco pueden

negarse que la segregación espacial de las personas mayores es una práctica inscrita en la biopolítica.

El espacio está compuesto por relaciones de poder e interacciones multidireccionales, por lo que como apoyo a la lectura de los espacios muestra de esta investigación, aludo a la lectura de la biopolítica foucaultiana de Mario Ociel Moya (2013) para complementar esta mirada multiescalar de las representaciones discursivas sobre la vejez.

Moya propone el concepto *Gerontogobernamentalidad* “para la observación y análisis de las nuevas artes de gobierno asociadas a la edad y su segmentación arbitraria y administrativa. Estas nuevas formas de gobierno se materializan en la diseminación, siempre en positivo, de discursos, prácticas de autocuidado y estilos de vida funcionales” (*Idem*, p. 442); esta propuesta puede considerarse un enfoque dentro de la gerontología crítica, ya que abona en el cuestionamiento referente al papel que ocupan las personas adultas mayores en la producción discursiva, en este caso dentro de las políticas públicas y de la extrapolación de las concepciones emitidas sobre la vejez en dicha construcción a la circulación mediática y cotidiana.

El concepto de Moya pretende “problematizar las abstracciones que hablan de envejecimiento y vejez como un fenómeno sincrónico y apolítico; como un fenómeno poblacional que emergió y en donde las instituciones de manera reactiva comienzan a operar” (*Ibidem*). En su caso, Moya, se dedicó al análisis del caso chileno que ubica a la “gestión y tratamiento de la vejez por parte del estado [...] en la materialización de prácticas de inclusión/ exclusión como parte de una racionalidad biopolítica” (*Idem*, p. 433). Estas prácticas están presentes en el *Club de oro* y en la *clase de la edad de oro*, en los que la influencia de los discursos de autocuidado y estilos de vida funcional se asumen en prácticas institucionalizadas y autogestivas, respectivamente.

No puedo extenderme a llevar un análisis comparativo de México, así como lo hace Moya (2013), pero sí llevar sus pautas de acercamiento a una escala menor, tal es el caso de dos lugares que comparten algunas evidencias de las premisas anteriores: *el Club de oro* y la *Clase de la edad de oro* en San Cristóbal de Las Casas.

Para ubicar San Cristóbal de Las Casas

San Cristóbal de las Casas es una ciudad de origen colonial asentada en el Valle de Jovel, en la región de Los Altos de Chiapas. Fue asiento de poderes de la provincia en el periodo colonial y después de la independencia, capital del estado. Aunque dejó de ser la capital del estado en 1892, es un centro de comercio y rector de la región. Su historia está caracterizada por dinámicas de explotación de la población indígena y sus recursos por parte de quienes se asumen como “coletos”, gentilicio utilizado por las personas que se creen descendientes españoles o mestizos y que ha servido como reafirmante identitario.

La distribución histórico espacial de San Cristóbal está definida por sus barrios tradicionales y por colonias y fraccionamientos de reciente creación; así como por la clase social de sus habitantes y su procedencia imputada: el ser indios, descendientes de españoles o ser “ladinos”. En esta ciudad las relaciones barriales e interbarriales han estado marcadas por ciertas tensiones, como se logra distinguir en el libro “Mujeres de tierra fría” de Diana Rus (1997) que realiza una serie de entrevistas a mujeres, en su mayoría coletas, quienes en sus testimonios narran las relaciones de confrontación entre las personas según el barrio que habitaban, incluso entre personas de barrios contiguos.

Se trató de una ciudad de difícil acceso hasta la primera mitad del siglo XX, cuando la carretera panamericana y el puente sobre el río Grijalva la unió con Tuxtla Gutiérrez. Tuvo una población no muy numerosa hasta la década de los setenta en la que una explosión demográfica la hizo pasar de 16334 habitantes en 1940 a 32833 habitantes en 1970 (Ruz and Viqueira, 1995). Esta década fue el comienzo del arribo de población procedente de diversos municipios de la misma región, producto de las expulsiones masivas causadas por diferencias políticas y religiosas, de personas de otros estados, así como del extranjero y que marca la diversidad cultural y social que se acentuaría hasta la actualidad.

A partir de la década de los sesenta cambios políticos, económicos y sociales muy intensos en el país se expresaron en Chiapas con sus propias particularidades (Garza y Toledo, 2004). En el estado hubo movimientos de población importantes: expulsiones de mestizos de pueblos de mayoría indígena y de indígenas por razones políticas y religiosas (Ortelli, 2016), los partidos políticos distintos al PRI, organizaciones políticas diversas y movimientos

campesinos empezaron a formar parte del escenario social y político de la región (Garza y Toledo, 2004). Todo ello tuvo repercusiones en San Cristóbal, que fue la ciudad de acogida de indígenas expulsados por condiciones políticas, religiosas y económicas, quienes en su mayoría se han asentado en las orillas de la ciudad, así como de migrantes de diversa índole y procedencia.

En la vida cotidiana persisten expresiones racistas que encierran estereotipos sobre los indígenas, sus acciones, sus dinámicas y sus espacios. En la radio actualmente es común escuchar historias de delincuencia en las que el principal sospechoso es el indígena, como si la tendencia hacia la delincuencia fuera natural en “el”. Si hay problemas de basura, son los indígenas, si hubo disparos, son los indígenas, si hay venta de drogas, son los indígenas; y aunque posiblemente sean en algunos de los casos, esas afirmaciones muestran y refuerzan el racismo prevaleciente. Es decir, que se mantienen relaciones de tensión entre indígenas y mestizos en la ciudad, que pueden ser revisadas en diferentes dimensiones en Ortelli y Sartorello (2011) y en Paniagua (2011).

A partir de la década de 1980 en el marco de cambios en las políticas económicas y políticas se instauraron un sinnúmero de instituciones públicas, así como institutos de investigación y universidades, favoreciendo la afluencia de personas foráneas a la ciudad.

El levantamiento zapatista de 1994 fue un parteaguas en la región y que además de las implicaciones políticas que generó, también tuvo influencia en la vida cotidiana, en la que los indígenas comenzaron a ocupar espacios hasta antes negados, incluidos los medios de comunicación internacionales (Ver Galindo, 1997). Aunque, también, fuese un momento en el que aumentó la participación política de las mujeres coletas, según Diana Rus (1997).

La realidad es que a partir de ese momento hubo un nuevo oleaje de visitantes temporales y de personas que optaron por mudarse permanentemente a la ciudad. Si bien, a partir de décadas anteriores al aflujo era tanto de nacionales como de extranjeros y poco a poco San Cristóbal se fue conformando como una ciudad plural, aunque no por eso igualitaria.

Como afirma Gabriela Coronado, el levantamiento “generó una nueva demanda turística en la región asociada con la insurgencia indígena que promovió la adaptación de la industria teniendo que incorporar en sus operaciones nuevas formas de relación interétnica y nuevas estrategias de mercadotecnia” (2008, p. 54), este fue uno de los detonantes que llevaron a

San Cristóbal a ser el principal punto turístico del estado de Chiapas y que concentra buena parte de la derrama de este sector¹.

El ambiente religioso, en su diversidad, dota a la ciudad de una serie de prácticas y de dinámicas que llaman la atención; algunas de ellas marcadas por los conflictos, “la reconstrucción del mapa religioso y el comportamiento cuantitativo de las distintas adscripciones religiosas” (Rivera Farfán et al., 2005, p. 13). En los barrios tradicionales las fiestas de las iglesias de los barrios y los rezos muestran un ambiente festivo enmarcado en el catolicismo. Si bien antes la ciudad era reconocida como un lugar plenamente católico (Greene, 1996); en la actualidad, “Chiapas es el estado con el menor índice de católicos en el nivel nacional y, al mismo tiempo, cuenta con el mayor número de opciones religiosas en el país” (Rivera Farfán et al., 2005; Cañas, 2011) y San Cristóbal ahora es reconocible por su pluralidad religiosa, entre la que pueden encontrarse centros budistas, islámicos, “distintas vertientes evangélicas, como los adventistas del séptimo día y los presbiterianos, así como los mormones, testigos de Jehová, etc.” (Cañas, 2011).

Los aspectos anteriores referidos a la distribución espacial, al perfil identitario, a las expulsiones de mestizos, a los oleajes de población, al levantamiento zapatista y al turismo concernientes a San Cristóbal de Las Casas podrán ser identificados como aspectos relevantes en los itinerarios corporales de las personas entrevistadas, dando muestra de que la vida individual adquiere sentido en la existencia colectiva.

Club de oro

El *Club de Oro* inició en 1994, para el momento de mi acercamiento se encontraba en las instalaciones del Centro Cultural del Carmen. Después de la realización del trabajo de campo, esta casa de día fue reubicada a un inmueble que se construyó para su uso exclusivo, a un lado del Centro Cultural del Carmen. Ahora cuenta con mejor infraestructura y mobiliario. Cuando realicé la investigación esta casa de día estaba adscrita al DIF municipal y tenía apoyo del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (INAPAM) y de SEDESOL.

¹ San Cristóbal de Las Casas concentra la derrama económica en el sector turístico por encima de la capital del Estado Tuxtla Gutiérrez: Reporte estadístico de indicadores del sector turístico de Chiapas, disponible en <http://www.turismochiapas.gob.mx/institucional/estadisticas/formatos/ENERO2019.pdf>

El personal administrativo estaba compuesto por un varón y dos mujeres de mediana edad quienes imparten cursos y talleres. También trabajaban allí dos mujeres mayores, una que se encarga de los trámites y otra más, indígena, responsable del aseo y auxiliar en la atención de los usuarios de la casa.

El *Club de Oro* es un espacio inserto en las políticas públicas dirigidas a personas mayores de 60 años y más², incluido en los programas de acción de la *Red de Casas de Día* adscrita al Programa de Pensión para Adultos Mayores de la Dirección General de Atención a Grupos Prioritarios de la entonces SEDESOL. Este programa se publicó en 2012 e inició operaciones en 2013, dicho programa estipula que:

Las ‘Casas de día’ se constituyen como una red que agrupa a Centros de Atención para personas adultas mayores en los cuales se proporciona atención integral a las personas adultas mayores en los que se promueve su bienestar bio-psicosocial y el empoderamiento agéntico al integrarlos a un grupo social de convivencia, recreación, preocupación del tiempo libre. Además, a través de coordinación con otras Dependencias o Instancias se busca promover al acceso a diversos servicios de salud, educación, recreación, entre otros. Estos centros están diseñados para que las personas adultas mayores cuenten con espacios que les permitan ganar independencia y sociabilidad, evitando al mismo tiempo el aislamiento y la soledad (Documento Rector Red de Casas de Día, 2012, p. 3-4)³.

Una de las referencias del marco teórico del programa es el modelo chileno, analizado por Moya (2013). El programa de la Red de Casas de Día se propone promover la apertura de espacios y apoyar a los ya establecidos dedicados a la población mayor, como el *Club de Oro* de San Cristóbal, que como antes dije se inauguró en 1994, antes de que existiera el programa de las Casas de Día y la Red que las agrupa.

² Se trata de una pensión no contributiva para personas mayores de sesenta años que se entrega bimestralmente y es de cobertura nacional. El INAPAM, SEDESOL y el Seguro Popular están articulados en este programa público.

³ Documento Rector de la Red de Las Casas de Día disponible en: http://www.cipet.gob.mx/ppam/Modelo%20Red%20de%20casas%20de%20Dia_v13.pdf

El *Club de Oro* opera en turnos matutino y vespertino, durante los cinco días hábiles de la semana con una concepción de vejez segregacionista, aunque en “sentido positivo”, es decir que promueve una vejez activa que supone la necesidad de proveer espacios de socialización para las personas mayores que dejaron de interactuar en otros ámbitos sociales, como lo considera Moya (2013, p. 442).

Efectivamente las personas que dan vida a la casa indiscutiblemente asisten en general por voluntad propia, a pesar de las dificultades de movilidad física, de transporte, así como de los pequeños gastos que su participación implica, asumidos por ellas mismas. Ante la falta de ocupaciones laborales, las dificultades para entablar relaciones intergeneracionales asertivas y en general el aislamiento, un buen número de personas procura el club, ya que al vivir solas y aburrirse en casa, buscan un lugar para convivir. Principalmente acuden personas oriundas de esta ciudad, la mayoría habitantes de barrios tradicionales, en menor medida indígenas. Ocasionalmente participa gente de otras nacionalidades. Durante mi estancia había una mujer chilena, residente de la ciudad desde varios años y se hablaba de algunas más de origen español y argentino. Aunque el club está dirigido a personas a partir de 60 años, es común que lleguen personas, principalmente mujeres menores a ese rango de edad, interesadas en integrarse voluntariamente a las actividades ocupacionales. Por otra parte, la gran mayoría son mujeres, las actividades feminizadas que se impulsan, es decir aquellas asociadas socialmente a mujeres, como el tejido y bordado, explican que haya muy pocos varones, aunque también hay coro, yoga y baile.

Es notoria la falta de apoyo gubernamental al programa. Se restringen los apoyos al mínimo, las actividades que se incluyen son estereotipadas y se limitan las posiciones corporales de quienes participan. El salón no cuenta con las comodidades ni la infraestructura necesaria. Está amueblado con tres tableros y sillas, uno de ellos, dedicado a la alfabetización, a unos metros de los otros dos en los que las demás actividades se llevan a cabo sin separación entre sí. El mobiliario y su disposición promueven el estar sentados. Solamente el coro tiene asignado un salón independiente. Hay algunas adaptaciones precarias, tales como una cocina provisional, una mampara y un altar dedicado a la virgen de Guadalupe festivamente decorado, que guarda diversas figuras e imágenes alusivas, ante lo que se puede inferir una presencia considerable de personas católicas.

Los servicios de educación y de salud son proveídos solamente por promotores del Instituto Nacional de Educación para Adultos y por prestadores de servicio social de enfermería general del Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica. Los primeros dan cursos de alfabetización y los segundos hacen chequeos básicos y dan charlas de promoción de salud. Acude también personal de la Secretaría de Salud cuando hay a campañas de vacunación que incluyen a la población mayor de 60 años. Por lo demás, no tienen acceso a servicios de salud, ya que las atenciones arriba mencionadas distan mucho de ello.

Los vendedores de pan, dulces, legumbres y frutas llegan a ofrecer tentempiés al salón. Dado que muchos participantes tienen restricciones económicas fuera del club llegan a vender ropa “en paguitos”, y cobran cuando llega el apoyo económico *60 y más*. En tanto que a pesar del proponerse discursivamente el promover el aumento de la independencia de los adultos mayores, la política gubernamental no incluye apoyos para la inclusión laboral remunerada para mayores de 60 años.

Todo lo anterior refleja las contradicciones entre el discurso gerontológico de la política pública y su puesta en práctica mediante actividades que requieren poca movilidad y asociadas a mujeres, evocan a la concepción de “personas de la tercera edad”, es decir aquellas incapaces de trabajar, discapacitadas y feminizadas, más que a una vejez activa.

Por otro lado, el club tiene otras características derivadas de las relaciones entre las mujeres y los pocos hombres que asisten, especialmente de quienes lo hacen regularmente. La convivencia en el mismo espacio pareciera incluir a todos pero hay distinciones de grupos. Suelen subagruparse por afinidad o confianza, en algunos casos se juntan parientes – hermanas, primas, comadres–, en otros, vecinas de barrio o colonia, por amistad que se ha formado dentro o fuera del grupo. Estas subagrupaciones tienen un rango de edad, ya que no es común que las mujeres que rondan entre los 60 y 65 años se junten con las mujeres mayores de 80 años, aunque sí las atiendan con devoción maternal.

Estas agrupaciones también generan exclusión, como en el caso de Aura quien dentro de las instalaciones del *Club de oro* suele ocupar el mismo asiento en medio de los largos tablonces que se empalman como mobiliario principal, en ocasiones mantiene cortas conversaciones con quienes se sientan cerca suyo, pero por lo general, no conversa con nadie, ni se acerca

con las personas que se encuentran a las orillas realizando alguna actividad. Nadie trata tampoco de incorporarla a la conversación. A esta soledad que observé en ella, se sumaron en un par de ocasiones en mi presencia la descortesía de parte de una de las empleadas del lugar, quien con desdén le ofreció algunos bocadillos que otras de las compañeras llevaron para ofrecer a todos. La respuesta de Aura fue pasiva y se limitó a una mirada de incomodidad que alcancé a distinguir. Fuera de mi vista, no sé qué otros momentos bochornosos pudo pasar Aura dentro del club, pero posiblemente tengan correspondencia con su lugar socioeconómico.

Aura es una mujer tímida con el rostro marcado por la tristeza. Ella escucha atentamente las charlas que la nutrióloga ofrece cada semana, aunque expresa que lee y escribe con dificultad, sin anotaciones suele contestar preguntas directas de forma congruente y en consecuencia con las participaciones previas. Simplemente suele permanecer atenta a algo incluso ante el bullicio en el salón, es de las únicas que no realiza alguna de las actividades ofrecidas en el club.

Nació y creció en el barrio de Cuxtitali, un barrio que puede considerarse socialmente periférico (Garza, 2012). Proviene de una familia dedicada al comercio itinerante a lo largo de distintas comunidades de los Altos de Chiapas. En un camión llevaban productos de poblado en poblado, desde alimentos hasta enseres domésticos o herramientas. Aura colaboró en el negocio familiar hasta entrada su juventud, me narró con orgullo cómo ella era la mano derecha de su papá, los viajes que hacían a Tuxtla Gutiérrez para conseguir algunos encargos y lo mucho que disfrutaba de esa actividad, la cual abandonó cuando se casó, a partir de ese momento se mudó a la casa de su esposo en el barrio de La Garita, en donde vive desde entonces, aunque recuerda su barrio natal con nostalgia, pese a su cercanía.

La salud, la inestabilidad económica personal y familiar son temas comunes en el club, y cada vez más el tema de las redes sociales van ganando terreno en el centro de las conversaciones. Se expresan distinciones de formación, de condición económica y barrio de procedencia, por ejemplo, conviven grupos con cierta solvencia económica que les permite realizar salidas y viajes en conjunto, con personas introvertidas y solitarias, aunque están juntas no hablan mucho entre sí.

Este club me ha permitido tener un panorama de las situaciones en las que se encuentran algunas de las personas adultas mayores de la ciudad. Ubicar las distintas condiciones sociales a partir de formación profesional o técnica previa, o de las actividades no remuneradas de las amas de casa. El predominio de mujeres en el club no hace que pase desapercibida su diversidad. Como mencioné, entre ellas hay variedad de oficios –como cocineras, comerciantes, mujeres que realizan manualidades– y profesiones –como enfermeras, contadores y profesoras–, todas ellas, además, amas de casa con distinciones económicas y sociales.

Las maestras jubiladas forman una parte relevante del grupo; la mayoría fueron docentes de educación primaria y secundaria, algunas en la ciudad y otras más en distintas comunidades del estado. Cabe recordar que la docencia fue una de las profesiones que permitieron movilidad social en general y que abrió camino a muchas mujeres en el campo laboral, antes que otras profesiones. En la actualidad son ellas en especial las que tienen un ingreso seguro a través de la jubilación y acceso a servicios que les permiten cierta seguridad en esta etapa de la vida, a diferencia de la mayoría de la población envejecida de la ciudad. Tienen una gran ventaja frente a quienes tienen que seguir trabajando o dependen de familiares para sobrevivir.

La presencia de las maestras jubiladas es uno de los centros de esta casa de día. Ellas estaban acostumbradas a una jornada laboral matutina, de modo que se adecúan bien a los horarios. De hecho, asistir al club ha reemplazado a la docencia. Mientras para las amas de casa que acuden lo hacen con menos regularidad, pues el club representa un espacio de esparcimiento, compañía y distracción.

Entre las maestras encontramos a Bertha, una mujer que fue maestra durante un periodo de su vida. La conocí en el club tras el festejo del día de las madres. No la había visto antes porque ella normalmente acude a los ensayos del coro que se dan a puerta cerrada en un salón contiguo. Desde ese día comenzamos a conversar cuando se cerraba el club en el turno de la mañana, y algunas veces nos encontramos en la calle.

Bertha es una mujer de baja estatura que se considera “simpática, aunque no bonita” y hace un “esfuerzo diario por agradarse”, cada semana se compra “aunque sea algo” para su vestido

y arreglo personal, su estilo es casual, pues prefiere la comodidad: pantalones holgados, playeras y suéteres. Es compradora frecuente de los vendedores que después de la entrega del apoyo de *60 y más*⁴ llegan a vender ropa en abonos a las puertas del club.

Nació en Santa Lucía, donde ha habido históricamente “una mezcla de clases sociales”, según Rus (1997, p. 97) y barrio en el cual se encuentra el Club, que de hecho a una cuadra y media de su casa natal. Ella fue la primera de dos hijos, actualmente se encuentra distanciada de su hermano, luego de una disputa por dicha casa, a la que finalmente se acordó dividir en dos partes iguales. Resulta interesante que en su descripción sobre el barrio de Santa Lucía, Diana Rus afirmaba “todavía hoy en día en ocasiones especiales y para deleite de cualquiera, en sus iglesias pueden escucharse las marimbas, las estudiantinas y los grupos corales, que son la especialidad de los artistas nativos” (Rus, 1997, p. 97), y que justamente la actividad musical de la que gusta Bertha sea la más representativa de su sentido de placer.

Desde joven, ella tuvo vocación docente y fue maestra durante varios años en comunidades indígenas. La mayor parte de las comunidades en las que trabajó estaban alejadas y de difícil acceso. Me habló de que para llegar a una de esas escuelas, en la que estuvo aproximadamente cinco años, caminaba alrededor de diez horas: “llegar a esa escuela, bueno a la comunidad, era extenuante. Ya llegaba yo con mis pies a veces con ampollas, toda enlodada pero llegaba yo; nadie en mi casa creía la travesía que les contaba”. Pero además se enfrentó a la diferencia de lengua y a condiciones socioeconómicas muy difíciles. Cuenta: “me tocó ver mucha pobreza y mucha ignorancia, pero afortunadamente eso ya está pasando; cada vez más niños y niñas van a la escuela y de a poquito aprenden, aunque es muy difícil para nosotros que luego no entendemos su dialecto, su lengua pues, y ni cómo enseñarles así”.

Se refiere a sí misma en su juventud como “una muchacha dedicada al estudio y al trabajo”; afirma que su profesión la hizo una mujer independiente que fue “perdiendo el miedo hasta de su familia, porque ella ya ganaba su propio sueldo y sabía lo que era vivir sola”. El hecho de tener que vivir en las comunidades en la que dio servicio, fue básico para la formación de un sentido de cierta independencia, pues en estos lugares ella era una figura de respeto y admiración comunitaria.

⁴ Ver nota 2.

Ahí en las comunidades en que me tocó trabajar fui bien recibida, las señoras me daban a veces un canastito de tortilla, de frijol, de maicito y los hombres me respetaban bastante, no me tocó ninguna grosería, los que hablaban castilla que eran pocos, me ayudaban a comunicarle a la gente algunos avisos, más que nada de los jornales para la escuela.

El papel principal que ella tenía en las comunidades contrastaba con la experiencia de otras muchachas de su edad que vivían en San Cristóbal, por ejemplo su prima:

Mi pobre primita, ella medio sabía leer y escribir y eso porque yo luego le enseñaba, pero siempre la maltrató su padre y luego su esposo. Yo ya ni sabía de cómo ayudarla, quería que también se hiciera maestra y se pudiera venir conmigo, así que supiera que las mujeres podemos ser bastante respetadas por los hombres, casi que ser autoridad.

Los hombres de la familia, el padre y esposo de su prima, eran violentos, por lo que cuando Bertha habla de sí misma y su vida profesional, enfatiza su libertad, lejos de la vigilancia de los parientes masculinos.

Se debe reconocer que “ser mujer maestra en una época determinada participa de una correlación de redes de poder, de ciertos sistemas de creencias, de tantas otras prácticas del conocimiento y de la ideología de género” (López, 2006, p. 6), lo que se refleja en el hecho de que la profesión docente ha sido una profesión en algunos contextos feminizada, fue una de las únicas aceptadas socialmente para las mujeres, además de ser importante para la movilidad social durante el periodo posrevolucionario durante el siglo XX.

Particularmente los maestros rurales, incluyendo a las mujeres, jugaron parte importante en la formación de la identidad nacional, que implicaba, en las regiones con población indígena se una campaña de castellanización (Escalante, 2010, p. 25).

Pese a las dificultades que le significaban desarrollar su labor docente, a las que además del largo camino a la escuela se sumaba la precariedad de la infraestructura y la falta de materiales, Bertha recuerda con un gesto de añoranza aquellos años en los que trabajó libremente y en los que no tuvo la obligación de casarse, esta situación perduró hasta que fue maestra de una comunidad más cercana y finalmente dio clases en San Cristóbal.

Entonces se vio orillada a contraer matrimonio por la insistencia familiar; temían que se “quedara sin marido”, así que se casó con un joven de una familia conocida. De a poco fue alejándose de su profesión y paulatinamente se convirtió en ama de casa para el cuidado de sus dos hijos.

Bertha se sintió obligada a casarse, a permanecer en su casa con base a los mandatos de género que asumían ese rol como femenino. Entonces para ella la iglesia fue un espacio fundamental que, al igual que para otras mujeres, se convirtió en un espacio de socialización, en donde además de profesar su fe católica formó parte del coro y se convirtió en catequista. Con esta última actividad, de cierta manera Bertha continuó con su labor docente durante más de 30 años. Ella daba catecismo los fines de semana en un horario conveniente que se conjugaba con sus actividades cotidianas. Siguió sintiéndose maestra y le genera mucha satisfacción que quienes tomaban catecismo la reconozcan como tal: “Me da alegría cuando paso por la calle y alguno me dice ‘adiós maestra’, ya yo no los reconozco, ya son grandes, señores y todavía me recuerdan, es bonito, parte de la recompensa”.

Maestra también es Yolanda, una mujer alrededor de quien se congrega el grupo de esta profesión. Es una mujer sancristobalense, nacida en el barrio de San Antonio que actualmente vive sola en una colonia de la zona sur de la ciudad. Es la mayor de cinco hermanas, que contrajeron matrimonio antes de los veinte años, Yolanda y una de sus hermanas fueron las únicas que trabajaron profesionalmente, como profesora y como contadora, respectivamente.

Tiene 68 años y desde hace cinco años frecuenta el club en el que sobresale al ser una compañera con un gran nivel de popularidad por su carisma y su sociabilidad, enfrenta fuertes dificultades médicas relacionadas con su columna y sistema nervioso, a razón de la cual desde hace ocho años tiene seguimiento médico en el Centro Médico de la Ciudad de México, por lo que constantemente viaja con ese motivo, la mayoría de las ocasiones sin compañía. A su retorno se integra a la dinámica del *Club de oro*, en el que buena parte de las personas están atentas de su estado de salud y suele ser un tema obligado en las conversaciones con ella.

La atención alrededor de ella se centra en su estado de salud, el costo de sus viajes, los medicamentos y en sus esfuerzos cotidianos para realizar actividades de sostenimiento de la vida, como preparar sus propios alimentos, realizar la limpieza de su casa, e ir al mercado por provisiones. Esta atención se mantiene como una forma de admiración hacia ella al

sortear toda esa serie de dificultades generalmente sola, quienes comparten con ella suelen ser otras maestras. En el ámbito laboral, Yolanda se desempeñó como docente de secundaria y posteriormente obtuvo una plaza en el CBTis (Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios) de esta ciudad.

En su matrimonio tuvo dos hijos y se divorció de su esposo hace más de diez años. Su divorcio le ha generado mucho desgaste emocional y económico. Antes de divorciarse, Yolanda cedió su plaza laboral a su esposo, transfiriéndole sus derechos laborales y la titularidad de su seguridad social. Entre los acuerdos del divorcio se estipuló que ella recibiría una pensión alimenticia que según Yolanda es mínima, sin embargo, después de un tiempo su ex esposo apeló ese acuerdo y unos meses atrás logró despojarla de ese beneficio. Actualmente con un monto considerable de gastos mensuales principalmente médicos y de transportación, Yolanda depende económicamente de sus hijos. Aunado a ello su casa se encuentra en litigio con su ex esposo.

Una de las más recientes integrantes del club es una maestra jubilada que padece Alzheimer y es llevada por su cuidadora personal. Alrededor de ella se expresan afectos basados en los recuerdos de los momentos compartidos en el ámbito magisterial y comparaciones, preocupaciones y alegrías por parte de sus compañeras, tanto maestras como otras mujeres sensibles ante su situación. Fui testigo de una confrontación con esta enfermedad temida por muchas personas.

Una conocida me describía a la mujer con Alzheimer cuando era joven con una expresa nostalgia. Para ella la enfermedad y sus implicaciones no eran motivo en sí de este recuerdo, sino la estupefacción al “ya no ver a aquella mujer con tacones, guapa, altiva y sociable”. La inquietud provocada por esos recuerdos atribuye un alto valor a aspectos de la apariencia y de la imagen femenina, que desde la descripción parece que desaparecieron en cuanto la enfermedad se hizo presente. La mirada ausente con la que se presentó esta mujer al *Club de Oro* con el paso del tiempo se ha tornado más calmada y alegre.

Su arribo al club ha sido un acontecimiento colmado de solidaridad hacia ella y al mismo tiempo imponente, que ha llevado a algunas asistentes a acudir a actividades “preventivas” de esta enfermedad. Recordemos “la diseminación, siempre en positivo, de discursos,

prácticas de autocuidado y estilos de vida funcionales” (Moya, 2013, p. 442) como una de las premisas de la gerontogobernamentalidad; por lo tanto, reconocer a este esfuerzo de prevención bajo el influjo de las nuevas posiciones discursivas sobre la vejez refuerza la idea de autocontrol sobre el cuerpo, incluso por encima del deterioro cognitivo. Este ejemplo da cuenta de cómo las personas asumen la responsabilidad del deterioro físico a través del miedo, relacionado posiblemente con la inoperancia de un estado de bienestar para las personas adultas mayores.

Las tres mujeres comparten profesión con un nutrido grupo de asistentes al club que siente la responsabilidad de asistir y de hacerlo con puntualidad. Pareciera que el hábito de concurrir a un aula continúa entre ellas.

La forma de vestir es un elemento distinguible entre quienes usan ropa sastre y usan alhajas de oro, que se distinguen además por sus perfumes y maquillaje; y quienes se presentan modestamente, algunas de ellas de luto permanente. Si bien esta distinción no es un determinante en cuanto a los pequeños grupos, en algunos momentos presencié que si marcaban una pauta de halagos y de expectación respecto a las más ataviadas. Por ejemplo, una mujer siempre acude elegante y sofisticadamente ataviada, con colores frescos y accesorios que destacan, tal es el caso de sombreros; alrededor de ella acuden varias compañeras a elogiar su atuendo del día, arreglarle el peinado, e incluso coserle alguna imperfección de su ropa con una disposición de servicio. Se trata de una mujer sumamente sociable y carismática que trata de conversar con la mayor parte de las personas, mientras las amigas que la admiran suelen ser las mujeres introvertidas a las que ella es de las únicas que puede sacarles la plática y que por lo general, son las mujeres que lucen modestamente.

Otro aspecto a destacar es la contención económica presente entre los miembros del club, ya que hay un apoyo generalizado a aquellas personas que venden algún producto, principalmente los elaborados por ellas, tal es el caso de conservas, algunos bordados y jabones, además de que en momentos anteriores se han realizado tandas, préstamos individuales y cooperaciones de apoyo. Esto puede ser interpretado como un esfuerzo solidario ante la inestabilidad económica que las personas mayores atraviesan y como un mecanismo de gestión económica desde la vejez para la vejez. Las tandas representan una

práctica muy extendida entre mujeres de otras edades como una forma de ahorro para ciertos eventos importantes: celebración de cumpleaños de familiares, pago de algún producto, etc.

Semanalmente una nutrióloga llega a dar unas breves pláticas sobre alimentación, recetas, *tips*, acompañadas de la compartición de un refrigerio, además aborda superficialmente temas de autoestima y duelo. En esas charlas suelen participar los integrantes del club, quienes hablan de sus recuerdos, las nostalgias particulares y colectivas, las añoranzas y los testimonios de enfermedad e incluso sus rencores, a mí parecer sin contención emocional por parte de la responsable.

Por ejemplo, en una charla respecto al autocuidado y la necesidad de chequeos médicos periódicos, la intervención de una de las mujeres expuso el caso de un pariente suyo que recientemente se había quitado la vida arrojándose de un puente peatonal en Tuxtla Gutiérrez después de haber sido diagnosticado con cáncer; además de contar esa historia, la mujer expresó abiertamente su preocupación respecto a las atenciones mínimas necesarias a la hora de dar a conocer un parte médico de esa magnitud. La narración tuvo una reacción emotiva por la pérdida de su familiar y se cortó cuando la nutrióloga retomó el tema inicial. En otras ocasiones otras asistentes expresan su sentimiento de soledad o sus conflictos familiares, presentes y pasados, así como sus aportaciones con las recetas que las caracterizan, e incluso algunos chascarrillos.

El coro es una de las actividades más destacadas entre los entrevistados, por ejemplo, para Bertha participar en el coro es parte importante y complaciente de su vida, que si bien se incorporó a esta actividad en el coro de la iglesia, continuó desarrollando su habilidad en el canto en el coro del *Club de oro*. Es una actividad que le genera profundo placer y orgullo, a cada una de sus presentaciones públicas invita a toda su familia, hijos y nietos, aunque ellos no acuden a todos los eventos; también invita a sus amigas, que por lo general la acompañan en cada presentación, un par de ellas radica en Tuxtla Gutiérrez y no pierden oportunidad para acompañar a su amiga. El último de estos conciertos se dio en el marco de la *Fête de la Musique* (fiesta de la música) organizado por la Alianza Francesa – San Cristóbal de Las Casas en el teatro Daniel Zebadúa. El apoyo y acompañamiento de sus amigas es importante para Bertha, quien reconoce que “sin ellas estaría muy sola, son quienes me conocen y en quienes tengo más confianza, más que a mis hijos tal vez”. La amistad forma parte de las

redes de apoyo de esta mujer, quizá las más sólidas en términos afectivos, y es altamente valorada por ella.

Gabriel es un hombre que al igual que Bertha pertenece al coro, incluso han compartido escenario. Con placer acude a los ensayos porque disfruta del ambiente que hay en la clase de coro, pese a sus dificultades para escuchar. En uno de sus conciertos me tocó presenciar que él era de las pocas personas sin familiares o acompañantes que lo llegaron a escuchar. Con dificultad bajó del escenario y recorrió el camino hasta la salida. Me dispuse a escoltarlo porque ese día olvidó sus anteojos y su bastón y había comenzado una ligera lluvia; él se opuso a que fuéramos en taxi porque temía no poder explicar la dirección de su casa, así que nos acompañamos del brazo. Me sorprendió que Gabriel conociera tan bien el camino y cada irregularidad de la banqueta, casi al llegar a su casa encontramos a uno de sus yernos que se disponía a alcanzarlo y custodiarlo de regreso a su hogar.

Resulta notoria cierta indiferencia respecto a Gabriel por parte de buena parte de sus parientes, que en su mayoría viven en la casa en la que él y su esposa les han concedido a hijos y nietos un espacio para vivir en alguno de los cuartos que tenían inicialmente o espacio para construir. Aunque convive con alrededor de quince personas, incluyendo hijas, yernos y nietos.

Gabriel narra con orgullo que su único hijo varón es quien lo respalda económicamente y quien, a pesar de estar lejos la mayor parte de la semana, le presta más atención a él y a su esposa que los demás miembros de la familia. Su esposa actualmente está enferma de diabetes y de la presión, mientras él se jacta de tener buena salud, aun con sus dificultades físicas y sensoriales. Pese a ello acude al menos dos veces a la semana a las prácticas del coro en el Club de Oro. Es miembro de este club desde 1994, luego de retirarse de su último trabajo como encargado de plomería de varios hoteles.

Dentro del *Club de Oro*, inscrito en las políticas públicas dirigidas a la vejez y a la actividad, además de las actividades cotidianas como las clases y el desayuno, hay algunos eventos estimulantes como fiestas, viajes, conciertos y particularmente la coronación de la reina y el rey del club. Este último es un evento muy importante, lo que puede reflejarse en que de las paredes del salón cuelgan los retratos de todas aquellas y aquellos que han sido coronados desde 1994 hasta la fecha. Este galardón es otorgado por los votos de los miembros del club

y el evento de coronación es altamente valorado entre la comunidad de la casa de día, puesto que representaba un alto grado de popularidad en el grupo. Aunque este evento social está dirigido a personas mayores, alude a ciertos cánones de belleza y juventud, la corona se acompaña de vestidos de gala y la banda del título.

Entre las galardonadas está Catalina, quien a primera vista parece ser muy seria, pero en toda oportunidad saca a relucir su sonrisa que es lo que más le gusta de ella porque “no se le ha acabado con los años”. Su complexión es robusta, su tez es clara al igual que sus ojos y es notorio el énfasis que pone en su arreglo personal en el que resalta la naturalidad, es decir, que usa maquillaje suave y no exagera sus accesorios.

Ella cuenta con entusiasmo que fue coronada hace dos años, explica: “Es por votación, nombran a las candidatas y ya la gente vota por la persona que le agrade más. Es muy hermoso, hacen pasarela, cuando a uno la van a coronar hay que salir de vestido largo, toda coqueta pues”.

Aunque se sintió halagada por ser la más votada entre sus compañeras y compañeros, confiesa que en aquel momento temió que alguien se burlara de ella y tuvo inseguridad por su peso y talla, así como por la flacidez de su piel. Hizo mella en ella, como en mujeres de todas las edades, la valoración actual de la delgadez y la juventud. Sin embargo, salió adelante y gozó:

Mi vestido esa vez fue de color verde agua. Ser el centro de atención de ese evento tan bonito y significativo para las mujeres que vamos al club, ya luego se me olvidaron mis miedos y me dediqué a posar y platicar con todos los que se acercaron a felicitarme. Ahora que veo mi foto me doy cuenta de que si me veía muy guapa y que lucí mi vestido.

Catalina lidió con la inseguridad y a conciencia disfrutó el momento, incluso a la hora de recordarlo entra en un estado de placer.

Ella es originaria de Tenejapa, un municipio de mayoría indígena muy cercano a San Cristóbal de Las Casas con una cabecera municipal habitada por ladinos. Llegó a esta ciudad luego de contraer matrimonio a los 17 años; se trató de un matrimonio arreglado y ha sido la única relación de pareja que ha entablado. Tuvo cinco hijos, dedicó su vida al cuidado de su

familia y asumió todas las labores del hogar. El único barrio en el que Catalina ha vivido desde su llegada a la ciudad es el céntrico barrio de La Merced, ella afirma que “casi se siente coleta”, luego de todos los años que ha vivido en San Cristóbal.

Cuando habla de su juventud, resalta el color de su piel: “si ahora me miro bien así blanquita y medio güera, imagínate cuando era yo joven, como anduviera yo vestida llamaba la atención”. Sus recuerdos dan cuenta de las ideas hegemónicas sobre la belleza en un lugar como su natal Tenejapa y, por supuesto, en San Cristóbal de Las Casas, en donde las tensiones racializadas entre indígenas y no indígenas exacerbaban con las diferencias en el color de la piel.

En contraste con Catalina, quien se considera hermosa por el color de su piel, Aura resalta las características fenotípicas de su esposo fallecido con fervor: su altura y el color de su piel y de sus ojos claros. Hay una evidente valoración del otro respecto a sí misma. Ella tiene con el rostro lleno de tristeza, las arrugas remarcaban sus dolores y su angustia; siempre vestida de negro, guarda un profundo luto del que no se desprende porque la muerte de personas cercanas a ella no le ha dado tregua. Viste con una falda por debajo de la rodilla, zapatos de piso, delantal y suéter negro, además porta un chal que utiliza tanto para taparse del sol como para abrigarse cuando hay frío. Por lo general carga una bolsa de mandado. No habló en ningún momento de sí misma o sus propias cualidades, su vida me parece, estuvo en función de aquel al que tanto admiró.

Como afirma Tania Cruz, la valoración de sí misma se sustenta en “las concepciones del cuerpo [...] que se reelaboran a través del encuentro cultural, en las formas de entender el cuerpo femenino se mezclan múltiples discursos y creencias yuxtapuestas” en una ciudad que por ello mismo considera heterotópica (2014, p. 67).

Gabriel, uno de los pocos hombres que va regularmente al Club, desde que se incorporó en 1994, año tras año, había tenido la ilusión de verse coronado junto a la reina en turno; sin embargo, por mucho tiempo no ocurrió. Recientemente, por unanimidad, fue declarado rey. El entusiasmo lo colmó de alegría, sin embargo, su gusto no duró mucho, ya que por decisión de la municipalidad se coronó a un hombre que ni siquiera participaba en el club. Tras la larga espera y con la decepción de que le arrebataran la corona Gabriel dejó de asistir por algunos meses, pero volvió finalmente con la convicción de que “Dios sabe por qué hace las

cosas”. Su experiencia nos permite visibilizar otra faceta de coronación. Este hecho expresa como incluso en un recinto con, al parecer, escasos bienes altamente valorados, como ser rey o reina del club, pueden ser manejados por las autoridades locales sin la menor consideración ni respeto a las decisiones de quienes dan vida al lugar. Que cualquier bien o recurso puede ser objeto de disputa, manipulación y corruptelas. También expresa la poca capacidad de los adultos mayores para exigir el respeto a sus decisiones en torno a una actividad dirigida a ellos.

Este espacio, ya mediado por el discurso proveniente de la política pública, es utilizado con intereses partidistas. Durante el tiempo que realicé el trabajo de campo fui testigo de la convocatoria dentro del club por parte de los administrativos para acudir a charlas especiales, regalos con motivo de las festividades, convivios y viajes auspiciados por la alcaldía. Acudí a algunos de estos eventos realmente destinados al llamado al voto, o en apoyo al gobierno en curso, que utilizaban el tema de la atención a las personas mayores en busca de lo que Townsend denominó “receptores agradecidos y pasivos” (en Bury, 1996, p. 38). Este tipo de eventos que son llevados a cabo por parte de las autoridades municipales y los administrativos del DIF, así como el trato que tienen hacia las personas mayores que acuden al *Club de Oro*, son, según asegura Catalina, “excelentes”, por lo que asiste puntualmente a todos los eventos públicos y políticos a los que inviten a los miembros del club como muestra de reciprocidad. Aunque ella lo perciba de tal forma, no hay que olvidar que la estrategia política de cooptar al “sector de las personas de la tercera edad” con fines proselitistas es común y aflora especialmente en períodos electorales.

Clase de la edad de oro

A continuación presento a la *Clase de la edad de oro* que surgió como un espacio de autogestión de la vejez enfocado en la activación física. Para ubicar la dimensión de este espacio en el ámbito de la gerontogubernamentalidad, es necesario considerar que se trata de un esfuerzo de personas mayores que han aterrizado las concepciones de la vejez saludable de los discursos gerontológicos oficiales a sus propias dimensiones comunitarias. A pesar de que se trata de un grupo centrado en la actividad física, vamos a poder distinguir que los aspectos que la significan son distintos al individualismo occidental del que habla Le Breton

(2002, p. 27), pero que si se han convertido en prácticas y rituales del cuerpo y su movimiento.

La *Clase de la edad de oro* comenzó como un ejercicio de autogestión de prácticas gerontológicas asociadas a la actividad física por parte de un grupo de personas que se consideraban mayores, actualmente tiene lugar en un gimnasio privado. Su antecedente es el club “Amigos en movimiento para una vida sana” que comenzó sus actividades en el parque de La Merced con un nutrido grupo de personas adultas mayores que se reunían para ejercitarse desde 2010.

Este grupo se benefició durante un tiempo con el uso gratuito de un local en el centro de San Cristóbal, en el que gozaban de ciertas comodidades como el acceso al baño y poder realizar las actividades independientemente de las condiciones climáticas. Cuando ya no pudieron hacer uso del local, encontraron la posibilidad de recibir una tarifa especial en el gimnasio que se encontraba en el mismo barrio en el que comenzaron actividades.

La tarifa lleva como nombre “edad de oro”, que progresivamente fue aumentando hasta triplicar su costo. Lamentablemente no todos los miembros del club que comenzaron en el parque han podido solventarla, desistiendo de las actividades y aminorando las filas del club. En este momento son aproximadamente veinte integrantes del club original quienes realizan la clase de zumba⁵ y de *fitball*⁶ para hacer cardio y tonificación, respectivamente. Este grupo se caracteriza por ponerse de acuerdo con el color de playera que llevarán cada sesión, por lo que al entrar a la sala son inmediatamente reconocibles. La mayoría de quienes asisten son mujeres mayores, solo acude un hombre con discapacidad cognitiva, dependiente de su madre de 86 años.

La clase dentro del gimnasio comenzó siendo exclusiva para la “edad de oro” –a partir de los 50 años- y paulatinamente se ha abierto al público en general, lo que me permitió el acceso. El horario, además de ser estratégico para el gimnasio, se adecua a las actividades que las

⁵ Práctica aeróbica que combina baile con ejercicios aeróbicos

⁶ *Fitball*, también conocido como esferodinamia es considerada una práctica de bajo impacto. “Puede ser una solución en el caso de errores posturales o dolores lumbares, ideal para personas de toda edad.”: <https://guiafitness.com/que-es-el-fitball.html>

asistentes realizan en sus hogares, actividades laborales, de cuidado a otros o en el *Club de oro*, en el caso de quienes asisten a ambos lugares; además este horario permite que regresen a su casa con la confianza que les brinda la luz del día.

Los instructores hacen adecuaciones de algunos ejercicios, rutinas o música que acompaña a la clase. Se escucha tanto reggaetón, como danzón, salsa, clásica, banda, a go-go o rock de los años sesenta, electrónica, entre otros géneros. En la clase de *fitball*, la instructora, a la par de hacer constante referencia a la “obligación” de tonificar los músculos después de los cuarenta años, tiene consideraciones especiales con las personas que además de su edad tienen alguna dificultad específica para realizar ciertos ejercicios. En algunos de los movimientos de la clase de zumba son perceptibles dificultades relacionadas con el desgaste de articulaciones o, según algunas asistentes, secuelas de padecimientos crónicos, como osteoporosis. Entre ellas se encuentra Catalina a quien conocí por el interés de otra de las integrantes de que me acercara a ella por ser una de las dos mujeres de mayor edad, ambas de 86 años. Y al igual que algunas de sus compañeras también forma parte del *Club de oro*. Catalina fue quien mostró interés por participar en la investigación y ella misma agendó la entrevista en su casa a los pocos días de conocernos. Catalina es una mujer que expresa mucha calma y alegría, demuestra ingenio en todos sus comentarios e intervenciones, platica de cerca con todas sus compañeras, siempre está al tanto de ellas y suele tener a la mano chascarrillos y albures risueños.

Ella toma las clases de zumba y la de *fitball*, en ellas recibe consideraciones especiales por parte de sus instructores que pueden considerarse ajustes razonables, lo que fomenta que no pierda el interés en la clase. El buen trato, las consideraciones y la estrecha relación que tiene con sus compañeras le dan gusto y comodidad, tanto que pese a las dificultades que en ocasiones tiene por juntar el dinero de la mensualidad –pues no le gusta que sus hijos le den– no está dispuesta a abandonar al grupo porque ya está “acostumbrada a sus maestros”.

El rango de edad de este grupo oscila entre los 50 y los 86 años; sin embargo, la edad cronológica no tiene relación directa con la movilidad, agilidad, actitud y ánimo de las integrantes. En ocasiones, por ejemplo, mujeres más jóvenes no se permiten la soltura para realizar algunos movimientos, como el movimiento de cadera y el contoneo de glúteos; mientras que las de mayor edad son más desinhibidas.

Antes del inicio de la clase, en el tiempo en que van arribando las participantes, hay un espacio para los saludos y las breves conversaciones. Al concluir la clase, en su mayoría toman al menos 15 minutos de descanso antes de salir y suelen ir bien abrigadas. En esos minutos las conversaciones se restablecen. El inicio y el final son momentos de comentarios pícaros, de insinuaciones y dobles sentidos acompañados de la risa que ameritan. Es un centro de encuentro en el que se permiten las conversaciones más cotidianas y en las que incluso se permite la expresión del deseo por otros cuerpos (como el del instructor) o el deseo por mejorar el cuerpo propio, esto particularmente entre las mujeres más jóvenes que acuden a la clase.

Otra de las principales características de este grupo es la constante asistencia para realizar las actividades. Son situaciones médicas, familiares, o compromisos religiosos los únicos impedimentos para llegar puntual los cinco días activos de la semana. La ausencia de cualquiera, por ello, es motivo de inquietud. Recientemente, al despedirme una de ellas me sostuvo por ambos hombros y me dijo “No pierdas tu devoción...”, pensé que se trataba de un consejo de tinte religioso, y dejando la seriedad de su rostro desplegó una gran sonrisa para completar “Nos vemos aquí el lunes, puntual”.

La constancia y disciplina con la que acuden a la clase parte del placer que les genera, física y afectivamente, y se entiende en casos como el de Catalina, para quien integrarse a estas actividades ha sido una recompensa luego de años de encierro. Ella recuerda que hace doce años, luego de un breve lapso de asentamiento de enfermedad, su esposo murió. La muerte de este no le causó pena, por el contrario, le ha “permitido ser feliz”, ya que a partir de ese momento pudo salir a la calle “sin la carga de los celos de su marido”. Para ese momento sus hijos ya habían formado sus propias familias, la visitaban frecuentemente y ella “ya no sentía el compromiso de andar cuidando a nadie”. La viudez de Catalina, a diferencia de algunas otras experiencias en las que el duelo y la soledad son muy profundos, parece ser una liberación de la obligación de dar cuidado y de la presión hacia ella, lo que nos lleva a reconocer que “el sentido que le dan las personas mayores a la viudez depende del momento en que lo experimentan en su curso de vida, así como de las circunstancias en que viven” (Montes de Oca, 2011, p. 104).

En ese tiempo, Catalina se integró al club *Amigos en movimiento para una vida sana*, que como ya se mencionó precedió a *la clase de la edad de oro*, y años más tarde, se unió al *Club de Oro*. Ambos espacios le abrieron puertas a la socialización y a realizar actividades dedicadas exclusivamente a ella misma que le permitieron tener una rutina fuera de casa, entablar amistades y retarse física e intelectualmente de manera continua. Actualmente su rutina es la siguiente:

Voy al *Club de oro* entre semana de lunes a viernes, todos los días, ya aquí en la casa ya no me hallo. Voy de diez de la mañana a dos de la tarde, cuatro horas. Mi hijo pasa por mí. Yo estoy en la escuela para aprender la letra de molde porque en mi tiempo era otra la letra manuscrita. Y también hago bordado, cuando se va la maestra de alfabetización me quedo a bordado. Después ya que llegamos a mi casa a veces hago de comer, a veces mi hija lleva la comida o si no nos vamos a una fondita que está cerca. De ahí me cambio y me voy al gimnasio.

El cambio de actividades ha significado un reacomodo en las relaciones familiares de Catalina quien con complacencia reconoce que nunca había tenido la independencia que tiene ahora. Catalina afirma que la posibilidad de decidir por ella misma ha surgido desde la muerte de su esposo:

Yo no cambio mis actividades diarias por nada. Si hay frío me cubro bien, si hay calor igual, si llueve, me voy con una sombrilla, no pongo pretexto, porque me encantan esas cosas. Además pues veo mucha gente, siento que la gente me aprecia, más me gusta estar allá. Ahora ya vivo para mí, como dice la canción ‘quiero que vivas solo para mí’, me preocupo por mi salud, por vestirme pobrecito pero limpia, como a mí me gusta.

Curiosamente la individualidad y autonomía de Catalina tiene lugar durante su vejez y es motivo de orgullo para ella. Ya que aunque la *Clase de la edad de oro* y el *Club de oro* le brindan espacios de sociabilidad afectuosos, respetuosos, en los que ha encontrado aprecio mutuo entre sus compañeras y compañeros, la escala de lo íntimo es en la que hay un cambio sustancial, enunciado en términos de felicidad y que repercute en sus prácticas de belleza. Este rescate ha posibilitado la intención de independencia de Catalina, al margen de su dependencia económica.

Catalina asocia a sus actividades y nuevos espacios de interacción con su idea de felicidad, afecto y procuración de sí misma; aunque con un poco de tristeza expresa, “¡lástima mi tiempo perdido!” ya que considera que su vida “comenzó ya casi que termina”. Para Catalina “la vejez desgraciadamente tiene que llegar, pero hay que aceptarla porque es una etapa bonita, todas las etapas son bonitas”.

Recordemos que el ejercicio forma parte de la rutina de Catalina, el cual puede considerarse dentro de la clasificación de técnicas de mantenimiento de Le Breton influidas por el modelo médico en sociedades occidentalizadas (2002). Una de las motivaciones que llevan a Catalina a apegarse a su rutina es “no aislarse”. Ella es consciente que no todas las personas con las que convive se encuentran en condiciones similares de independencia, menciona que “a algunos los van a dejar, a mí me van a buscar, pero yo pago mi taxi para llegar”. Cuenta que sus hijos procuran su bienestar, pero ella siente que a veces exageran y rozan en su infantilización “Aunque me apoyan veo luego que mis hijos quisieran que yo estuviera en casa, ‘¡mami ten cuidado, no te vayas a caer!, ¡mami vete en un taxi, mami esto!, ¡mami no vayas al mercado! ¡mami no salgas!’ pero no me acostumbro, no me gusta que me manden, ¡todavía puedo!”.

En los últimos meses, Catalina sufrió un par de caídas que le provocaron heridas leves en las rodillas y pantorrillas, a partir de ese momento sus hijos decidieron acompañarla al gimnasio e incluso tomar la clase con ella. El involucramiento de sus hijos le es invaluable en este momento, puesto que hubiese esperado que su familia prefiriera que se quedara “encerrada antes que acompañarla”; Catalina espera que todos vuelvan a tener la confianza para que ella pueda realizar sus actividades sin acompañantes.

Mi interacción con las personas que acuden a la Clase de la edad de oro, me ha llevado a dimensionar las implicaciones del cuerpo en términos físicos y simbólicos. En las conversaciones antes y después de la clase son en las que me han sido compartidas las razones por las que se asiste a la clase, que van desde mejorar la apariencia, mantener la salud y el movimiento, ser una fuga ante problemas personales como la depresión o simplemente del goce de la actividad física.

La clase que inicialmente era exclusiva para personas adultas mayores comenzó seis años atrás; en coordinación entre una de las impulsoras iniciales del club y el instructor actual, se

realizaba una planeación de actividades físicas y lúdicas cuya finalidad convenía en ejercitar además del cuerpo, la memoria. Es decir, el instructor asumía una práctica con perspectiva gerontológica de manera voluntaria y colaborativa. La dinámica interna se regulaba en función de los deseos de sus integrantes, quienes incluso cancelaban la clase dentro del gimnasio y realizaban otra actividad fuera, pero en el mismo horario, como tomar un café, dar algún paseo, o beber una cerveza en el parque; todas estas actividades se realizaban de forma colectiva y en el marco del horario de la clase. Era tiempo para el disfrute que algunas de las integrantes no podían permitirse en solitario o expresarlas a su familia, es decir, que se realizan tras la fachada de la clase.

La práctica gerontológica semi formal y la informal, que el instructor como figura de autoridad dentro del gimnasio asumió, se vio afectada en los últimos meses debido a la insistencia de algunas usuarias del gimnasio que con el afán de realizar más horas de ejercicio solicitaron el ingreso al horario de la clase de oro y posteriormente solicitaron que aumentara el ritmo. Ante tal petición y el interés por obtener más ganancias, la administración hizo un llamado al instructor para redireccionar la clase; es decir, a que de manera estricta se realizaran actividades exclusivamente aeróbicas.

El cambio implicó que un número considerable de usuarios de la edad de oro se diera de baja del gimnasio, y a su vez posibilitó que otras personas, como yo, pudiéramos participar de la clase. Durante el tiempo que acudí a la clase de zumba y a la de *fitball*, entre enero y junio de 2018, fue perceptible un aumento en el nivel de dificultad de las coreografías en el caso de zumba y de las rutinas en el caso de *fitball*; estas parecen ser algunas de las razones por las que el grupo ha ido disminuyendo. Como evidencia de esta correlación entre los cambios y el paulatino abandono se encuentra la caída de una usuaria de una pelota de *fitball* cuya consecuencia fue una ruptura de labio y un golpe en la nariz. Este hecho y su socialización fueron determinantes para limitar el nivel de convocatoria específicamente de esa clase que se imparte un día a la semana, reduciéndose el número de asistentes.

Catalina rememora que se trataba de un grupo nutrido de compañeras que:

[...] ha ido disminuyendo por el aumento de la tarifa, por la lejanía, o por algunos achaques, porque ya son puras de la tercera edad y otras más se desanimaron desde

que se juntaron jóvenes. Antes era exclusivo de las cuatro a las cinco para pura señora grande, ahorita ya lo revolvieron, y la verdad que a veces no son consideradas con nosotras, no todas, pero hay algunas que si nos hablan bonito pero que por atrás se quejan con el dueño.

Lo anterior da cuenta de una tensión generacional que ha tenido consecuencias claras en la dinámica del grupo, así como de la falta de interés por parte de los dueños de estos establecimientos por brindar un espacio para los adultos mayores, que pueden mantener un discurso acerca de los beneficios de realizar ejercicio, pero en realidad para ellos se trata de un discurso que vende.

En este lugar la reunión de una amplia diversidad, principalmente de mujeres, ya sea por el barrio o la colonia en la que viven, por sus actividades escolares y laborales, así como por sus situaciones económicas o familiares muestran un tipo de interacción que no se puede dar con facilidad en otros espacios. A diferencia del *Club de oro*, la interacción que se da entre las asistentes es más incluyente, ya que se han formado relaciones de solidaridad y reciprocidad que se extienden más allá de la frontera de la actividad física compartida y son las que seguramente nutren la afluencia al gimnasio. Algunas de las actividades que comparten fuera de la clase son fiestas, rosarios, misas, y reuniones para tomar café, además de acompañamiento físico, emocional y económico para quienes se encuentren atravesando alguna crisis o emergencia médica.

La salud es uno de los temas de preocupación dentro del gimnasio. Cualquier vicisitud de este tipo entre las compañeras es prontamente conocida y no hay tardanza en la búsqueda de soluciones, en la organización para recabar apoyo o en la planeación de alguna visita.

Por ejemplo, pude ser testigo de esta solidaridad ofrecida a Florecita, una mujer que acude a la clase desde hace seis años por recomendación de su psicóloga, quien con la intención de apoyar su proceso de duelo tras el asesinato de su hija, absorbió el pago de los primeros meses en los que su paciente acudió al gimnasio. Flor no tiene una familia en la cual apoyarse y se dedica al lavado de ropa ajena, por lo que no tiene un ingreso fijo. Comenzó a tener algunas molestias abdominales que le impedían llevar a cabo sus actividades cotidianas; desde que lo comentó por primera vez en la clase, algunas de sus amigas más allegadas de

inmediato le ofrecieron ayuda y acompañamiento, y fueron ellas quienes la llevaron a sus primeras consultas y que cubrieron el monto de los tratamientos iniciales.

“Ella está solita; si no la ayudamos nosotras que somos las únicas a las que ve diario, quién la va a ver”. El estado de Flor, se convirtió en la pregunta obligada cada día, quizá por la falta de un diagnóstico, lo que posibilitó un sinnúmero de suposiciones al respecto. En una ocasión un grupo de cuatro mujeres, tres asistentes a la clase y otra foránea –empresarias y profesoras jubiladas– me invitaron a visitarla. Durante la visita, la mujer que no pertenece a la clase dijo que ella había ido a ayudar a Flor aunque no la conocía porque sabía que ella había visitado a algunas de sus conocidas del gimnasio cuando estuvieron enfermas.

La presencia de casos como el de Flor en los que las dificultades médicas, económicas y familiares, la autogestión con la que inició la clase, el disfrute de las actividades y las relaciones interpersonales y solidarias entre las asistentes han inspirado, por ejemplo en el caso de Luisa, el interés por ampliar prácticas gerontológicas de otra índole; específicamente un proyecto de casa hogar.

Tengo un terreno que estoy pensando para un proyecto para una casa hogar, ya sea para ancianitos o para niños huerfanitos. Quisiera que se haga un buen asilo de ancianos o una casa en la que pueda llegar la gente que tenga hambre o que huya del maltrato en la casa y tener una comida caliente en el día. Bien dicen que los ancianos volvemos a ser niños, porque no sabemos en qué circunstancias vayamos a terminar.

Capítulo III. El deseo y el placer: experiencias de personas adultas mayores

Este capítulo aborda al cuerpo desde la escala de la experiencia a partir de las entrevistas que realicé con once personas en San Cristóbal de Las Casas. Cuestiona la estandarización de las circunstancias en las que personas de la tercera edad se encuentran y dimensiona los lugares sociales que ocupan mujeres y hombres mayores (Arber y Ginn, 1996; McDowell, 2000).

El ejercicio tiene base en el enfoque de antropología del cuerpo de Mari Luz Esteban sobre la experiencia corporal en la trayectoria de vida, a diferencia del capítulo anterior en el que el control político de la corporalidad los tienen las políticas de los lugares a los que acuden las personas entrevistadas, a partir de la lectura foucaultiana de Moya (2013). Considero que las representaciones sobre la vejez están influidas necesariamente por la circulación de imágenes estereotipadas de la vejez del mundo mediatizado, algunas otras se contienen en el núcleo comunitario o familiar y son cualquiera de ellas modelos que se anhela alcanzar o confrontar. Algunas de ellas provienen de los argumentos gestados en los ámbitos académicos y de la salud, dentro de la medicina y la psicología, por ejemplo. También son perceptibles en enunciados que prevalecen cotidianamente como “las viejitas y viejitos” que tiene un sentido de ternura e infantilización, o las viejas y viejos que de manera despectiva pretenden etiquetar al grueso de la población envejecida, a menos que ocupen una situación económica privilegiada.

No obstante dichas representaciones no siempre se basan en los mismos valores de las personas mayores. Entre las experiencias que se alcanzan a reconocer en los entrevistados, que como mencioné anteriormente consisten en una pequeña muestra de población dentro de San Cristóbal de Las Casas, es perceptible la pluralidad de formas de envejecer.

Como punto de partida retomo la categoría de género, que Scott afirma es situada históricamente y McDowell agrega, lo es también espacialmente. Utilizo la noción de cultura de género que para Elsa Muñiz es un proceso de larga duración con cambios y permanencias y pseudocambios y retrocesos; así como su propuesta metodológica de advertir las

representaciones de ser mujer y de ser hombre con las prácticas corporales (Muñiz, 2015) podrán advertirse en las experiencias individuales, sin perder de vista que “indagar en la experiencia individual conlleva a considerarla parte de la experiencia colectiva” (Eroza, 2016).

Para ahondar en las representaciones y prácticas hago uso de los itinerarios corporales propuestos por Mari Luz Esteban (2004), en los que el envejecimiento, así como el deseo y el placer corporal en la vejez de mujeres y hombres, forman parte de las experiencias significativas de vida. Estas experiencias con distinciones por género muchas veces tienen un carácter reivindicativo del goce.

Para Esteban los itinerarios corporales son “abiertos, porosos, e inacabados” (Esteban, 2013, p. 17), es decir, están sujetos a la memoria y la autopercepción, a lo que se recuerda y a la forma en la que aquello se expresa. Los define “como procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en los que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas éstas como prácticas corporales” (2013, p. 58), considero que dentro de estas estructuras sociales concretas se encuentra la cultura de género propuesta por Elsa Muñiz, que podrá ser identificada a lo largo de los itinerarios y en la que se “advirten las representaciones de ser mujer y de ser hombre con las prácticas corporales, como el proceso de materialidad de los sujetos de género” (2015, p. 29-48). El cuerpo es “el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales” (Esteban, 2004, p. 58). Es decir, la experiencia corporal está atravesada por el plano social, histórico y cultural, e inserta en su dinámica.

El posicionamiento de Esteban respecto al propósito de los itinerarios corporales es crucial para el fin mismo de esta investigación puesto que “toma a las personas como agentes de su propia vida y no como víctimas de determinado sistema de género y de una cultura corporal hegemónica de Occidente que hace del cuerpo un terreno privilegiado para la subordinación social...[ante lo cual] se tienen en cuenta las exigencias y sufrimientos a los que son sometidos cotidianamente los sujetos por ser parte de una cultura que es interiorizada y asumida, de una sociedad que provoca desigualdades sociales de diferente tipo que van

inscritas en el cuerpo” (2013, p. 14). Es decir, utilizar esta herramienta en los estudios de género y envejecimiento permite identificar desigualdades de género que se han entrelazado con la edad social, pero también ubicar al deseo y al placer en las experiencias de vida, especialmente en la vejez.

Estos itinerarios dan cuenta de los momentos significativos en la vida de las personas entrevistadas, de sus contextos históricos, comunitarios, familiares y afectivos, vistos desde el presente. Presento sus testimonios, así como algunos datos contextuales y la manera en que entiendo algunas experiencias de vida y envejecimiento que remiten a diferencias de género.

Busco conformar referencias respecto a la experiencia de envejecer, influida por la experiencia previa como lo afirman Bellato (2015) y Quintanar (2017), pero también constituida por las prácticas que redefinen las personas. Aunque las posibilidades de actuación están restringidas a los valores en los que se socializaron –aquí se atienden específicamente aquellos de género y envejecimiento–, también cabe tomar en cuenta que estas posibilidades de acción son cambiantes y que esos cambios o adecuaciones se basan en las prácticas cotidianas. La intención de los itinerarios corporales es mostrar el devenir de la vida en la que la vejez ayuda a ahondar en la autopercepción del cuerpo y sus cambios, de sus emociones, sin perder de vista que la experiencia subjetiva e individual pese a sus particularidades, quienes les dotan ciertos significados –algunos casos de reivindicación con respecto a las representaciones comunes sobre la vejez – lo cual me parece un aliciente para matizar esta experiencia.

También cabe mencionar que los lugares de encuentro para realizar las entrevistas fueron variados, algunas se realizaron en domicilios particulares, otras en cafeterías, las instalaciones del Centro Cultural del Carmen o en parques públicos. En algunos casos la intención de hacerlo en un lugar específico no tuvo como motivo la comodidad física, sino guardar privacidad frente a hijos, nietos, o incluso para la pareja.

Este apartado pretende mostrar asimismo, a partir de las experiencias de envejecimiento de las personas entrevistadas, el amor, el deseo y el placer sexual que cuestionan profundamente las representaciones comunes sobre la vejez. El envejecimiento incluye también experiencias

corporales de placer no sexual: el canto, el ejercicio. Los entrevistados dotan a este placer corporal de significado en algunos casos de reivindicación.

Conformé los itinerarios con la información obtenida a partir de las entrevistas algunas de ellas más profundas que otras. Considero pertinente acentuar que la profundidad de la información obtenida es proporcional al nivel de confianza que se pudo entablar entre las personas y yo, y de la misma confianza que las personas tienen sobre sí, incluso para considerar relevante su participación dentro de la investigación, esto es más perceptible entre algunas entrevistadas, y que fueron muy puntuales en sus respuestas, y que en primeros acercamientos me expresaron esta inquietud. Esta última situación la considero una muestra de la desigualdad de género que prioriza la voz masculina.

La conciencia del cuerpo y la experiencia de envejecer a partir de itinerarios corporales

Como mencioné anteriormente las experiencias de envejecer son múltiples y acordes a las circunstancias en las que se encuentran las personas a lo largo de su vida, y particularmente por la situación personal, familiar, económica y social, concretamente en su vejez. En el ámbito subjetivo, la propia concepción de qué es la vejez está influida por el discurso dominante que asocia al envejecimiento con el deterioro físico, social y económico. No obstante, en función de los testimonios que recopilé, la percepción del propio envejecimiento también está de acuerdo a las circunstancias que les aquejan.

La segregación de las personas mayores que se manifiesta en el *Club de Oro* y la *Clase de la Edad de Oro* es un ejemplo de la disposición social a aceptar esta forma de exclusión espacial. Esta disposición se encuentra más allá de los espacios gestionados exclusivamente para la vejez, ya que circula en el plano cotidiano e incluso dentro de sus propias familias donde ocupan una posición secundaria, y en algunos casos, prácticamente invisible. El siguiente es un ejemplo de ello.

Desde el inicio de la investigación, como ya he mencionado, consideré el placer y al deseo desde lo lúdico, así que cuando me encontré con Aura en el *Club de oro*, de primera mano no la considere como posible entrevistada, porque a mi parecer el luto que guardaba en su vestimenta y en su expresión cabizbaja, no encajaba en el perfil que yo había buscado. Sin embargo, entendí que era preciso conocer caras diversas del envejecimiento en las que si bien, no había un atisbo de gozo y de placer en la primera impresión, habría que asegurarse de eso, o en caso de que así fuese, había que considerar que también forma parte de la situación en la que se encuentran personas adultas mayores en San Cristóbal de Las Casas.

Aura llama recordaciones a la memoria de momentos felices de su vida que ahora alimentan su tristeza por la pérdida de su esposo y otros seres queridos, como su prima hermana que se casó con el primo de su esposo, y algunos vecinos cercanos, quienes fallecieron de forma consecutiva en tiempos recientes, ante lo cual Aura ha adoptado el luto permanente desde hace varios años.

La vejez ha significado para ella enfermedad, tristeza y soledad, si bien convive con otras personas al participar en el *Club de oro*, no se trata de una convivencia significativa. En cuanto a su ambiente familiar, sus nietos y yernos no tienen una relación cercana con ella, y aunque se relaciona con sus hijas en momentos determinados, no cuenta con su apoyo total, ella sola acude al doctor, a realizar sus compras o a realizar trámites y pagos. Por una parte puede considerarse que su nivel de independencia y posibilidades de movilidad son óptimas y no tiene obstáculos físicos para realizar sus actividades cotidianas, pero por otra, se aprecia que Aura tiene poco apoyo emocional y que lo requiere, ya que su soledad, me cuenta, ha ido creciendo.

Una de mis hijas vive en el mismo terreno que yo, ahí le dio mi esposo para que mi yerno fincara una casita, y así se hizo, gracias a Dios. Pero ni así convivimos mucho, hay veces que si me acompaña a alguna cosa, pero más que cuando no está su esposo, a veces me dejan a los nietos, pero casi nunca. Mis otras dos hijas se casaron con muchachos de Cuxtitali, y a ellas las veo menos todavía. Ya tengo varias mis nietitas y nietitos, luego ya ni me acuerdo sus nombres de todos, como casi no nos vemos ya que los veo han cambiado mucho, ya están más grandecitos. Desde que se

murió mi difunto esposo, ya casi no vienen a la casa, luego me dicen que me compre un teléfono para que sepan cómo estoy, pero yo ya les dije que no lo sé usar.

Es de resaltar que los barrios de Cuxtitali y La Garita no están muy alejados, así que la distancia familiar entre Aura y sus hijas es de otro tipo. Por una parte, el hecho de que tras la muerte del padre las hijas hayan disminuido sus visitas puede estar relacionado con que se haya perdido a quien mantenía la posición central y la autoridad familiar. En la que la figura paterna fungía como punto de cohesión familiar. O al posible rechazo de los yernos de Aura a que las hijas convivan con la madre, ante la posibilidad de verse obligados a asumir la responsabilidad por su cuidado o manutención. La distancia familiar se pone en evidencia, en tanto que Aura no ocupa una posición de abuela y no tiene con sus hijas o nietos contacto físico o presencial, contrario al vínculo que se supone existen entre abuelos y nietos que señalan estudios como el de María José Osuna (2006, p. 16) al afirmar que:

En la sociedad actual están aconteciendo una serie de cambios en la estructura de la familia, en su ciclo y evolución, en los roles tradicionales, en la aparición de nuevos roles y en las relaciones intergeneracionales [...] Estos cambios han hecho que la figura de los abuelos recupere su importancia dentro de la familia y adquiera un notable protagonismo y una valiosa función social produciéndose una mayor integración de los abuelos en la familia.

La falta de acercamiento entre Aura y sus nietas y nietos, es atípica en tanto que viven, en la misma ciudad e incluso en el mismo terreno. Por lo cual, si bien la soledad a la que hace referencia Aura no se trata del completo abandono, porque sus hijas le dan “un dinerito de vez en cuando, \$100 o \$200 pesos”. Por cierto, es necesario aclarar que el principal ingreso de Aura es el pago del apoyo de SEDESOL “60 y más”, que en 2018 ascendía a \$580 pesos mensuales, lo que inmediatamente hace presumible que Aura vive bajo la línea de pobreza.

En su relato, aprecié que Aura continuamente piensa en la proximidad de la muerte, pues en reiteradas ocasiones en las que conversamos en el *Club de oro* mencionó frases como “Si Dios me presta vida para mañana, aquí nos vemos”; “Uno nunca sabe cuándo se va”; “Espero pronto encontrarme con mi esposo”; “Mi santa madre me guiará hasta el día de mi muerte, no sé si hoy o mañana, nunca se sabe”. La sensación de la presencia de la muerte latente no apareció en ninguna otra entrevista, es algo que llamó mi atención y preocupación a lo largo

de los meses en que conviví con Aura en el club. Probablemente en su caso, como en el de muchas otras personas mayores en soledad, es un tema recurrente que requería de atención tanatológica especializada.

En otros casos esta segregación es más sutil, como el de Juan, de quien abundaré más adelante y quien dice percibir ante su vejez:

Cierta condescendencia obligada y también desconfianza, nada más natural, mi familia comienza a percibir mi decadencia y la comunicación comienza a fragmentarse y hacerse más artificial. En mis actividades cotidianas yo mismo empiezo a desconfiar de mí. Paradójicamente, rehúyo de la gente vieja y sus poses pontificias.

La fragmentación a la que alude Juan es una de estas formas de segregación, ante la cual él ha fortalecido sus relaciones afectivas fuera de la familia como una estrategia de la que todavía no dimensiona sus beneficios.

Por otro lado, la situación económica de las personas mayores es otro factor que influye decisivamente en la experiencia de envejecer, ya que además de implicar recursos limitados, implican dependencia económica hacia los familiares, principalmente a los hijos que adoptan, como en los siguientes casos, una posición autoritaria.

Como para Bertha, para quien el envejecimiento ha representado una mayor dependencia de sus dos hijos, quienes decidieron que ella se tendría que mudar con ellos al barrio de San Ramón, esto a partir de que su casa en el barrio de Santa Lucía se dañara por el terremoto sucedido en septiembre de 2017. Actualmente ella vive en una pequeña cabaña que le construyeron en el traspatio, al igual que Aura comparte el mismo terreno con ellos, pero su interacción es sumamente limitada. Desde que se mudó considera que sus actividades se han ido restringiendo al vivir en un nuevo barrio alejado del centro de la ciudad, en donde estuvo acostumbrada a que los lugares de su interés fueran cercanos a su casa y donde tenía mayor facilidad para visitar y ser visitada por sus amistades.

La insatisfacción con este repentino cambio que la distancia de los lugares donde desarrollaba sus actividades personales y recreativas se intensifica con la desolación que le causan los conflictos familiares entre sus hijos por la disputa de la propiedad de Santa Lucía. Ellos

buscan tomar posesión completa del predio, del que Bertha les ha cedido una parte en vida y la otra ha mantenido para ella hasta su muerte, voluntad que ha manifestado en su testamento, pues teme que si hace la sucesión completa estando viva, se apoderen de todo y ella quede desprotegida y “en la calle”. Es una situación que le “causa mucho sufrimiento” ante la incertidumbre de tener un techo seguro en la vejez, la desconfianza que guarda hacia sus hijos está justificada.

Me parece relevante que Bertha resalte el sufrimiento y el dolor que esta situación le causa, por encima de sus padecimientos físicos, a los que toma con tranquilidad e incluso con humor. Por ejemplo, aunque Bertha presenta cada vez mayores dificultades para estar de pie y para caminar y que por instrucción médica lleva bastón, ella dice que “es rebelde y prefiere no usarlo”, probablemente como muestra de fortaleza física asociada a la juventud, o como un desprendimiento de un estereotipo de vejez, esto lo hace en tanto su cuerpo todavía se lo permite. “El cuerpo no es distinguible de la persona” (Le Breton, 2002, p. 31), este acto de autonomía respecto a una prótesis muestra “el lugar de resistencia y contestación que es el cuerpo”, como lo afirma Mari Luz Esteban, independientemente de que también sea “lugar de discriminación” (2013, p. 50).

Otro caso es el de Nidia, quien se considera “una mujer inteligente y capaz”, aunque la dependencia económica que tiene hacia sus hijos le impide realizar uno de sus mayores deseos: tener un albergue para perros.

Me duele mucho no tener un trabajo digno, ya que por mi edad no me dan oportunidad aun cuando tengo buenas referencias. Pedirles dinero a mis hijos es algo que me apena mucho, además a veces me siento controlada por ellos, siempre me dicen que si gasto en cosas que no son necesarias, como en mis mascotas, van a dejar de apoyarme. Es humillante, pero no tengo más opción que rendirles cuentas.

Después de su divorcio, Nidia se mudó a San Cristóbal de Las Casas en compañía de su hija, consiguió un buen empleo como administradora de un restaurante en el que permaneció por algunos años, hasta que prescindieron de sus servicios. Nidia no cuenta con ninguna pensión o jubilación, por lo que su dependencia económica hacia su familia es total. No está interesada en inscribirse en los programas de apoyo a personas adultas mayores, por tener la idea de que “es para los que no tienen de plano de dónde”. Es de remarcar que Nidia hace un

reclamo ante la discriminación de género que ha tenido como “mujer entrada en años” en el ámbito laboral, pues piensa que los hombres mayores tiene más oportunidades para conseguir algún tipo de empleo.

En estas circunstancias aconteció una separación inesperada para Nidia, que su hija decidiera mudarse de ciudad, Nidia menciona:

 Tuve que tomar una fuerte decisión cuando mi hija se fue de San Cristóbal, porque ella se iba a ir con su pareja, aunque me invitaron a ir con ellos, yo no quería ser entrometida. Me dolió mucho separarme de mi hija porque éramos muy unidas, fue mi sostén después del divorcio pero ella tenía que hacer su vida.

Esta experiencia de dolor puede ser reconocida como el síndrome del nido vacío al que Marta Rodríguez se refiere como:

 El primer acontecimiento importante al que se suelen enfrentar las personas mayores es el abandono del hogar por parte de los hijos para iniciar una vida independiente. Los padres esperan que éstos les presten la ayuda necesaria cuando sufran algún proceso de dependencia o enfermedad, y el incumplimiento de este deber puede deteriorar las relaciones paterno-filiales y originar sentimientos de indefensión y soledad (2009, p. 160).

Tras su decisión de permanecer en San Cristóbal ya sin la compañía de su hija, Nidia comenzó a frecuentar eventos culturales y académicos en la ciudad con la intención de seguir aprendiendo, además de involucrarse en grupos activistas por la defensa de los derechos de los animales.

En varios eventos o círculos de conversación en los que hemos coincidido, en más de una ocasión Nidia ha quedado excluida por la sordera parcial que la afecta y la poca sensibilidad de los demás. Ha abandonado algunos de estos eventos luego de haber solicitado consideraciones tales como hablar de frente o repetir con mayor volumen y dicción, ya que esto le permite leer los labios, y su petición no fuese atendida. “A mí me gusta estar en todos lados para aprender, y me involucro muchas veces, pero cuando siento que dejan de considerarme, o que me excluyen, dejo de asistir. Por fortuna aquí siempre hay muchos grupitos y espacios en los que se necesita apoyo”.

Además de su sordera, Nidia se enfrentó en dos ocasiones al cáncer, ante lo cual expresa su dicha por haberlo superado, aunque se encuentra en remisión por la reincidencia que tuvo. Es una mujer activa en proyectos de autogestión y de trueque, en los que también hemos convivido. Su activismo ha sido el foco de represalias, ante las que ella dice responder “con dignidad y sin miedo”, lo que cierra expresando “soy ya grande, vencí al cáncer ¡y dos veces! y vivo sola desde hace mucho, si a algo le he de temer no creo que sea a ninguna amenaza lanzada al aire, cuando lo que busco es un bien”.

Aunque actualmente su familia que incluye a sus hijos y nietos está dispersa, Nidia procura mantener contacto con ellos, aunque reconoce que éste es superficial. No hay entre ellos una relación cercana afectivamente.

El otro caso es el de Yolanda, para quien el proceso de envejecimiento ha sido literalmente “doloroso” debido a las dificultades médicas que ha sorteado en los últimos años, sin embargo, ella está convencida de fortalecer su independencia práctica y económica. Con esto me refiero a la voluntad de Yolanda de hacerse cargo del mantenimiento de su casa “aunque parece nada, hasta para cambiar un foco se esfuerza muchísimo, pero no quiere que nadie venga y lo haga por ella”, y en el caso de sus gastos personales expresa que, “aunque cada vez tengo menos dinero, desde que me quitaron la pensión, no me gusta pedirle a mis hijos, ya suficiente tienen con ellos y sus esposos, como para que yo me sienta con la mano estirada, eso no me gusta”. Ella hace manualidades y las vende, principalmente en el *Club de oro* “de bordadito en bordadito voy guardando un poquito, lo que vaya saliendo”, ante sus intenciones de independencia la realidad es que pende de una fragilidad financiera que se va incrementando.

En el caso de Mónica, su situación económica tiene altibajos ya que la posada que administra depende del flujo de turistas y se ha visto afectado por el aumento de la oferta hotelera y de plataformas de hospedaje como *Airbnb*, por lo que su situación económica no es estable.

Además de la posada, Mónica ha emprendido otros negocios que no han prosperado por sus dificultades médicas, por la falta de reinversión e incluso el robo de maquinaria. Mónica se expresa dispuesta a la búsqueda de otra fuente de ingresos en las que pueda desempeñarse y demostrar que la edad no ha aminorado sus habilidades contables y administrativas. En este sentido, las atribuciones a la edad cronológica y a la edad social relacionadas con la

productividad juegan un papel determinante en las posibilidades laborales de Mónica y de las personas adultas mayores en general. Ella afirma:

[...] mi cuerpo ha sufrido deterioro físico pero mi cabeza no, no estoy perdiendo áreas cognitivas todavía. Me siento muy capaz de hacer, de producir, soy muy buena para redactar, etc. Y puedo hacer todavía muchas cosas que me mantendrían activa con un sueldo digno [...] me siento capaz [...] muchísima gente que estaríamos muy dispuestos a trabajar [...].

El tema de las fuentes de ingreso y seguridad social de personas adultas mayores resulta prioritario en el contexto de las condiciones y modificaciones de empleo, de pensiones y jubilaciones que se han restringido, razones por las cuales muchas personas durante la vejez dependen de actividades informales o precarias que, como en el caso de Mónica no representan seguridad alguna en términos financieros y sociales.

Mónica padece de problemas en la columna que le provocan vértigo, migraña, e incluso la imposibilidad de mantenerse de pie, motivo por el cual ha recurrido a su red de amistades, a quienes en otros momentos ha apoyado y en quienes tiene la confianza y el respaldo. Las amigas y amigos de Mónica la acompañan al médico, a dar paseos del brazo, pasan tiempo con ella, en fin, realizan en conjunto una serie de prácticas de cuidado y acompañamiento.

A pesar de las dolencias Mónica quiere mantener su independencia, no se plantea como opción el regresar a Puebla o vivir de nuevo con sus hijos o con su hermana mayor, se considera “la única desertora de la familia” y no quiere llevar molestias, preocupaciones y gastos extras a sus hijos. La carga que los viejos implican para sus familias es uno de los estereotipos más recurrentes en el imaginario social; el término carga desdibuja los lazos familiares como un motivo de respaldo y de cuidado.

En estos casos de Bertha, Nidia, Yolanda y Mónica observamos las implicaciones familiares de la dependencia económica, las diferencias aspiracionales respecto a sus expectativas económicas y laborales, ya que mientras Bertha asume la pérdida de sus recursos patrimoniales, Nidia se posiciona a favor de que haya oportunidades laborales dignas para personas adultas mayores y Yolanda, aunque de manera limitada, encuentra una fuente de ingresos en su producción de manualidades. En contraste, Mónica se mantiene activa

económicamente a pesar de las dificultades físicas y médicas que le aquejan, refuerza de este modo su sentido de independencia.

En contraste con las experiencias de las mujeres anteriores, se encuentran las de dos de los varones entrevistados, quienes tienen una situación más ventajosa, el primero al contar con una jubilación decorosa y el segundo, al estar activo laboralmente.

Para Bruno la jubilación es motivo de gozo, pues le permite tener una vida digna y además cubrir los gastos de sus actividades de esparcimiento; pero también recapitula cómo la jubilación es un proceso de compleja aceptación ya que según él parte de “un concepto utilitarista que es uno de los conceptos que más pesan sobre los viejos: ‘tú ya no eres útil, entonces ya no sirves para nada’”, y defiende “no solo porque supuestamente dejas de ser útil, dejas de estar vivo, dejas de ser persona”.

La experiencia laboral de Bruno se enmarca en que a lo largo de su vida “puso siempre en número uno a su trabajo, porque sabía que de él dependía su familia”, como varón priorizaba su rol de proveedor. Al tiempo que reconoce que por mucho tiempo se limitó a hacer cosas que quería realizar pero que ahora “se liberó de eso”. Actualmente, Bruno brinda manutención a uno de sus hijos, de quién considera que “su juventud demasiado fiestera y falta de responsabilidad” y aunque se encuentra inconforme con el modo de vida de su hijo, está dispuesto a apoyarlo porque teme que “no cubra sus necesidades básicas”.

Juan al igual que Bruno tiene ciertas ventajas económicas, pero en su caso a partir de ser económicamente activo, ya que es odontólogo y tiene un negocio en San Cristóbal que abrió en conjunto con su esposa cuando ella se jubiló. Desde entonces Juan se hace responsable del negocio de jueves a sábado. Los días que Juan está en San Cristóbal coinciden con los de mayor actividad cultural, y después de cerrar su local asiste a los eventos nocturnos que tienen lugar en la ciudad. En algunos de estos eventos que se realizan en bares, centros culturales y galerías, él suele ser de las pocas personas mayores que asisten. Además en conjunto con su esposa apoya económicamente a sus hijos quienes realizan sus estudios universitarios en la capital del estado.

La posibilidad de realizar estas actividades de ocio y esparcimiento, así como de apoyar económicamente a sus hijos, dan muestra de su solvencia económica, que como varones se

enmarca en la brecha económica entre mujeres y hombres, particularmente entre los mayores a partir de “las diferencias de género en el mercado laboral y de la brecha de jubilaciones y pensiones” (Amarante, Colacce y Manzi, 2016).

Deseo y placer en el envejecimiento

En la búsqueda de experiencias de deseo y placer relacionadas con el tipo de prácticas sexuales de las personas adultas mayores del *Club de Oro*, encontré en algunos casos una fuerte asociación entre la sexualidad, reproducción y matrimonio, en otros la vejez se convirtió en una etapa de satisfacción con la reconfiguración de prácticas y de las nociones de placer y deseo. Es decir, las experiencias aquí contenidas dan cuenta de la amplia diversidad de prácticas sexuales, de deseo y de placer presentes entre personas adultas mayores, invisibilizadas en las representaciones habituales.

Comienzo con el itinerario de Gabriel, el único varón del Club de Oro que participó en esta investigación, que no esconde la sobrevaloración de la virilidad. Considero que es una buena manera de introducir la dominación masculina y la subordinación femenina, vistas como algo muy natural durante buena parte del siglo XX en Chiapas.

Los itinerarios de las mujeres entrevistadas dan cuenta de la otra cara de aquella presentada por Gabriel, la valoración social de la virginidad y las decisiones de sus mayores sobre con quien podían relacionarse y casarse.

La experiencia de Aura se parece en algunos sentidos a la de Gabriel. Comparten una condición económica y social similar, uno vive en la colonia Echeverría, la otra en el barrio de La Garita, ambos ubicados en lo que fueron hasta hace poco orillas de la ciudad. Comparten también concepción del lugar de los géneros: mientras el varón valora su virilidad y sus experiencias sexuales, ella limita su sexualidad a la reproducción en el matrimonio.

Catalina, quien se dedicó al cuidado de su familia y asumió todas las tareas domésticas durante gran parte de su vida sin protestar, en su itinerario cuenta que luego de la muerte de su marido aplaudió su viudez y retomó su vida, cuestionó los mandatos de género que le

fueron impuestos y comenzó a procurarse a sí misma, a realizar actividades que le brindaran placer.

Bertha, por su parte, usa su imaginación para crear una relación “apasionada e interesante”. Su matrimonio la colocó en una relación al parecer no muy significativa que la separó de su práctica profesional y de sus intereses más fuertes. Luego de enviudar participa en el coro del *Club de Oro*, el uso de su voz y su cuerpo para ello, también le da mucho placer.

El itinerario de Yolanda muestra que las valoraciones cambian y que las personas pueden reconfigurar sus nociones de deseo y placer para actuar a partir de ello. Luego de enviudar, ella ha podido entablar nuevas relaciones amorosas con hombres que ha conocido dentro y fuera del Club de Oro.

Gabriel “Ahora me conformo con besos y acurrucos”

Gabriel es oriundo del municipio de San Andrés Larráinzar y experimentó en carne propia la expulsión de mestizos de la cabecera que, aunque él desconoce el año con exactitud, podemos inferir que probablemente haya sucedido en 1974. Para contextualizar este hecho resulta indispensable ubicar a este pueblo habitado por indígenas tsotsiles que se localiza en la región de Los Altos de Chiapas a unos 28 km. de San Cristóbal. “En 1848 se asentaron mestizos en este municipio con el impulso de la legalización de la propiedad de las tierras establecidas en las Leyes de Reforma, así como por las actividades de comercio en pequeña escala” (Ortelli, 2016, p. 41). El tipo de relaciones que establecieron con los indígenas del lugar se configuró con base en una “cultura de dominación” (Ruiz, 2006 en Ortelli, 2016) que además de evidenciarse en ideas de superioridad respecto a los pobladores, sus prácticas y creencias, llevaron a un punto de hartazgo generalizado después de faltas de respeto hacia las autoridades municipales, incluso con violencia física, y que se sumó a las amplias vejaciones hacia los pobladores, tales como “violación de mujeres casadas y solteras, quema de casetas en la plaza y comercio de rapiña, y agresiones físicas”(Ortelli, 2016, p. 42).

Garza y Toledo afirman que “en Chiapas desde mediados de los setenta hasta la mitad de la década siguiente, los movimientos sociales giraron en torno a la tierra, la obtención de créditos, apoyos para la comercialización, demandas laborales y contra el caciquismo y la represión; pero sin duda la tierra se constituyó como demanda primordial, en el recurso

económico y simbólico máspreciado y violentamente disputado” (2004, p. 193), fue justamente en ese contexto en el que ocurrieron las expulsiones en San Andrés Larráinzar.

Gabriel me cuenta que hasta antes del momento de la expulsión era carnicero y tenía una tiendita en la que daba fiado y regalaba carne a los indígenas de la zona con quienes “siempre tuvo una buena relación de amistad y respeto”. Asegura que otros ladinos se extrañaban de la camaradería con la que él interactuaba con los indígenas, ya que, según dice, desde la infancia tenía una convivencia sin distinciones, incluso podía comunicarse en tsotsil con sus amigos con quienes regularmente iban a cazar aves o lagartijas. Menciona que incluso algunos indígenas abogaron para que él se quedara en el pueblo, sin embargo, no hubo consideraciones particulares hacia algún ladino e incluyó a Gabriel. Esta relación paternalista ha sido predominante en Los Altos de Chiapas durante largo tiempo y todavía puede percibirse en las relaciones interétnicas cotidianas (Paniagua, 2011).

Tras la expulsión el gobierno entregó a los ladinos terrenos en la ciudad de San Cristóbal de las Casas, estos se convirtieron en la Colonia Echeverría del Barrio de San Ramón (Ruíz en Orтели, 2016, p. 42). No obstante, Gabriel no pudo quedarse en esta ciudad, tuvo que recorrer varios municipios como Huixtan, Teopisca, Chiapa de Corzo, Tuxtla Gutiérrez en busca de oportunidades para vivir. Por muchos años él, su esposa e hijos se movilizaron en función de las oportunidades laborales de él. Entre sus múltiples oficios fue cobrador de café, sin saber leer, escribir, sumar o restar, lo que fue aprendiendo poco a poco y siempre con ayuda de otros pudo cumplir con su labor; fue chofer, ayudante, comerciante y carpintero.

Buscó apoyo de sus familiares cercanos, hermanos y medios hermanos y sus respectivas familias le abrieron las puertas de su casa. Gabriel recuerda haber sido muy querido por su familia, ser emisario de algunos mensajes entre conocidos y adaptarse con facilidad a la rutina de cada casa en la que lo alojaron. Finalmente encontró trabajo como plomero de varios hoteles en San Cristóbal, esto le permitió quedarse en esta ciudad y no andar “de aquí para allá en busca del pan”.

Gabriel recuerda su juventud en Larráinzar con añoranza y cómo las relaciones amorosas comenzaban en la plazuela después de la misa, cuando los jóvenes varones con sus mejores ropas merodeaban en torno a las jovencitas que consideraban en edad para casarse, generalmente más jóvenes que ellos. Si alguna muchacha era de su interés se atrevían a

saludarlas a la distancia y después de algunas semanas acudían a la casa de la joven en busca de la aprobación del padre de ella para que su hija fuera cortejada, por medio de cartas o de visitas en la puerta de su casa. La aprobación paterna pretendida por los jóvenes varones da muestra de la legitimidad otorgada a la autoridad masculina, por encima del propio interés o deseo de las jóvenes.

Tuvo varias relaciones de este tipo, primero observaba a las muchachas a la salida de misa, igual que él, ellas generalmente iban con sus mejores prendas. Considera que siempre se manejó de “forma respetuosa y honesta con ellas”, insiste en que nunca tuvo problemas con sus padres, pero admite que ellas solían terminar la relación porque se sentían incómodas de que Gabriel bailara con otras muchachas en las fiestas, esta actitud pudo ser motivo de que por el contrario a sus percepciones o sus recuerdos, las muchachas consideraran que era irrespetuoso.

Pues el baile es solo baile, no tenían razón de ponerse celosas porque yo sacara a bailar a otra muchacha. Luego ellas no querían bailar, que les daba pena, y pues a mí no, además si ya estaba en la fiesta, ni modo de no sacar a bailar a cualquier dama, siempre he sido respetuoso con todas las señoritas, yo creo por eso es que aceptaban bailar conmigo. Y yo le digo, nada más una pieza, no es que me quedara bailando con otra, nada más una pieza.

También el rechazo explícito de algunas jóvenes fue parte de esta experiencia. “Hay veces que me dijeron ya cuando pedí permiso al papá, no quiero tener novio, estoy muy chica. Hubo una que yo llegué a visitar varias veces con el permiso y todo, no me hablaba, se quedaba callada, arrinconada”. Esta situación permite inferir que los espacios de cortejo eran negociados por los varones, mientras las jóvenes, si bien tenían cierto margen de decisión, por ejemplo, terminar la relación, podían ser frecuentadas por hombres por quienes ellas no se interesaban.

La narración de Gabriel explicó las formas y normas con las que se manejaba el cortejo, al mismo tiempo, con tranquilidad y naturalidad me habló de su iniciación sexual que tuvo lugar en una “casa de esas” a la que lo llevó su medio hermano. No recuerda a qué edad ocurrió su primer encuentro sexual; aclara que posteriormente acudía acompañado por sus hermanos y amigos. A estos encuentros sexuales los considera “necesarios para ser hombre”, no recuerda

cuántos encuentros sexuales tuvo con las mujeres que trabajaban en “esas casas”, ni expresó detalle alguno.

La experiencia en noviazgos y la satisfacción sexual que obtenía al acudir con prostitutas, llevaron a Gabriel a un matrimonio tardío. Contrajo matrimonio cuando tenía 45 años con una muchacha de 16, con quien tuvo seis hijos. La diferencia de edad es realmente considerable, y según Gabriel era necesaria la juventud para que fuera “una muchacha decente, porque luego ya saben lo que es la vida”. Desconozco la procedencia de su esposa, las condiciones en las que se conocieron o cómo se efectuó dicho matrimonio; sin embargo, Gabriel resalta la necesidad de que la mujer que buscaba para casarse debía tener de cualidades virginales, contrario a las experiencias sexuales que hacen destacar la masculinidad.

Con respecto a sus prácticas sexuales y afectivas actuales, considera que ha habido una transformación significativa en su relación marital, que ha sido limitada por la enfermedad de su esposa y por sus propias dificultades físicas, puesto que “ahora se conforma con besos y acurrucos”, en los cuales basa su satisfacción afectiva. Lo que permite considerar un cambio en las expectativas sexuales en el que las condiciones físicas y emocionales, juegan un papel determinante en la resignificación del deseo y del placer.

Gabriel se describe como un hombre respetuoso y amigable, a quien le gusta disfrutar de estar vivo y de aprender de todos, de los niños y de otras personas mayores. Y en su deseo por mostrar su empatía, me dice que pese a ser “muy delicado” en su apariencia, es decir, que quiere lucir impecable, desde que su esposa enfermó él ha decidido usar la misma ropa dos días, ya que como ella “lava y plancha su ropa, cree necesario considerarla”. Al depender del cuidado de su esposa, Gabriel encuentra en este detalle una actitud de benevolencia, que posiblemente en otro momento de su vida hubiese sido impensable, o que independientemente de la situación de su esposa Gabriel le exigiera cuidado y atención.

Aura “Solo son recordaciones”

Aura relata que su matrimonio fue feliz y placentero y evoca con dicha a su marido y a su suegra, quien, asegura, “hasta era buena con ella”, y recuerda a otras conocidas suyas que no contaron con la misma suerte, a quienes sus suegras o suegros maltrataban y trataban sin consideración. Al contraer matrimonio fue a vivir a la casa de su suegra, afirma que la trató

como a una hija, que siempre la procuraba y solían conversar, iban juntas al mercado y a los rezos, estos últimos formaban parte importante de la interacción social y comunitaria de la que formaban parte en el barrio de La Garita, Aura recuerda que “mi suegra era muy buena rezadora, además le gustaba mucho la fiesta, la música, la gente, y cuando había rezos en la casa, daba tamalitos, cafecito, pancito, la gente iba muy contenta, además era una mujer muy alegre”. Tras la muerte de su suegra Aura no continuó realizando rezos para los santos y las vírgenes en su casa, aunque conserva su fe católica y acude a los rezos en casa de vecinos y a la iglesia, acompañada por alguna de sus hijas o por sus sobrinas. En este caso hay una relación entre las prácticas religiosas y la feminidad, ya que son mujeres las que se encargaron, se convocan y acompañan a las actividades de este tipo; aunque ciertamente desconozco cómo sean los rezos en ese barrio y cuál sea la participación masculina.

Fue a través del tema de la familia que pude llevar la conversación con Aura al tema de la sexualidad. Al comienzo, retomó la narración respecto a su esposo para asegurarme que “nunca me imaginé casarme con alguien como mi esposo, me sentí muy honrada de haberme guardado para el matrimonio, eso era lo que me aconsejaba mi mamá. Ya cuando tuve a mi primera hijita quería tener más, y mi esposo también”. Sonrojada me expresó que mientras tuvo a sus hijas ellos mantenían relaciones sexuales, más adelante “ya no era necesario” puesto que ya no querían tener más hijos, además que “ya estaban grandes para esas cosas”. Es decir, para Aura la sexualidad tiene un carácter exclusivamente reproductivo, noción que compartía con su pareja, de quien “hasta donde ella sabe, siempre la respetó”; además la idea de que el aumento de edad era motivo de la disminución e incluso de la irrelevancia de las relaciones sexuales, fueron las que definieron su relación matrimonial, lo que ni a ella, y al parecer, ni a su pareja les afectó en el trato cotidiano. Aura afirma contundentemente que no le interesa tener una nueva relación sentimental, puesto que eso “ya no corresponde a una señora como ella”, además guarda el luto a su esposo.

Me pareció interesante que cuando ella mencionaba a su esposo, ya fallecido, lo evocaba con una sonrisa y esos fueron los únicos momentos en los que presencié su alegría. Más allá del tipo de relación que tenían, es decir, de especificar cómo era su dinámica de pareja, o cuál era el trato que se daban en el seno del hogar, Aura resalta las características físicas de su esposo, las que contrastan con las propias, por ser una mujer con rasgos indígenas marcados: “mi esposo tenía unos ojazos claritos, y era muy guapo, alto, bien parecido, siempre andaba

bien planchado”. Desconozco a qué se dedicaba esa familia, y si este atuendo resaltaba dentro del barrio, o si tenía correspondencia con la forma de vestir y presentarse de Aura, quien no hizo hincapié en ningún momento en sus propias cualidades, actuales o pasadas, físicas o emocionales, pareciera que su vida ha estado en función de la vida de quienes ocupaban cierta jerarquía familiar.

En su relato, después de haber expresado su felicidad Aura de repente se vuelca otra vez en la melancolía al expresar: “Solo son recordaciones”, refiriéndose a sus recuerdos, y entra en un breve estado de llanto, seca sus lágrimas.

Catalina “A partir de que enviude ¡viva la paz!”

A diferencia de Aura, Catalina quien se dedicó al cuidado de su familia y asumió todas las actividades referentes al hogar, ahora considera que no fue justo el trato que recibió en su casa materna, en donde le impusieron desde muy pequeña estar al servicio de sus hermanos varones, ni dentro de su matrimonio, en donde la mayor parte del tiempo se sintió “asechada por los deberes de la casa”. Aunque en aquellos momentos acató con cierta naturalidad ese rol, ahora cuestiona la obligatoriedad del matrimonio y reivindica su propio deseo.

Recordemos que ella vive en el barrio de La Merced, décadas atrás, su única interacción era con las y los vecinos, quienes, cuenta, se tomaban el papel de observadores y jueces, y la responsabilidad de señalar y acusar a Catalina con su marido, si consideraban que ella se desapegaba de la rutina doméstica. Estas actitudes de vigilancia hacia ella, la llevaron a restringir su vida social, por ejemplo, dejó de saludar a amigos y conocidos o de llevar a sus hijos a la escuela en cuanto su esposo ya no los consideraba pequeños. De esta manera era restringida la salida de Catalina de su hogar. Ir al mercado o asistir a misa eran decisiones que ella no podía tomar, su esposo aprobaba o no si era necesario que ella saliera de casa. A pesar de estas medidas de control, su esposo constantemente remarcaba sus celos, incluso los compadres y amigos de la familia suscitaban su desconfianza. Catalina considera que su belleza en la juventud resaltaba en el barrio y que esto causaba la inseguridad de su pareja: “Nunca anduve buscando a nadie ni dándole entrada a alguno que no fuera mi marido. Estaba yo casada y siempre fui de respetar mi matrimonio”.

En este sistema de valores, hombres y mujeres integrantes de la comunidad barrial colaboran con la vigilancia de las mujeres pues se concebía como natural que el lugar de las mujeres

era la casa y que el marido tenía el derecho de propiedad sobre su esposa. Seguramente otras mujeres del barrio vivían en situación similar. Incluso a la distancia Catalina se refiere a esas condiciones como habituales, ya que las experimentó por más de cinco décadas.

Aunque en esos momentos no hubo cabida para el cuestionamiento de la obligatoriedad de su papel y del matrimonio, Catalina actualmente considera que no fue justo el trato que recibió en su casa materna y durante el matrimonio. También es perceptible cómo la noción de fidelidad se presenta como una máxima en el comportamiento de las mujeres, en ello que se sustenta el orgullo y la alta valoración de la feminidad.

Catalina cuenta que por muchos años de su vida estuvo encerrada, dedicada al cuidado de su familia, y que en la medida en que sus hijos crecieron y su esposo envejecía, ella iba tomando el control de la casa y de ella misma. Entonces realizaba las actividades domésticas de manera espaciada y comenzó a salir a su placer, aunque en ocasiones lidiaba con los reclamos de su marido. Este se muestra como un ejemplo de la reconfiguración de la masculinidad a medida que el hombre envejece, en la que la figura de autoridad se desdibuja y no porque se sustente exclusivamente en la disminución del vigor, puesto que no es una característica intrínseca de envejecer; sino en el aumento de determinación de la mujer en medida que envejece, quien en ese momento de su vida, con los hijos ya mayores, fue desprendiéndose de las responsabilidades a las que dedicó su vida. Se trata de un cambio significativo en cuestión de la asociación de género y envejecimiento que trastoca jerarquías supuestas y que conlleva cambios significativos en la posición familiar y social de ambos. Catalina afirma que la posibilidad de decidir por ella misma ha surgido desde la muerte de su esposo:

A partir de que enviude ¡viva la paz! Mientras vivía mi marido me la pasé criando a los hijos, la ropa, el aseo de la casa, todo. Ah no, ahorita ni me conoce, ni me reconoce. No tenía yo ese espacio para mí. Ahora que tengo mi tiempo personal me provoca felicidad porque me encanta.

Catalina suele sentirse atraída por hombres más jóvenes que ella, incluso no ha dudado de llenar de halagos coquetos al instructor de baile. No pierde la ilusión de encontrar “un amor el día menos pensado” y como cree que “el que no enseña no vende” ella prefiere ir siempre “coqueta, bien limpita, oler bonito, traer sus alhajitas aunque sean de fantasía”. Dentro de sus

expectativas le gustaría encontrar a alguien que “se fije en su personalidad porque es muy simpática y que no solo se le quede viendo sus arrugas que ya ni cómo se las quita”.

Bertha “que en mi imaginación quepan todas las historias que yo quiero vivir”

Estas prácticas de embellecimiento de Catalina se inscriben en su deseo de seducción. El deseo también puede pertenecer exclusivamente a la imaginación como en el itinerario de Bertha, que recordemos forma parte del coro del *Club de oro* quien redimensiona su deseo a partir de su viudez. Ya que “su esposo murió, hace unos añitos no más, lo extraña a veces, aunque ya se acostumbró a que no está”. Cuando ella hizo esta afirmación asumí de manera casi natural que guardaba luto y que no se disponía a otro tipo de acercamiento afectivo con alguien más. Sin embargo, me comentó de manera calma y con una ligera sonrisa, “aunque ya no tengo compromiso, me alegro de imaginar tenerlo con alguien, pero no estoy aferrada a que sea así, por ejemplo, cuando veo las novelas de la tele me imagino ‘y si yo fuera la protagonista...’. No me imagino que sea yo así de esbelta ni nada de eso, sino que viva una historia de amor apasionado, interesante. Ese sería un deseo que tal vez no se me cumpla”.

El deseo de Bertha por una relación “apasionada e interesante” da muestra de la influencia de las representaciones sobre las relaciones sexuales y afectivas de los medios de comunicación tienen entre los espectadores. Sin embargo, para Bertha el deseo está representado de la siguiente manera:

Para mí el deseo es una inyección, es motivación, es un motor. Por muy efímeros que sean si no los pude gozar viene la frustración y hay algunos que son gratificantes también porque lo logré, logré la cabaña. De por sí la palabra deseo nos lleva a algo gratificante, entonces me va a gratificar y luego el conjunto de los demás códigos es: no voy a hacerle daño al otro, entonces mi meta, mi deseo no va a dañar al otro, me va a satisfacer.

Es decir, para Bertha el deseo que previamente asoció con su imaginación, tiene dos filos, el de la motivación y la gratificación, por un lado, y el de la frustración, por otro. Ella fue contundente al mencionar que “a pesar de que no me vaya yo a encontrar ningún amor de pasión, nada ni nadie me va a impedir soñarlo y que en mi imaginación quepan todas las historias que yo quiero vivir”. La determinación de defender su deseo del escrutinio público

y reivindicar el poder de sus prácticas de goce es un ejemplo de la agencia que tiene lugar en aspectos tan subjetivos como la imaginación y lo que de ella se desencadena.

Bertha reconoce la música como su mayor fuente de placer, ya que “es lo que le alegra cada mañana”, por eso además de escuchar y disfrutar de sus discos favoritos en los que hay canciones que “le enchinan la piel, a veces por la música y a veces por las voces”, suele cantar para ella misma y sienta mucha confianza en hacerlo para los demás, ya que es consciente de su talento, que otras personas han reconocido y por el que la han felicitado, particularmente en las ocasiones que tiene algún solo en las interpretaciones corales.

Yolanda “aprendí del placer que se me había negado por casi treinta años de matrimonio”

Yolanda proveniente de una familia católica, recuerda que desde pequeña se le inculcó la idea de la importancia de conservar su virginidad hasta el matrimonio, lo que Yolanda consideraba incuestionable. Ella acudía gustosa a la misa dominical y demás rezos en compañía de su abuela, su madre y hermanas. La mayor parte de su interacción con jóvenes de su edad estaban mediados por sus padres. Ella se interesó en un muchacho que no pertenecía al círculo de sus padres; Yolanda recuerda que: “fue un noviazgo muy bonito, pero tuve que terminarlo pronto porque tenía miedo de que mi mamita se enterara, solo por eso terminé. Él fue un muchacho de mucho respeto siempre me mandaba cartas y así me enamoró con todos esos detalles”.

Luego de desistir de esa relación, su familia apoyó que Yolanda saliera con otro muchacho que fue su pretendiente hasta que con el paso del tiempo se convirtió en su novio oficial y posteriormente en su esposo. Ella expresa que tuvo:

Una familia como todas las de por aquí, grande porque se cuenta siempre con los suegros, los padres, los cuñados y los sobrinos. Mi familia, ya la que hice con mi esposo estuvo bien, en lo que crecían mis hijos. Lo que era mi esposo y yo de puerta para adentro eso sí que no era bueno, malos tratos y groserías, yo lo aguantaba porque no sabía vivir de otra forma. Luego mi esposo se fue con otra y ya después nos divorciamos, como que al principio sentía culpa y por eso no se puso a renegar que me quedara con la casa y la pensión, ya andaba yo teniendo algunos achaques.

Hasta después de su divorcio “se soltó” con sus amigas, contándoles el tipo de trato que había recibido de su ya ex esposo, algunas de ellas le compartieron sus propias experiencias conyugales, entre las cuales algunas eran amorosas y respetuosas, lo que a Yolanda le “abrió el panorama más allá de los malos tratos”.

Contrariamente a las posibles expectativas respecto a la sexualidad en la vejez, Yolanda conoció a un hombre mayor que ella en el *Club de oro* con el que comenzó una relación afectiva y sexual, aunque al principio no quería reconocer su atracción hacia él “porque sí que era mayor que ella”, poco a poco se convirtió en una relación de noviazgo formal alentada por los hijos de ambos, él era viudo. Pasados unos meses, se disponían a casarse, “me daba ilusión volver a casarme, pero ahora sí con ese cariño que con mi esposo nunca sentí”. En la intimidad, con su nuevo novio, que le llevaba más de diez años, sus relaciones sexuales fueron satisfactorias en contraste con su primer esposo, de quien Yolanda narra que “solo quería satisfacerse a sí mismo”.

Con los preparativos de la boda en puerta, en uno de los viajes médicos de Yolanda a la Ciudad de México, su prometido falleció tras una breve hospitalización. Por acuerdo de las familias de ambos, decidieron ocultarle el deceso a Yolanda, priorizando su estado de salud, que en ese momento también se encontraba vulnerable.

Durante dos semanas, la mantuvieron engañada con que su prometido había salido de la ciudad, pero el hecho de que no la llamara la hizo dudar y, por sí misma, llegar a la conclusión de su pérdida. Yolanda guardó luto por varios meses, aunque su relación fue relativamente corta, a la vez fue significativa, ya que el tiempo que compartió con su prometido fue el tiempo en que “aprendió del placer que se le había negado por casi treinta años de matrimonio”.

Este hecho la dejó en un estado de depresión acrecentado por sus malestares físicos:

Yo no dormía para nada, me sentía muy sola y me quedé con tantas ilusiones que se rompieron que me encerré en mi casa, con trabajos dejaba que me visitaran pero no me gustaba, ya quería yo que pronto se fueran, me descuidé bastante, dejé de ir al club porque ahí todos sabían lo que pasó y no quería yo que anduvieran sintiendo lástima por mí.

Sin embargo, con el apoyo de sus hijos quienes la motivaron a recibir ayuda profesional de una psicóloga, Yolanda se fue reinsertando en su dinámica habitual. Tras un tiempo de duelo, Yolanda se reencontró con su primer novio de la adolescencia, quien está interesado en mantener una relación con ella. Se encuentran casi cada semana para dar un paseo, salir a comer o cenar. Aunque sus hijos la animan a que formalice su relación, ella se siente “temerosa” de que le pase lo mismo que con su anterior prometido.

Yo sabía que él vivía en Tuxtla y que le había ido bien, se convirtió en abogado y tiene su propio despacho. Cuando lo visito yo a él hasta me presenta como su novia frente a sus secretarías. Disfruto mucho estar con él, me ha animado bastante, casi que si por él fuera nos casamos mañana pero no, de boda no quiero hablar, pero por qué no seguir frecuentándonos.

Otras formas de envejecer y de experimentar la sexualidad

Como mencioné anteriormente, San Cristóbal de Las Casas es una ciudad cuya composición poblacional se ha ido modificando dramáticamente en las últimas décadas. Han llegado a la ciudad personas de diversos orígenes nacionales, con intereses distintos, cuyas posiciones sociales, económicas y culturales también son variadas. Los siguientes itinerarios muestran las experiencias de envejecimiento de personas que actualmente vive en San Cristóbal en las que son perceptibles nociones cambiantes respecto a las relaciones de género, al propio envejecimiento, así como al deseo y al placer.

En este apartado comenzaré con el itinerario de Mónica, una mujer proveniente de Puebla que pese a las dificultades físicas que presenta muestra un ejemplo de decisión respecto a mantener su independencia en la vejez, la importancia de la amistad en sus redes de apoyo y del deseo y el placer presentes a lo largo de su trayectoria vital.

Claudia, por su parte, presenta en su itinerario su joven adscripción a la vejez, sus estrategias personales, familiares y fraternales ante la necesidad de requerir cuidado. Una experiencia enmarcada en las contradicciones de los roles de género a los que se ha tenido que enfrentar por ser una mujer profesionista.

La experiencia de Luisa nos permite reconocer al abuso sexual como una amenaza para las mujeres en distintos momentos de la vida; por lo tanto, a la sexualidad como un ámbito de

vulnerabilidad. En ella también se muestra cómo los grupos para personas mayores han significado una forma de aminorar la tristeza luego de una vida obstaculizada por la violencia sistemática.

Nidia nos narra su falta de interés por una relación afectiva, ella pone énfasis en el placer independientemente de las prácticas sexuales y le dota un sentido placentero a sus convicciones animalistas.

Por último, se encuentran los itinerarios de Bruno y de Juan. El primero nos relata sus nociones de género, a título personal, aquellas vinculadas con su masculinidad, además de reconocer la reconfiguración de su percepción respecto a la sexualidad en la vejez, además de demostrar cómo para él la jubilación se convirtió en la oportunidad de realizar actividades de su interés vinculadas con el medio ambiente y deportes extremos.

En el itinerario de Juan, un poeta que reconoce su envejecimiento en contraposición a sus jóvenes amistades, se narra una experiencia de vejez que se redefine y en la que él procura frecuentar actividades de su interés, principalmente culturales, que abonan a su sentido de placer.

Mónica “Siempre fui así, ¿será que soy acuario?”

Entré en contacto con Mónica en un conversatorio semanal, desde 2016 en mis primeras semanas de vivir en San Cristóbal. Mónica es una mujer que proyecta confianza en sí misma, alegría y empatía; llamó mi atención por adentrarse de manera apasionada en las charlas y utilizar distintos niveles de análisis en sus intervenciones. Se ausentó por algunos meses y a su regreso comenzamos a entablar conversaciones fuera del conversatorio, nos frecuentamos para convivir y tomar café. La serie de encuentros en los que entrevisté a Mónica, cuyo fin era esta aproximación, fueron realizados en el primer semestre del 2018. En este período Mónica me narró su vida, retomó eventos y situaciones que vistas desde este momento de su vida, en retrospectiva, le son significativas, que como menciona Fina Sanz, “están inscritos en la expresión corporal y la reminiscencia” (2008, p. 21). Mónica resalta su incesante búsqueda de independencia, el sentido placentero de sus relaciones familiares, de pareja, de amistad y sobre todo consigo misma, así como rupturas con las expectativas sociales de género y edad, ante las cuales ha asumido algunas consecuencias negativas con una actitud

propositiva, en la que destaca su agencia, al no describirse en ningún momento como víctima de las circunstancias, incluso dentro de episodios particularmente difíciles.

Mónica nació en la ciudad de Puebla en una familia conformada por su abuela, madre y hermana mayor, a ellas se sumaba la cercana presencia de un tío materno, que resaltaba como única figura masculina ante la ausencia de los padres de ambas niñas, con quienes no convivieron porque estaban casados y tenían otras familias.

La familia de Mónica no era una familia adinerada, lo que llevó a su hermana mayor y a ella a insertarse en el ámbito laboral desde muy jóvenes, en el estilismo y la belleza y en una notaría, respectivamente. El salario de ambas fue la principal fuente de ingreso familiar. Mónica relata que comenzó a trabajar a los trece años, al terminar el segundo año de secundaria, en su trabajo aprendió de administración y contaduría.

Al momento de cumplir quince años y al ser económicamente activa, ella y su hermana ahorraron para realizar un viaje a la playa con la intención de que su madre conociera el mar. “Eso fue lo que yo me regalé a los quince años, era mi lana que me costaba un chingo y disfrutamos de Veracruz”. En contraste con las expectativas de una gran fiesta que tenían muchas jóvenes de la misma edad, las de Mónica estaban insertas en su dinámica de mujer trabajadora en quien recaía la responsabilidad de la manutención de su madre y también de la satisfacción de sus propios deseos. Desde entonces Mónica se separaba de tradiciones de género arraigadas en su contexto.

A los 17 años llegó a ser administradora de la notaría y a los 21 años realizó un examen para ocupar una vacante en un banco:

Entro al banco y me ponen como la bonita que está en la gerencia de áreas administrativas, y nada más estaba yo sirviendo el café junto con otra. En ese tiempo, ese tipo de trabajo estaba reservado para las mujeres poblanas de buena familia que nada más estaban ahí mientras se casaban, porque además se casaban súper bien, con gente de mucho dinero.

Pese a que Mónica tenía trayectoria en el ámbito de la administración y la contaduría en su nuevo empleo fue asignada a realizar una actividad feminizada muestra de cómo el trabajo

femenino era pensado como temporal, reservado a mujeres jóvenes, solteras y “bonitas” de la clase media.

Para ese momento, hay cambios significativos a nivel nacional y particularmente el contexto social poblano se caracterizó por las tensiones que había entre el fuerte arraigo a la iglesia católica y a la derecha conservadora con las posiciones de izquierda que llegaron desde la década de los 60 y que influenciaron al movimiento estudiantil, al que se considera llegó a convertirse en un movimiento popular. En este ámbito de renovación y de nuevas ideas fue donde Mónica se desenvolvía y que llegó a hacerla sentir “en medio de dos mundos” ya que mientras trabajaba en el banco, conoció a un arquitecto diez años mayor que ella, que se convirtió en su primera pareja. Él era socialista y su círculo político y de amistades le parecían a Mónica muy estimulantes intelectualmente, la motivó a terminar la secundaria y la preparatoria en el sistema abierto, e incluso a estudiar antropología, aunque no haya terminado la carrera. En ese grupo ella se sentía “fascinada, como pez en el agua encontrando la vida, pues la verdad, [era] lo más apegado a la verdad, no a la fe ni a la creencia, sino a la objetividad y a la certeza y [de] aprender mucho. Todos tocaban un instrumento, eran artistas. No era de fiesta, era de bohemias, de reuniones. Para mí fue una época excelente, ahí conocí a Silvio Rodríguez, a Mercedes Sosa. Estaban en su mera edad todos”. Aunque no participa en el movimiento estudiantil, Mónica entró en contacto con todas estas ideas que la entusiasmaron y que tuvieron incidencia en su propio accionar.

Teniendo en cuenta que hubo una serie de ataques anticomunistas que bombardearon la contienda universitaria desde el poder político y religioso durante las décadas de los sesenta y setenta, es de destacar que la participación política estudiantil incidió fuera del espacio universitario. Se trató de un proceso de contestación a las estructuras tradicionales que habían imperado que llevó a contrarrestar cánones políticos, de clase social y de género, entre sus resultados encontramos la autonomía universitaria, la expresión y presión política con enfoque marxista y la participación femenina, y en consecuencia el aumento de mujeres dentro de la matrícula universitaria y en la vida académica en general, razón que explica la posibilidad y ánimo de Mónica para incursionar en los estudios universitarios, particularmente de antropología, a la que se le estaba dando un enfoque marxista.

Esta primera relación de Mónica no era aceptada por su madre, quien la rechazó aún más cuando decidieron vivir juntos. “A los tres meses de novios hablamos con mi mamá, ella estaba indignada, triste, decía que era como si se llevara una gallina, una guitarra, le parecía poco digno de mi parte aceptar eso [irse con él sin haber contraído matrimonio]”, llama la atención la fuerte oposición de la madre a la unión libre que la lleva a reducir a Mónica a un objeto, cuando ella misma actuó al margen de ese protocolo al tener a sus hijas con dos hombres distintos fuera del matrimonio, quizá con la aspiración de que sus hijas no repitieran la vida que ella llevó y buscando que ellas sí lograsen lo que evidentemente consideraba el camino “correcto” para las mujeres. Si bien, el matrimonio religioso evitaría el descontento de su madre, este no iba acorde a las expectativas de Mónica que con anterioridad se despegaban de las expectativas de género apremiantes a su alrededor y que además se reconfiguraban en el cambio social respecto al papel y accionar de las mujeres, en el que se comienza a difundir y utilizar los métodos anticonceptivos, al control de la natalidad y la unión libre, que fueron ganándole terreno al sentido tradicional de reproducción y matrimonio.

Habría que reconocer que probablemente la insistencia de su madre recaía en evitar el señalamiento social hacia su hija en el contexto de una sociedad poblana, católica, clasista, al que ella seguramente fue sometida.

Es de destacar que la desaprobación de la madre recae en un quiebre generacional y no en la posición política de su pareja. Es aquí, por ejemplo, en donde “los sistemas aspiracionales” diferenciales de hombres y mujeres a los que refiere Bourdieu (1990) cobran sentido, ya que hay una oposición generacional marcada por la defensa abigarrada del matrimonio católico como eje de la preservación del honor y de la respetabilidad de las mujeres, con la liberación femenina y el tipo de relaciones otras que propone que hace efecto en parte de la juventud poblana, en las décadas de los sesenta y setenta, lo que hace entender la separación contundente entre dos sistemas de valores generacionales referentes a la posición de la mujer en la conformación de la familia.

Mónica aceptó el rechazo de su madre, y decidió, consecuente de lo que ella quería hacer de su vida, irse con él. Estando en la relación, por incentivo de su pareja, Mónica incorporó una rutina de ejercicio que la hacía “inmensamente feliz” y que continuó realizando hasta décadas subsecuentes. Esta relación, que es valorada por Mónica como significativa y satisfactoria,

se fracturó en su embarazo cuando ella tenía alrededor de 27 años y tras un tiempo se dio la separación.

Por algún tiempo no hubo problemas, hasta que nos embarazamos, yo no lo engañé, yo me quité un dispositivo con conocimiento de causa y con un hijo planeado, que después lo haya negado, ahí está la cosa, siento que me mintió, de repente chafeó en muchas cosas y más en eso. Me dejó la responsabilidad.

El uso de anticonceptivos fue un paso importante para las mujeres de la década de los setenta y ochenta. Los métodos más populares eran la píldora y el diu, con los cuales hasta la actualidad persiste la idea generalizada de responsabilizar a las mujeres en evitar el embarazo; en consecuencia, ha resultado fácil para los varones evadir la responsabilidad de la anticoncepción, así como de la paternidad.

La falta de involucramiento de la pareja de Mónica en la anticoncepción y su negativa a asumir la responsabilidad de su paternidad, devino en una serie de violencias psicológicas y económicas que impuso a Mónica la obligación absoluta de hacerse cargo. Mónica aportó por completo sus ingresos al manejo y mantenimiento de la casa, así como para el cuidado de su hija, para los cuales no recibió apoyo alguno, con la excusa constante de su pareja que la señalaba como la única obligada a cumplir por haber sido quien quedó embarazada.

Mónica considera irremplazable esta relación, pese a las dificultades previas a la separación que se dio en los primeros años de su hija primogénita. Años más tarde, su hija adolescente regresó a vivir con su padre. Tras la muerte de la ex pareja de Mónica, su hija se mudó con su tía y abuela maternas.

Años más tarde Mónica contrajo matrimonio y tuvo a su segundo hijo. Sobre esta relación Mónica no mencionó aspectos positivos, se centró en la etapa del divorcio, en el cual la custodia de su hijo estaba en disputa. Mónica y su pareja inicialmente llegaron a un acuerdo de separación que incluía que ella, acompañada de su hijo menor, se trasladaría a San Cristóbal de Las Casas en donde sería administradora del restaurante de su tío, aquel tan cercano en su vida durante la infancia. Sin embargo, el acuerdo no fue respetado y Mónica fue chantajeada pocos días antes de salir de Puebla.

Yo no daba crédito a lo que estaba pasando, igual anduve por ahí entre estirando, aflojando para recuperarlo, pero finalmente le correspondía a él tanto como a mí, total que así se me fue junio, julio, agosto. Hasta que una amiga muy querida me dijo ‘le estás siguiendo el juego, lo que quiere es que te quedes y tú te estás gastando todo el dinero que tienes en el abogado y no lo vas a ganar, realmente te vas a terminar quedando’. Vi ese último fin de semana a mi hijo, porque era al revés ahora, ahora él me permitía verlo cuando él quería, porque le contó historias fantásticas a la abogada, en fin. Hizo todo por quedarse con el niño y pues ya se lo dejé. Me despedí ese domingo de mi hijo, lo abracé muchísimo, saqué todo lo que eran sus cosas de las cajas inmediatas, lo demás ya estaba embodegado, se lo dejé ahí a mi amiga y me fui. Me vine para acá.

Mónica decidió dejar a sus dos hijos y continuar con su deseo personal de trasladarse a Chiapas. Hasta la actualidad, el distanciamiento “prematureo” de sus hijos le ha causado reclamos principalmente de su hija mayor. Sin embargo, Mónica reconoce esta situación sin culpas y sin auto reproches, forma parte de su vida, en la que ha actuado aun en contra de expectativas de la abnegación materna. Cuenta que aunque no fue fácil separarse de sus hijos y no cuenta con recursos para apoyarlos económicamente, ha procurado relacionarse con ellos con afecto y respeto. Este relato de Mónica contradice mandatos de maternidad que describen a la figura materna bajo estereotipos de sumisión y abnegación, da muestra de que hay diversas formas de ejercer la maternidad, ya que ha habido cambios significativos respecto a considerar que el papel primordial de las mujeres es tener hijos y cuidarlos, en los que las aspiraciones de desarrollo personal y laboral son cada vez más aceptadas.

La decisión de Mónica de trasladarse a San Cristóbal de Las Casas, en buena parte estaba fundamentada en apoyar a su tío en el manejo de su restaurante y más tarde tener un negocio propio; sin embargo, no tuvo una buena relación con él ni con su esposa, de modo que Mónica se distanció cuando tuvo una oportunidad laboral que le permitió independizarse. Sin embargo, años más tarde en la vejez de su tío volvieron a tener contacto.

Nos separamos un rato. Ni él me buscó ni yo. Y ya después con el tiempo lo volví a buscar. Me fui para Puebla, ahí nos hablábamos de vez en cuando. Cuando regreso, él empezó a estar enfermo, entonces fui a buscarlo, nos volvimos a encontrar y

aunque ya tenía algunas pérdidas cognitivas, ya que tuvo dos infartos cerebrales. Mientras en ese inter yo lo iba a ver, platicábamos dentro de lo que podíamos, nos reíamos.

Me parece importante resaltar este reencuentro durante la vejez del tío porque resultó significativo para ella, pese al distanciamiento previo producto de fuertes confrontaciones violentas. Me lleva a preguntarme si se vincula con una especie de privilegio masculino en la vejez para recibir atención, principalmente por parte de la familia, que incluso puede tornarse en exigencia de parte de algunos varones, a su vez ser aceptado por las mujeres que olvidan o perdonan los malos tratos y desconsideraciones anteriores, puesto que el hombre viejo, en ciertos contextos se torna en una figura receptora obligada de cuidado.

Mónica tuvo algunos infortunios en San Cristóbal, tales como algunas enfermedades gastrointestinales y la fractura de un tobillo al andar en bicicleta; más fueron compensadas con oportunidades laborales, nuevas amistades y experiencias positivas. “Se cerró un ciclo totalmente y se abrió otro en Chiapas. Como me decía mi amiga ‘San Cristóbal te prueba, y si eres fuerte (la definición de guerrera de cierta forma) y pasas todas las pruebas te va a ir muy bien, no te vas a regresar pero tienes pendiente una enseñanza’ que de veras fue fuerte y aprendí. Fue la liberación haber encontrado un trabajo ajeno a la familia”. A pesar de que Mónica llegó después del levantamiento zapatista y de que ella previamente tuvo contacto con grupos e ideas de izquierda, no incursionó en actividad política alguna.

Mónica logró, entonces, la custodia temporal de su hijo y tuvo una de las etapas más satisfactorias en su vida:

Aquí estaba feliz, libre, tenía la gerencia [de un restaurante], ganaba lo que quería, me iba bien, tenía a mi hijo, tenía un montón de amigos metidos en la cuestión de la espiritualidad, no éramos religiosos, casi nadie era chiapaneco, nos juntábamos y hacíamos unas caminatas al Huitepec, al Arcotete, juntábamos los hijos. Yo tenía una familia enorme, con muy buen sueldo; además la jefa que me tenía tanta confianza y viajaba mucho, me dejaba su coche. Yo no necesitaba nada.

En esta situación de libertad, solvencia y comodidad, Mónica rechazó la propuesta de un hombre de volver con él a Puebla, ese fue otro momento importante en la vida de Mónica, quien resolvió mantener su independencia en un momento de goce de aspectos espirituales,

familiares, sociales y económicos que estaban a su favor, en contraste con una propuesta que seguramente le brindaría comodidad económica pero la distanciaba de su independencia, de la satisfacción personal y estabilidad en la que ella se encontraba:

Entonces rechacé la propuesta, con todo mi cariño y mi amor le dije que no podía y que no me sentía preparada para una relación, y luego otra vez regresar a Puebla, pero depender de él, esa era la condición ¿Yo de qué iba a trabajar o hacer allá? No es lo mismo una relación de fin de semana y de paseos, a ya estar allá, y luego mi hijo. Se me hizo rete complicado, mi hijo adoraba su escuela y yo mi contexto, y no acepté. Lo amé y todo, fue doloroso y triste.

Se trataba de un hombre 14 años mayor que ella, Mónica infiere que en la relación anterior de este hombre hubo malos tratos, ya que él le hizo una solicitud en los siguientes términos:

La primera vez me dijo ‘yo te quiero pedir un favor, todo lo que me quieras reclamar, pedir, tu desacuerdo, no me grites, no necesitamos humillarnos, porque faltarnos al respeto’ con una vehemencia que haz de cuenta que estaba sacando su corazón, mostrándose tal cual, desnudándose, pidiendo piedad, no me maltrates, no me humilles, no es necesario. Así me di cuenta de verdad de que los hombres también tienen que decir, juzgar y acusar a las mujeres como nosotras a ellos, me llevó a pensar en hasta qué grado llegó el desconocimiento, de maltrato, de violencia, de enojo, en su vida.

Mónica tiende a considerar que la violencia puede llegar a ser ejercida por mujeres hacia los hombres, pero que esta roza los gritos, insultos y humillaciones, una cara que suele visibilizarse con efervescencia por encima de la violencia estructural hacia las mujeres. Este tipo de reacciones “violentas” de las mujeres, son las llamadas por Bourdieu “armas débiles” que “refuerzan los estereotipos... como el estallido condenado a aparecer como un capricho sin justificación o exhibición caracterizada inmediatamente de histeria”, estrategias que son “incapaces de subvertir la relación de dominación, tienen por efecto, al menos, confirmar la imagen dominante de las mujeres como seres maléficos, cuya identidad, completamente negativa, está constituida esencialmente por prohibiciones, muy adecuadas para producir otras tantas ocasiones de transgresión” (2000, p. 26).

Con la intención de emprender su propia empresa Mónica regresó a Puebla años más tarde. Ahí se reencontró con ese hombre e intentó mantener una relación, sin embargo, él ya no estuvo dispuesto a continuarla al sentirse una carga para ella, puesto que su situación física y emocional estaba deteriorada por los estragos de la diabetes.

Entonces le salieron todos los monstruos, todas las amarguras, toda su obscuridad, sobrevivió más la oscuridad en su vida que la luz de otras posibilidades. Las veces que yo lo iba a ver el fin de semana, ya no me sentía bien. Hasta que me pidió terminar la relación con el argumento de que ya no tenía nada que aportarme. Así como lo rechace aquí, así me sacó de su vida, de su casa. Yo le dije que lo entendía. Nos separamos”. En años más recientes han estado en contacto a través de las redes sociales, “alguna vez me escribe en Facebook. Ya perdió la vista del ojo derecho, si se ve bastante maltrecho, la diabetes es muy destructiva. La otra vez me escribó “No sabes cuánto te amo” me sonó como despedida y le contesté, pero no me ha contestado. En el Messenger, me envió unas fotos en las que me mostró los estragos de la enfermedad. No me ha vuelto a contestar, creo que prefiere su espacio y que de repente le entra la soledad y es cuando me dice que me ama y que me recuerda mucho.

La reacción que este hombre tuvo sobre su experiencia de envejecer respecto a su relación con Mónica aparenta ser un mecanismo de defensa en el que al percibir cómo su ideal de masculinidad proveedora y vigorosa se disminuía por su deterioro físico, mental y en consecuencia emocional, llega a un nivel de ensimismamiento que repele la presencia de Mónica frente a quien no se permitía mostrarse debilitado y abatido.

Mónica con soltura habló de sus experiencias sexuales desde un sentido de placer sexual que no comparte con las otras mujeres entrevistadas. Para ella, la intimidad sexual ha sido en suma satisfactoria y se ha dado oportunidades para experimentarla dentro y fuera de los esquemas de relaciones más frecuentes como el matrimonio, la unión libre o el noviazgo. Relata que a su retorno a su ciudad natal, se reencuentra con un amigo con quien comenzó una relación amorosa “espectacular y de aventura”, en la que experimentó sexualmente más que en sus relaciones anteriores.

La última pareja fue como cerrar con un broche de oro, fue excelente, fue una relación muy muy buena. Ese ha sido un hombre extraordinario en mi vida porque yo le llevo 4 años, y yo nunca había tenido un hombre menor en mi vida, a mí toda la vida me han llevado de 10, 14 años. Pero este hombre fue extraordinario. Éramos amigos de muchos años. Él estaba recién divorciado. Nos llevábamos bien, platicábamos, íbamos a meditar. En ese entonces yo era una meditadora profunda. Total que nos volvimos a acercarnos poco a poco. Un sábado iba saliendo de una fiesta cuando me llamó y me invitó a su casa. Ese día le digo, oye tienes una tina bien bonita en tu baño. Me dijo, sí, ¿Quieres probarla? Otro día con calma. No, sí quieres se calienta rapidísimo. “Ah pues orales”, pero “¿Quieres probarla?”

Tenía yo en ese entonces más de 50 años, pero mira la ventaja de mi vida es que nunca fui gruesa, nunca fui gorda, afortunadamente siempre tuve un muy buen metabolismo. Hasta esa fecha yo me mantenía haciendo mucho ejercicio, fui corredora de muchos años, en fin. Entonces puse la tina, pero yo nunca asocié nada. No pasó por mi mente nada. Me dice “Ya está lista”. Yo me meto a la tina, yo estaba relajada y de repente aparece él y me quedo impresionada, yo pensé que me estaba regalando el momento para mí, no que se iba a meter conmigo. Entonces ya la hicimos así como de juego, como que aquí no pasa nada, trajo unas cosas, que pusimos en una sillita, una botella de vino. Fue una cosa bien improvisada y nos pusimos a reír y pues, imagínate cómo acabamos. Pero lo que a mí me sorprendió fue la experiencia sublime amorosa, deliciosa, fina, una cosa ¡qué bárbara! Tuve que regresar después por más y por más y por más. Se nos hizo hábito vernos los fines de semana.

La seguridad en sí misma que Mónica proyecta al recordar ese momento conjuntaba su éxito profesional, su estabilidad personal y la autovaloración de su estética corporal que incluso entrada en los cincuenta años estaba dentro de los cánones dominantes de belleza, particularmente del cuerpo y figura atlética que comenzaron a generalizarse en los medios de comunicación. Sin pretensiones de una relación formal Mónica disfrutó de sobremano de ese vínculo:

Nunca vivimos juntos, pero vivimos una relación tan bonita, erótica, de amistad. A veces nos veíamos entre semana cuando había algo bueno. Pero yo sabía que eso se iba a terminar en cualquier momento. Yo sabía que en cualquier momento iba a desaparecer y así fue. Duramos como dos años y medio, así jamás tuvimos una discusión, o un enojo, o reclamo. Y un día nos despedimos. Sí que me dolió, viví mi duelo un rato, pero natural. Una de las cosas que he aprendido es amar con libertad, nada es mío, más bien nadie es mío. Si no estaría neceando. Así como mis amigas que no están en una relación recíproca y no importa, yo estoy ahí, las he ayudado, escuchado, he vivido cosas muy interesantes. Esa fue mi última pareja.

Resalta en el relato de Mónica que ella llegó al entendimiento de que los vínculos afectivos son cambiantes, que no quedan estáticos y que no son ideales –como el matrimonio– bajo los que rija sus decisiones personales. Fue tomando una posición horizontal de la primera a su última pareja, con la alegría y el dolor, las dificultades y la satisfacción que ello implicó.

Después de finalizar esta relación Mónica decidió regresar a San Cristóbal de Las Casas, donde administra su propia posada.

El tema de la amistad es para Mónica un tema central en su vida, algunas de sus amigas las conserva desde la primera infancia, otras más de su juventud y un grupo significativo que se ha formado en los últimos años, a su regreso de Puebla a San Cristóbal. Aunque las amistades de Mónica son tanto mujeres como hombres, la relación con sus grupos de amigas guarda una relevancia particular en este periodo de su vida.

En este grupo de mujeres que lo que tenemos en común es ser mujeres. Nos vincula mucho la idea de estar juntas, que no tenemos familia la mayoría, que hemos renunciado a la pareja por angas o mangas y todas decimos, que no porque seamos anti hombres, porque en algún momento te digo, es muy rico tener un hombre. Valoro mucho a las amigas, porque tuve muchas amigas y me proponía cuidarlas, mantener esa relación, pero también había reciprocidad. Amigas que duramos muchos años siendo amigas y que vivimos experiencias muy padres, me acuerdo mucho de muchas de ellas en determinadas etapas de mi vida. Algunas fueron largas, otras cortas, otras de paso, pero ha sido muy padre. Cuido mucho a mis amigas,

siento que son un gran apoyo, han sido un gran apoyo en mi vida. Sobre todo en estas últimas fechas que aparecen.

Se suma un sentido de sororidad que convierte las relaciones fraternas en un fortalecimiento de los vínculos femeninos que adquieren un sentido significativo de poder y de reivindicación.

Yo prefiero estar como estoy, yo eso es lo que le pido a la vida, sin enojo, si rencor, yo quiero estar acá todavía, tener mi libertad, valiéndome por mí misma. Siempre fui así, ¿será que soy acuario? Por eso yo no tengo pareja, porque disfruto mucho la libertad. A mí me empieza a ahogar la rutina, claro ahorita aunque me ahogue o aunque ya sienta yo feo, me tengo que aguantar, porque siempre estoy saliéndome huyendo, inventándome, pero ahorita no.

Mónica a lo largo del relato de vida que compartió conmigo hizo énfasis en su independencia y libertad y revela una gran entereza frente a su enfermedad y sus dificultades económicas. Su testimonio contradice a mandatos de género como el de la expectativa de matrimonio, a maternidad abnegada y del amor romántico, ya que Mónica dentro de sus relaciones ha construido una serie de significaciones delimitadoras de su actuar, por ejemplo la interacción sin apego, considerado como dependencia emocional.

Claudia “la amistad es uno de los grandes placeres”

En el caso de Claudia resulta interesante su joven envejecimiento o mejor dicho su prematura identificación como una persona mayor al asociar una enfermedad crónica con la vejez. Entré en contacto con ella en un grupo de conversación sobre temas filosóficos, ahí compartimos de manera intermitente desde mi arribo a la ciudad en 2016. A comienzos de 2017 supe que su asistencia alterna se debía a que ella tenía su domicilio en el estado de Tlaxcala y que estaba en la ciudad por largas temporadas visitando a una de sus hijas. A lo largo del año divide su tiempo de estadía entre San Cristóbal, Tlaxcala y la Ciudad de México.

Es la mujer más joven en participar en esta aproximación, aun antes de cumplir los sesenta años, edad estipulada para la consideración oficial de una persona como adulta mayor,

Claudia ya se adscribía como tal. Algunas de las razones de ello fueron su jubilación temprana por motivos de salud y el hecho de vivir sola tras la independización de sus dos hijas. Claudia remarca que ella ha vivido el envejecimiento “más joven de lo que imaginó”, a diferencia de sus padres, a quienes cuidó hasta su muerte en años recientes:

 Mi papá se fue dos años después que mi mamá, la pérdida de ella fue difícil para nosotros, fue por cáncer. Mi papá era mayor que ella y cuando se acordaba de mi mamá me decía ‘siempre pensé que yo me iría primero’, pero estuvo bien salía a visitar a sus amigos y tenía buen semblante, fue una muerte repentina que afortunadamente no lo tuvo en cama, por su carácter, no lo hubiera soportado.

A los 58 años Claudia se retiró anticipadamente de su trabajo por motivos de salud, al tener dificultades visuales y motoras que le dificultaban sus acciones cotidianas. Cuando Claudia estuvo enferma tuvo una depresión ante la posibilidad de perder la vista por completo, tuvo un tratamiento profesional combatirla y de ello recuerda:

 Cuando tuve el problema más severo con la vista, al principio estaba en una negativa por aceptar que me pasara eso a mí. No fue fácil. Por meses al tiempo que quería recuperarme el dolor por perder mis facultades le ganaba a mis esfuerzos. En las noches no dormía pensando en que al siguiente día podía amanecer completamente ciega. Estuve, como seis meses, muy hundida, descuidada, no era yo.

Claudia fue la primogénita de dos hermanos en el seno de una familia acomodada tlaxcalteca. Su madre era ama de casa y su padre era un abogado reconocido en la ciudad. La apreciación social que había hacia el padre de Claudia despertó en ella el interés de adquirir esa profesión, y desde pequeña tuvo la inquietud de ser abogada, aunque no conocía a ninguna mujer que lo fuera.

Ella me expresó que como iba creciendo reconocía que las expectativas para las mujeres de su edad, a partir de los 17 años, eran contraer matrimonio “sin pasarse de edad” y dedicarse a ser amas de casa. En aparente oposición con sus expectativas personales, Claudia considera que la influencia de las expectativas sociales respecto a las mujeres jóvenes en diversas

ocasiones le generaba confusión y que llegaron por momentos a desanimarla de estudiar una carrera profesional.

En casa parecía que nos apoyaban incondicionalmente para estudiar, era lo bien visto entre las familias cercanas, pero para las mujeres no tanto, bueno sí, en lo que nos casábamos. Muchas de mis conocidas de la edad se casaron máximo a los veinte años y dejaron la escuela, se dedicaron a sus hogares. Cuando nos reuníamos a veces llegué a querer estar como ellas con mi esposo e hijos, me sentía un tanto frustrada porque para estudiar derecho tuve que convencer a mi papá más que nada. Era confuso para mí.

Pese a que inicialmente su padre estaba en contra de que Claudia se formara profesionalmente, aceptó apoyarla en el comienzo de su carrera, este apoyo no solo recaía en la aceptación y apoyo económico, sino también en recomendarla, esto al ser reconocido en el ámbito de las leyes. Claudia recuerda que había muy pocas compañeras mujeres en la matrícula escolar, algunas de ellas desertaron al contraer matrimonio o por la presión que profesores y compañeros ejercían sobre ellas. En el caso de Claudia, ella contrajo matrimonio con otro estudiante durante su formación. Se dio de baja temporalmente, tiempo en el que dio a luz a sus dos hijas, esto no fue un obstáculo para retomar y culminar sus estudios. El apoyo de su madre fue crucial en este período, ya que ella cuidaba de las hijas de Claudia, a conciencia de que así apoyaba a su hija, quien era su motivo de orgullo, recuerda:

Desde que me casé, mi mamá me aconsejó que no dejara de lado los estudios, primero por todo el trabajo que me había costado convencer a mi papá, y segundo, porque decía que si yo dejaba la carrera y mi esposo la terminaba, siempre iba a tener esa espinita de haber comenzado juntos y que el reconocimiento final fuera solo para él.

Tras su regreso a las aulas, Claudia y su pareja se divorciaron. Esto ocasionó un gran rechazo del padre de Claudia hacia ella:

Cuando me divorcié, no era común hacerlo y lo sufrí muchísimo. Más allá que separarme de mi esposo con mis niñas muy pequeñitas, era el rechazo de mi padre

lo que más me dolía. Tuve que regresar a la casa paterna y seguir la escuela, siempre tuve la necesidad de buscar mi propia casa, pero en ese momento me era imposible económicamente. Ese divorcio me sigue pesando, porque como también es abogado mi ex esposo y llegamos a coincidir laboralmente, aunque llevamos más tiempo divorciados que casados, la gente me sigue asociando con él.

Claudia, tal como lo esperaba, logró posicionarse en un puesto importante dentro de una institución de impartición de justicia de su estado natal. En este puesto se desempeñó por alrededor de veinticinco años. Durante ese tiempo educó a sus hijas hasta que, después de haber concluido sus estudios universitarios, se mudaron de ciudad en busca de mejores oportunidades.

En el ámbito personal, Claudia me cuenta que durante ese tiempo tuvo la inquietud de rehacer su vida, pero que se daba cuenta que los pretendientes que la cortejaron por lo general buscaban beneficiarse a costa de ella, le solicitaban favores, préstamos, recomendaciones, a lo que ella accedió antes de caer en cuenta de la manipulación que ejercían hacia ella.

Yo quería creer en el amor, pero más de una vez me defraudaron. Es difícil para una mujer que trabaja que se le acerquen los hombres, no les gusta ver a una mujer independiente, reconocida y menos divorciada con hijas, como es mi caso, pero más que nada una de las cosas que identifiqué es que a los hombres les repele el hecho de que una tenga mejor puesto laboral que ellos, que gane más, que sea jefa. De eso me di cuenta en mi último intento, me llevaba muy bien con otro abogado casi de la misma edad que yo, él no tenía hijos; pero de plano una vez me dijo que lo mejor era que lo ayudara a que lo promovieran para que ya estando en el mismo nivel que yo, no fuera a pensar la gente que él era un mantenido.

Esta relación tuvo lugar antes de que Claudia cumpliera cincuenta años y da muestra de cómo parecía una afrenta a la masculinidad el hecho de que ella ocupara una mejor posición económica y laboral.

Con el afán de superar esa decepción amorosa, Claudia se abocó a “consentirse” comprándose ropa y accesorios nuevos, yendo al salón de belleza y comprándose discos

nuevos. Actualmente Claudia se reconoce como una mujer “guapa y elegante” a quien gusta verse bien para animarse a ella misma, “me despierto y le dedico una hora a mi arreglo personal, desde que me meto a bañar hasta que estoy lista para salir. Hay días en los que me exijo menos y salgo más casual, pero en días especiales puedo tardar más de dos horas. Con los años reconozco que le doy más importancia a la forma en la que me presento pero no por lo que piensen los otros sino por cómo me siento cómoda.

Para mantener el vínculo familiar con sus hijas que viven en la Ciudad de México y San Cristóbal de Las Casas, en cualquier oportunidad Claudia las visita por algunas semanas y luego retorna a Tlaxcala. Aunque podría parecer una dinámica exhaustiva, para Claudia es la forma en la que les demuestra a sus hijas y yernos que les valora como su “pequeña gran familia” y que “no hay obstáculos para el amor de madre”.

En estos viajes, principalmente en San Cristóbal, Claudia ha ido formando círculos de amistad significativos, a partir de los cuales se ha dado la oportunidad de tener citas con algunos hombres de su interés “más que nada en el plan de amistad, pero nunca se sabe”. Pese a que sus anteriores experiencias la decepcionaron, ello no impide su deseo por una relación agradable, “si conociera a alguien que me aprecie y me guste, no me negaría la oportunidad”.

Al tiempo de su retiro vivía sola con sus mascotas, dos perros, y necesitaba de ayuda para su cuidado y el mantenimiento de su casa. Optó por ofrecerle a una amiga suya, que se encontraba en una situación económica adversa, alojamiento y alimentación a cambio de ayuda y cuidado. Este acuerdo ha resultado exitoso pues menciona Claudia que “desde que estamos juntas estamos mejor, más acompañadas. La atención de mi amiga ha sido crucial en mi mejoramiento”, en este sentido se evidencia la relación entre la amistad y las redes de cuidado entre mujeres adultas mayores. Claudia abunda, “mi amiga y yo pasamos tiempo muy agradable juntas, más desde que no soy tan dependiente, a veces hasta hemos ido juntas de vacaciones, ella ya tiene trabajo y todo, pero estamos tan cómodas que al menos a mí no se me pasa por la mente que ella se tenga que ir”.

Claudia reivindica constantemente la amistad como una fuente inagotable de afecto y de los “grandes placeres” como la comunicación afectiva, los juegos y el acompañamiento. Es

interesante el paso de cuidadora a cuidada que siguió Claudia por las circunstancias cambiantes de la vida, del cuerpo y sus funciones, apoyada por alguien externa a su familia, lo que no suele ser común, pero al ser originaria de otro estado, como entre muchas personas que han llegado a vivir a San Cristóbal, los lazos de amistad solidaria que se tejen son muy fuertes.

Luisa “Yo no sabía qué era eso de provocar”

No siempre la sexualidad implica placer, puede evocar expresamente al dolor como en el caso de Luisa de quien omitiré detalles para resguardar su identidad, con motivo del tipo de información presentada. Luisa actualmente es una mujer de 60 años, económicamente activa que cuenta con un negocio propio y que desde hace algunos años forma parte de un grupo de personas adultas mayores.

Particularmente con ella la entrevista se desarrolló en varias sesiones, a partir de las cuales fue asentando su confianza para poder expresarse de ella misma, un tema poco usual en su vida que incluso la llevó a cuestionarme por qué sería significativa su experiencia personal, dudando a grado tal de tratar de llevarme con otras personas a quienes sí consideraba “interesantes”. Posteriormente comprendí que esta actitud se debía a la baja estima que se tenía a raíz de violencia sistemática que había recibido a lo largo de su vida.

Luisa narra que fue la única hija de un matrimonio “acomodado económicamente”, recuerda su primera infancia como una época feliz de su vida, llena de juegos y amigos. Lo que contrasta drásticamente con el abuso sexual de su padre, que logró reconocer años más tarde cuando acudió a un curso de psicología, inicialmente para saber por qué tenía un sentimiento de culpa cuando quería mantener relaciones sexuales durante su época universitaria. Este episodio había sido suprimido de su memoria y fue a partir de este curso que pudo identificar ese momento determinante en su vida:

 Mi madre parecía saber lo que pasaba, pero no me defendía, al contrario, recuerdo cómo me jaloneaba y no me dejaba acercarme a mi papá, aunque no para cuidarme. Ya cuando me empezaron a salir los pechos me decía que me tapara bien, que no anduviera provocando. Yo no sabía qué era eso de provocar, pero me lo decía con

tanto enojo que yo me ponía la ropa más holgada posible y desde entonces como que me encorvo para que no se me vea mucho (el pecho).

Además de esta modificación corporal que incidió en su postura, Luisa también metía la pelvis para evitar que se le notaran el trasero. Frases como “Párate como una muchacha decente, no como una puta” y “deja de sentirte la más bonita” fueron expresadas hacia Luisa por su madre y marcaron una distancia emocional en la que nunca se tocó el tema del abuso de su padre. Luisa se hizo cargo del cuidado de sus padres hasta el deceso de ambos:

Yo era la única hija, siempre supe que me tocaba cuidarlos, era difícil porque siempre me reprochaban la forma en la que hacía las cosas, cómo barría, lo mal que les cocinaba, lo tardada que era en ir por el mandado, todo me lo reprochaban. Pero ya están en paz y yo también, le agradezco a Dios haberme dado la paciencia y los recursos para apoyar a mis padres en ese momento.

Luisa concluyó sus estudios universitarios y tuvo un empleo en el que se desarrolló hasta contraer matrimonio con uno de sus compañeros. Dentro de este matrimonio nació su única hija. Cuando su hija tuvo la misma edad en la que ella fue abusada, comenzó a tener un sentimiento de inseguridad respecto a su esposo, “a veces pensé exagerar y que sentía temor por mi hija, solo por mi experiencia pasada, pensaba que mis sospechas estaban infundadas, pero no fue así. Nunca me separaba de mi hija, pero un día se la dejé a su papá para espiar cómo la trataba, cuando abrí antes de lo que él esperaba, lo descubrí tocándola inapropiadamente, ese día le pegué y me fui”.

La separación fue inmediata, así como la búsqueda de apoyo y acompañamiento psicológico para su hija y para ella. El tema del abuso era imposible de abordar abiertamente con su propia familia y mucho menos con sus amistades, así que lo ha mantenido oculto.

En una época de dificultades económicas severas, Luisa conoció a su segundo esposo, con quien ha tenido una “buena relación” y no ha estado obligada a tener relaciones sexuales, pues no son de su interés. El acercamiento sexual ha sido esporádico, este tipo de contacto no es habitual en su dinámica matrimonial, ya que su relación actual tiene como base su funcionalidad como esposa y principalmente como ama de casa. Siente que su esposo “la

protege económicamente”. Poco tiempo después de contraer este nuevo compromiso, la hija de Luisa se independizó, lo que la ha mantenido, “sin el temor de que su nueva pareja abuse de ella”. Aunque pareciera contradictoria la percepción de seguridad económica con la sensación de peligro para su hija que le inspira su actual esposo, la realidad es que expresa la vulnerabilidad económica y la física, incluso en la casa que debería de ser un espacio seguro.

Ya con su hija a salvo fuera de casa y comodidad que le da un negocio propio, Luisa define su experiencia de envejecimiento como positiva, en la que se ha ido “quitando las ataduras de la tristeza”, principalmente porque ha fortalecido sus redes sociales y afectivas en el grupo de personas mayores al que acude.

Nidia “no vinculo al sexo con el placer”

Particularmente Nidia fue una de las más entusiastas por realizar la entrevista, pero también paradójicamente la que se expresó con menos soltura. Ella nació en la Ciudad de México, hija única en una familia con una situación económica regularmente buena. Tuvo la ventaja, en comparación con otras mujeres de su generación de ir a la universidad, en donde estudio contaduría. Se considera reservada desde su juventud y con dificultades para entablar relaciones personales fuera del ámbito laboral, aunque desde mi perspectiva es bastante sociable.

Cuenta que la timidez la caracterizaba, pero esta no era un impedimento en el ámbito laboral al que ingresó luego de concluir su carrera universitaria. Se trataba de un trabajo de oficina, ella recuerda: “me dieron oportunidad de trabajar en un despacho contable y me sentía muy a gusto porque era más trabajo de escritorio, la mayor parte de mi cheque se lo daba a mi mamá”, siempre comprometida con su familia, colaboraba económicamente en casa lo que le brindaba satisfacción.

A diferencia de las expectativas de matrimonio de su generación que, según ella, rondaban los veinte años, Nidia contrajo matrimonio cerca de los treinta años y tuvo dos hijos. A pesar de no estar convencida de casarse, lo hizo para apaciguar la presión que sus padres ejercían sobre ella, ya que “tenían miedo de que se quedara a vestir santos”.

Nidia califica a su matrimonio como desprovisto de afectividad. Se trataba de una relación práctica, de la que ella expresa: “Me aguanté, no quería ser más señalada de lo que ya era, así que también tuve seguiditos a mis hijos”. La obligatoriedad del matrimonio también influía en su autopercepción, a grado tal que prefirió llevarlo a cabo para evitar la incomodidad producida por las personas de su entorno, particularmente ante su situación de ser una madre añosa para la época.

Al saber que su pareja mantenía una relación extramarital, ella exigió el divorcio ya entrada en los cincuenta años, desde ese momento se ha mantenido sin relaciones sexo afectivas.

Nidia, expresa que no tiene mayor curiosidad por mantener contacto sexual de nueva cuenta, piensa que su personalidad simplemente “no vincula al sexo con el placer”; sus deseos sobrepasan el plano de lo corporal y se evocan a la ayuda a otros seres, en su caso a los animales. Es una mujer que se considera espiritual y participa en meditaciones colectivas y también las realiza a modo íntimo.

Bruno “Si me pinto el pelo, me lo voy a pintar de verde”

Bruno es una persona activa que después de jubilarse emprendió actividades en exteriores como senderismo, y deportes extremos, incluso es instructor de kayak en ríos rápidos. La satisfacción que le da la realización de estas actividades para él es muy valiosa, sin embargo, constantemente se encuentra defendiéndose de los ataques que recibe de parientes y amigos, entre ellos persiste la recriminación por la aparente incompatibilidad entre estas actividades y su edad.

Cuando he platicado con algunos amigos de lo que me gusta hacer, en vez de compartir mi emoción, me dicen que estoy loco, que mejor debería estar en una hamaca o viendo televisión, como que ese es el estereotipo de viejo que te ponen.

Bruno es un hombre que conocí al poco tiempo que se jubiló y que llegó a vivir a San Cristóbal desde la Ciudad de México. En ese momento él estaba en busca de amistades y de actividades en la ciudad, se mostraba atento, amigable y participativo; al inicio creí que su interés tenía como objetivo hacer el primer contacto con las personas en su nueva ciudad, pero con el paso de los años en que lo conozco –porque también entablamos una amistad

desde 2016–, me he dado cuenta que se trata de un rasgo de su personalidad. Bruno es un hombre alto de cabello cano que opta por una presentación despreocupada, es decir, con el cabello y la barba crecidas, que en sus propias palabras “no es nada más por fachoso, sino por apoyar al planeta”, ya que se ha propuesto disminuir el uso de afeitadoras y lociones. Usa ropa cómoda “nada lujosa, pero limpia”, que se adapta a sus nuevas actividades y estilo de vida. Según Bruno, el aspecto que guarda actualmente dista de aquel al que se apegó por más de cuarenta años que iba acorde a sus actividades de oficina, donde “tenía la obligación de siempre estar afeitado, planchado y bien lustrado”.

Bruno accedió complacido a participar en esta investigación y propuso espacios públicos para la realización de las entrevistas. La serie de entrevistas era fructífera, pero se vio afectada por un malentendido, ya que una conocida suya que nos vio en la cafetería a la que acudíamos, malinterpretó nuestra reunión y generó una situación de recelo entre Bruno y su esposa. Esta situación no fue motivo para acabar con las entrevistas, pero a raíz de esta percibí que Bruno estaba con desconfianza dentro del local, no fuimos a otro lugar por su decisión.

Bruno estudió ingeniería, en su época universitaria vivió en el Estado de México, ahí tuvo su primer trabajo y conoció a su esposa. Esta pareja se trasladó a Tuxtla por unos años, al atender una oferta laboral para él. Al terminar su estancia, Bruno y su esposa regresan al estado de México, en donde su suegro le había conseguido empleo en la misma empresa paraestatal en la que él trabajaba. Por lo que en el ámbito laboral, Bruno se enfrentó a constantes descalificaciones por “ser el yerno de”, razón por la cual se tuvo que esforzar de sobremanera para destacar y ser reconocido por su propio mérito.

Las experiencias de “otros viejos” formaron parte sustancial de las conversaciones con Bruno, todas ellas las retoma de sus relaciones inmediatas de familiares y algunas de sus amistades. Entre las que resalta la de sus suegros, entre quienes Bruno diferencia según su nivel de cercanía, de admiración y de empatía que están marcados por sus valoraciones de género y edad.

“Mi suegro es un tipo excepcional, tiene muchas cualidades, una habilidad para percibir como tratar a la otra persona, por ejemplo había veces que yo mismo me sentía mal, esas veces que te sientes mal sin saber por qué y él siempre encontraba una forma de atenderme y

escucharme”. Como también convivían en el ámbito laboral, Bruno comenta que siempre sintió su respaldo, pero no su condescendencia.

La “vejez plena” que Bruno le atribuye a su suegro, la asocia con una actitud activa luego de la jubilación, pese a lo que Bruno considera un tránsito abrupto “de ser un personaje de indiscutible autoridad en el trabajo a dejar de tener ese poder”; por lo que Bruno considera como un determinante positivo el acercamiento que él y su esposa tuvieron con su suegro en el que lo incentivaron a realizar viajes y actividades al aire libre.

Bruno menciona que el trabajo de su suegro le permitió que sus hijas viajaran por todo el mundo, aunque él nunca lo hizo, y considera que en eso “también se parecen”. Su suegro fue quien apoyó al matrimonio económicamente para que pudieran tener bienes raíces, a título de préstamos que fueron “pagando con intereses”.

A diferencia del sentido de valoración y gratitud respecto a su suegro, Bruno reconoce que nunca hubo diálogo y comunicación entre él y su suegra, su interacción se limitaba a que ella “siempre le hacía de comer lo que a él le gustaba”. Afirma que él fue testigo de cómo su suegro “se hizo cargo de todo lo que había que hacer afuera”, y de que su suegra se concentraba en las labores domésticas. Bruno considera que el hecho de que “la mujer tenga alguna actividad afuera enriquece muchísimo las relaciones”. Al tiempo que contrapone la agilidad mental de su suegro con “el mundo chiquito de su suegra”.

Mientras que la vejez de sus padres la vivió a la distancia, ya que interactuaba con ellos exclusivamente en vacaciones o días festivos. Bruno resalta los cuestionamientos sobre las decisiones de sus padres, más allá de comparaciones o de que fuesen ejemplos de vejez, como es el caso de su suegro.

La mamá de Bruno tuvo una hemiplejía durante sus últimos diez años por lo que estuvo en silla de ruedas. Ante esta situación su padre mantenía relaciones sexuales con prostitutas, hasta que estableció una relación amorosa con una enfermera que llevó a vivir a la misma casa en la que estaba su esposa. Esa mujer, décadas más joven que su padre, se hizo cargo del cuidado de la madre de Bruno. Él supone que su mamá aceptó la situación por amor a su esposo, aunque “no debió de ser fácil” y no duda que le causara sufrimiento.

Bruno en algún momento reclamó a su padre, aunque asume que la joven enfermera fue quien “vio por los dos viejitos, cosa que no hizo ninguno de sus hermanos, ni su esposa, ni él – porque estaba trabajando–”. Algo que reflexionó y lo llevó a dejar de juzgar a su padre fue que “pedirle a tu pareja que sacrifique su vejez sexualmente satisfactoria, es mucho”. Bruno desconoce si su madre renunció por completo a las relaciones sexo afectivas porque no tiene indicios de su grado de sensibilidad corporal, además que “en esa época no se valoraba la satisfacción sexual de la mujer, sino que la mujer le diera satisfacción al hombre”. Considera que esta percepción ha cambiado, y que con mayor frecuencia hay mujeres mayores de sesenta años que se relacionan con hombres jóvenes.

Bruno enmarca entre sus cualidades aceptar su propia edad y con ella vivir su vida. Él se niega a aparentar ser joven a través de prácticas de embellecimiento como pintarse el cabello a diferencia de sus hermanos que lo hacen por presión social, y contrasta “si me lo pinto me lo voy a pintar de verde, no me lo pondría al tono de cuando tenía veinte años”, o de imitación como “quienes se juntan con una pareja más joven solo para demostrar ‘soy joven y atractivo todavía’, o si tienen hijos ‘véanme tengo vigor sexual’”.

Bruno considera que la soledad de las personas envejecidas en buena medida es producto del auto encierro en la vejez luego de la jubilación o la viudez.

En su recuento de infancia Bruno presume que ésta fue “muy favorable” tanto por el entorno de naturaleza en el que creció en Chiapa de Corzo, como por la actitud de sus padres quienes valoraban “hacer las cosas por uno mismo” y el hábito de la lectura.

Entonces eso me permitió como evaluar las cosas y no seguir los caminos convencionales, de alguna manera si los seguí pues me casé, hice una carrera, todo, pero en otro sentido no, fui muy crítico a todo, también acabando mi carrera, me metí a estudiar filosofía y eso me abrió otro panorama, no más cursé un año y medio, pero eso me abrió un mundo de posibilidades, pero seguí leyendo y todo.

Ante las exigencias sociales que “te dicen, tú debes ser siempre ágil, siempre joven” Bruno opta por “cuidar de su cuerpo, quererlo y disfrutarlo” a su vez, defiende su completud, al estar en desacuerdo con la oposición mente-cuerpo que se plantea en las religiones, por lo que dista de ellas.

Mientras, la relación con sus otros dos hijos es amena, y de apoyo mutuo, porque “son adultos responsables, nos comunicamos y estamos al pendiente uno del otro” y lo apoyan a que siga practicando deportes extremos, “aunque a ellos no les llame la atención”.

Sobre las relaciones extramaritales Bruno está en contra de que solo una de las personas de la pareja pueda disfrutar de su sexualidad con otra; esto es consecuente dentro de su relación matrimonial. Él afirma que de común acuerdo, su esposa y él, han realizado intercambios de pareja, pero solamente él concretó la situación, a diferencia de su esposa que no pudo continuar. Es interesante que Bruno llevó su participación en el intercambio de parejas a otras dimensiones al entablar una relación frecuente y cercana con los hijos de su pareja ocasional.

Deberías de darle la libertad a tu persona. Yo pienso que así debería de ser (abierto pero con consciencia), con la pareja base, pero con libertad, sin mayor compromiso, cuidándose, yo no lo veo tan grave, lo que si veo, que una relación ya íntima, implica una relación más completa en el hombre y la mujer, y eso a su vez establece un vínculo, una relación más íntima, como que quedan unidos de alguna forma.

El que Bruno reconozca que ha mantenido relaciones extramatrimoniales e intereses sexuales y afectivos de los que no ha hecho conocida a su esposa, sumado a que considere que la libertad de experimentación sexual se le brinda a la pareja, contrastan con su afirmación respecto a que “la sociedad debe ser más abierta en ese sentido más tolerante”.

Juan “Un cuarto propio saturado de libros y ron sería un buen colofón”

Juan es un hombre que ronda los 68 años, a él lo conocí desde 2017 en el ámbito cultural *underground* de San Cristóbal. Es un escritor que se avoca principalmente a la poesía, pero no deja de lado la narrativa y el cuento. En su círculo de interacción se encuentran escritoras y escritores, pintores, grabadores y músicos, la mayoría con producción independiente y autogestiva. En conjunto con un joven poeta tabasqueño ha organizado lecturas en espacios culturales independientes de la ciudad que convocan tanto a artistas incipientes como a algunos de mayor trayectoria; así como algunas intervenciones poéticas en el espacio público, por ejemplo en las escaleras de San Cristobalito, el parque de la Merced y en el basurero municipal mejor conocido como “Tívoli”.

Juan es originario del estado de Hidalgo y proviene de una familia que producía pulque. La violencia doméstica llevó a la familia, comandada por la madre, a mudarse a una colonia obrera muy conocida del norte de la Ciudad de México. Ahora tiene más de treinta años viviendo en Chiapas.

En su bachillerato, la figura de los porros llamaba fuertemente su atención, estos se convirtieron en una fuente de admiración basada en ideales masculinos como la fuerza y la bravura, pero nunca logró formar parte de un grupo porril. Actualmente contrasta su cuerpo de juventud con el de ahora, con dicotomías tales como musculoso-flaco, saludable-enfermo crónico, a la vez que enfatiza que nunca ha sido guapo.

Por influencia de sus hermanos, Juan ha sido un ávido lector desde la infancia, fueron ellos quienes lo acercaron a la literatura, la filosofía y los tratados políticos, con una convicción socialista, misma que lo llevó a querer formarse en las universidades de la URSS; sin embargo, no contaba con el respaldo necesario para postularse formalmente.

Optó por la carrera de odontología en la universidad nacional, ya que se trataba de una carrera que era una buena opción al tener un campo laboral definido y cuya demanda iba en aumento, aunque para Juan las humanidades han sido su auténtica vocación. Para mantener ese vínculo, no dejó de leer a los clásicos de la filosofía y la literatura; lo que en ocasiones causaba el extrañamiento de sus compañeros universitarios.

Al egresar de la universidad, ejerció como odontólogo del INI (Instituto Nacional Indigenista), primero en comunidades huaves de Oaxaca y después en Chiapas, en la región de la Frailesca. Durante su servicio en esta última región conoció a su esposa, una enfermera con la que compartía trabajo, unos años más joven que él, con quien contrajo matrimonio y tuvo dos hijos.

Al casarse fijó su domicilio en Chiapas, lugar de origen de su esposa, sin dejar de frecuentar la Ciudad de México e Hidalgo, por motivos familiares y para proveerse de los materiales odontológicos necesarios para su consultorio privado. Tuvo una vida apacible en ese poblado, padre de familia profesionalista, aunque nunca se sintió realmente a gusto con las dinámicas de la comunidad.

En especial, mi interacción con Juan está inscrita en un grupo de poesía que se ha reunido desde 2017, primero de manera esporádica, y después en la formación de un colectivo poético. Este colectivo de constante producción literaria ha realizado eventos culturales, lecturas de poesía, publicación de fanzines y la creación de un blog. En el colectivo se ha consolidado una sólida amistad entre los integrantes que ha traspasado el vínculo literario inicial.

Aunque no se trate de una situación continúa, Juan suele hacer referencias sobre el contraste generacional respecto a los demás miembros del grupo. Se reconoce como “un hombre viejo interesado en aprender y apreciar la literatura de la calle”, particularmente la de los jóvenes.

En nuestras conversaciones, alguna referencia al envejecimiento nunca falta. En el caso de Juan hay una expresión constante de su aceptación al deterioro de su cuerpo que se acompaña del ímpetu por disfrutar actividades culturales y de esparcimiento con personas más jóvenes que él. Este esparcimiento está acompañado del consumo de alcohol y tabaco, Juan asume su consumo con actitud crítica.

La sombra de la muerte y del suicidio de personas cercanas alrededor de Juan ha estado presente desde hace tiempo y tienen efecto en él, principalmente en la melancolía que suele caracterizar buena parte de su obra. Ve el placer por encima de la salud que podría tener en este momento.

Para Juan el reconocimiento de su propio envejecimiento:

Fue algo progresivo. Cuando te sale la primera cana la arrancas y piensas que solo es un accidente, después empiezas a sentir la disminución física y puedes sobrellevar esto hasta con cierto candor. Pero es el medio externo el que termina por definirte. Ya eres de repente el ‘tío’, el ‘mai’ y se te empieza a tratar con una deferencia un tanto humillante. Y así vas aceptando tu nueva condición de ‘viejo’, lo que te obliga a replantear tus percepciones.

El hecho de pasar la mitad de la semana en San Cristóbal no ha sido una condicionante de su trabajo, sino una elección que logró después de muchos años. “Aquí es en donde en verdad soy yo” suele repetir. No tuve la oportunidad de conocer de cerca su dinámica en la localidad en la que habita el resto de la semana, en donde es reconocida su figura de odontólogo en su

entorno comunitario y familiar, en la que su matrimonio entrelaza lo afectivo con lo laboral; pero sí la de saber que entre sus anhelos se encuentra “el equilibrio de entre su familia y proseguir con sus aficiones literarias hasta donde sea posible. Un cuarto propio saturado de libros y ron sería un buen colofón”.

Reflexiones finales

A lo largo de la investigación tuve la oportunidad de construir itinerarios corporales de mujeres y hombres en constante tensión con las representaciones sociales de la vejez. Lo anterior me lleva a expresar que esta investigación, en su carácter cualitativo, da cuenta de una serie de experiencias de envejecer situadas en San Cristóbal de Las Casas y en particular en la casa de día *Club de Oro* y en la *Clase de la edad de oro*. En estos espacios pueden distinguirse la lógica de las instituciones públicas hacia la vejez, la lógica de la historia de la ciudad, sus barrios y de colectivos comunitarios, y en particular la subjetividad de quienes envejecen.

Las mujeres dominan dichos espacios, uno de ello, porque es una construcción institucional forjada a partir de una noción de vejez que la infantiliza y feminiza; el otro porque fue una actividad gestionada por un grupo de mujeres. Debido a que la presencia de hombres es excepcional tuve poco acercamiento a ellos, por lo que considero que una tarea pendiente es ubicar cuáles son los espacios de socialización con presencia masculina en la ciudad.

Me acerqué al cuerpo a partir de dos escalas principales: la del control biopolítico de la corporalidad, en este caso con énfasis en las disposiciones institucionales dirigidas a las personas mayores a través del concepto de *gerontogubernamentalidad* de Moya (2013) concretamente en el *Club de oro* y la *Clase de la edad de oro*; la segunda, presentando la relevancia biográfica del cuerpo a partir de itinerarios corporales (Esteban, 2004) de personas que forman parte de estos espacios. Para contrastar con ellos presenté itinerarios muy distintos, de personas cuyas experiencias de vida y la perspectiva que construyeron no comparten nociones e intereses con quienes van a la casa de día.

Me parece que es necesario explicitar los alcances que tuvo esta aproximación respecto a estas dos escalas.

Sobre la escala del control político de la corporalidad, contenida en el capítulo II, me concentré en prácticas y relaciones de quienes acuden al *Club de oro*. Quienes allí se congregan comparten o aceptan presupuestos de la vejez contruidos de cierta manera por las políticas públicas que generaron el programa rector de las casas de día. Aceptan los horarios, las actividades diseñadas, las pláticas y muchos agradecen lo que se les ofrece. No obstante,

hay también algunos cuestionamientos a las autoridades municipales, interesadas en usar a los asistentes con fines proselitistas o para repartir favores a allegados (por ejemplo al desconocer la votación interna para elegir al rey del Club).

La casa de día abre espacios para generar relaciones placenteras en las que cabe el apoyo mutuo, tanto económico como emocional, entre quienes asisten. No quiere decir que las relaciones sean siempre armónicas o igualitarias, especialmente observé diferencias económicas, de gremio (destacan especialmente las profesoras de primaria) y de barrio de procedencia. Con todo, estas relaciones ayudan a fortalecer proyectos propios, intereses y deseos para el futuro.

En cuando a la *Clase de la edad de oro*, si bien surgió de un ejercicio autogestivo, al insertarse en el gimnasio privado perdió independencia por las restricciones que la lógica de un negocio de este tipo impone: cuotas, horarios, intensidad del ejercicio y arreglo del cuerpo. Recordemos que el grupo perdió muchos de sus integrantes en la medida que las cuotas preferenciales se perdían y en la que aumentó la intensidad del ejercicio cuando se abrió la clase a participantes jóvenes. Sin embargo, con el paso del tiempo se han fortalecido las relaciones entre las mujeres mayores que pudieron seguir asistiendo. La solidaridad y el acompañamiento entre sus integrantes es el pilar que sostiene al grupo, más allá de su interés por cultivar el cuerpo.

Me gustaría aclarar respecto a los itinerarios presentados en el capítulo III que la gerontología feminista, perspectiva teórica y metodológica que adopté, da valor a una historia de vida narrada por quien la vivió para recoger sus perspectivas. Si bien son itinerarios “abiertos, porosos e inacabados” (Esteban, 2004, p. 17), organizados y expuestos por mí como autora, estos itinerarios permiten identificar particularidades dadas por condiciones de socialización y diferencias de género, situaciones económicas y culturales, espacios gestados a lo largo de la vida. Las formas de envejecer solo pueden entenderse contextualizándolas dentro de estos itinerarios corporales individuales, que son también sociales.

Dentro de estas trayectorias vitales pueden entenderse las formas diversas en las que las asimetrías de género se expresan, cómo se vive la sexualidad y los significados de las experiencias y relaciones afectivas. Además, surgieron elementos para considerar los placeres, deseos y proyectos de los viejos con cambios y continuidades. Todos estos

elementos quedan expuestos en los itinerarios corporales. Estos ayudan a considerar las diferentes motivaciones y condiciones de personas mayores que contrarrestan las generalizaciones.

En este capítulo agrupó en un apartado los itinerarios de las personas que acuden al *Club de oro* y a la *Clase de la edad de oro*, en su mayoría son oriundas de la ciudad o de localidades cercanas. Aunque, como dije, pude acercarme a un solo varón esta entrevista proporcionó algunas pistas para contrastar valoraciones género y considerar las asimetrías. Investigaciones futuras tendrán que ocuparse más de los hombres.

Roles y valores feminizados. Entre los valores y roles atribuidos socialmente a las mujeres podemos ubicar el valor de la virginidad, del matrimonio, la fidelidad y la maternidad, el rol de cuidadora de hijos, esposos y parientes, o de las personas mayores de la familia. Las mujeres del *Club de Oro* fueron socializadas en esa cultura de género. Es particularmente notorio en los itinerarios de Aura y Catalina, que se subordinaron por completo a su esposo. El otro lado de la moneda, la sobrevaloración de la virilidad, es visible en sus itinerarios igual que en la visión y los recuerdos expuestos en el itinerario de Gabriel.

Aunque esas dos mujeres comparten ciertos preceptos como el de la importancia del matrimonio y la fidelidad, su ubicación socio-económica y sus características fenotípicas ponen gran distancia entre ellas. La historia de San Cristóbal coloca a La Merced, barrio donde vive Catalina, socialmente muy por encima de La Garita, donde habita la familia de Aura, jerarquías que se viven con mucha naturalidad en el *Club de Oro*.

La manera en la que las mujeres experimentan la muerte de la pareja y viven su viudez puede ser muy distinta. Así por ejemplo, mientras Aura evoca con el dolor y resignación católica a su esposo fallecido, para Catalina la viudez le abrió un campo de posibilidades de acción y de afectos que durante su matrimonio le fueron limitados, casi negados. Después de acatar por más de cinco décadas las expectativas socialmente construidas para las mujeres casadas en su barrio y dedicarse a las labores domésticas, al cuidado de sus hijos y a atender a su marido, Catalina disfruta ahora mucho su libertad.

Gabriel, por su parte, se casó con una joven más de 20 años menor que él. Esta diferencia es percibida por él como uno de los principios para asegurar la virginidad y la docilidad de su mujer, valores aceptados en un pueblo de Chiapas donde nació y se socializó. Mientras valora

la inexperiencia sexual de las mujeres para el matrimonio, él como hombre, debió recurrir a trabajadoras sexuales para asegurar el desarrollo de su sexualidad y la satisfacción de sus deseos normales. Actualmente mantiene sus privilegios, aunque tiene “consideración” por “su” mujer en razón de sus problemas de salud: no le exige que lave y planche diariamente su ropa.

El ser maestras contribuyó de manera significativa en la independencia económica de las mujeres y en su participación social. Ellas son de las pocas personas que en Chiapas gozan de una jubilación suficiente para vivir con cierta comodidad. Sin embargo, las condiciones que impone el matrimonio a algunas mujeres las ha hecho abandonar su profesión. Bertha y Yolanda se vieron obligadas a dejar su carrera magisterial, razón por la cual su situación económica es precaria. La exigencia de asumir la maternidad y las labores domésticas como una actividad de tiempo completo ha tenido una gran repercusión en su vejez. Igual que muchas otras mujeres no cuentan con ingresos que les permitan afrontar sus necesidades cotidianas.

He incluido itinerarios de personas que migraron a San Cristóbal entre la década de los ochenta y los noventa del siglo pasado. Fueron hombres y mujeres que se socializaron en otras entidades del país y entablaron en esta ciudad relaciones muy diferentes a las que tienen quienes van al Club de Oro. Estas otras experiencias de vejez dan cuenta de algunos cambios habidos en la ciudad en la segunda mitad del siglo XX, más aún después del alzamiento zapatista.

La movilidad de estas personas hacia San Cristóbal de Las Casas ha tenido diversas motivaciones, como la de tener un negocio (en los casos de Mónica, Luisa y Juan), ser un destino para el retiro (en el caso de Bruno y Nidia), o el ser residencia temporal (en el caso de Claudia). En todos estos casos las relaciones que entablan en la ciudad han tendido a ser intergeneracionales, lo que sumado a sus valoraciones respecto a envejecer y a su autopercepción hace que no se sientan interesados por espacios como la casa de día y la clase de oro. Fue precisamente con estas personas con quienes pude abordar con mayor facilidad el tema de la sexualidad y las que expresaron de manera más explícitas sus experiencias.

En el itinerario de Mónica, a diferencia de las mujeres presentadas con anterioridad, se expresa un concepto mujer que no se centra en el matrimonio y la maternidad. En la

actualidad, considera a la amistad como una de sus mayores fuentes de placer. Al igual que Claudia, cuyo testimonio además da cuenta de las restricciones sociales que había en su época para la formación universitaria de las mujeres, de las tensiones que representa para los varones que las mujeres tengan una mejor posición económica y de poder que ellos, y la consecuencia de esto dentro de la vida afectiva de ella.

El itinerario de Luisa, mujer que padeció abuso sexual, nos permite reconocer que la violencia hacia las mujeres, incluida a violencia sexual puede tener lugar en cualquier contexto social y las consecuencias tan serias que la violencia tiene en toda la vida hasta la vejez. En cuanto a Nidia la violencia se vivió con la infidelidad de su pareja.

Para el caso de Bruno, es pertinente recordar la construcción de la sexualidad a la que refiere Jeffrey Weeks cuyo enfoque permite comprender los cambios en el ejercicio de la sexualidad, insertos en las transiciones personales y socio culturales; ya que su itinerario da cuenta de cómo sus valoraciones y experiencias respecto a la sexualidad, específicamente en la vejez, se han modificado a medida que envejece.

El itinerario de Juan se enfoca en la búsqueda del placer y de la creatividad para enfrentar el envejecimiento.

Existen también cuestiones que comparten los itinerarios de las personas que entrevisté, independientemente de si son oriundos de San Cristóbal o de la región circundante o no. Son entrecruces permiten ubicar en experiencias individuales la conjunción de género y envejecimiento, condición económica, así como la dimensión del cambio en su posición social de manera más general.

La experiencia en la investigación me hizo reflexionar en las limitaciones de mi noción de sexualidad, que inicialmente solo buscaba mostrar que la sexualidad no desaparece a causa de aspectos biológicos del envejecimiento. Aunque algunos itinerarios descubren la existencia de relaciones sexuales en la vejez (Yolanda), me encontré con otros elementos.

Solo Mónica habló más libremente sobre la interacción sexual en su vida y el gozo de y con su cuerpo. No obstante, tres mujeres expresaron sus deseos de tener una relación afectiva para expresar su sexualidad (Catalina, Bertha, Claudia) y Bertha quien usa su imaginación como fuente de satisfacción. Otras no mostraron interés alguno en una nueva relación de

pareja (Nidia, Aura) y una, que sufrió violencia por parte de su padre y luego su pareja, activamente la rechaza (Luisa).

El divorcio resultó ser el estado civil de más de la mitad de las entrevistadas (Mónica, Yolanda, Nidia, Luisa, Claudia), en contra de las expectativas que yo misma había tenido, pues pensaba que la mayoría de las mujeres mayores estarían casadas. Sin embargo, es de destacar que en mayor número quienes se divorciaron son migrantes.

Aunque la decisión de divorciarse fue en todos los casos iniciativa de las mujeres, el motivo principal fue la violencia y la infidelidad de su pareja. Ellas viven sin arrepentimiento la decisión que tomaron; sin embargo, esta tuvo repercusiones en sus relaciones familiares y laborales. Luisa después de su divorcio fue rechazada por su familia. Ella ocultó la razón: un intento de abuso sexual a su hija. A Mónica su esposo le quitó la custodia de su hijo. Claudia era constantemente vinculada a su ex esposo por compartir ámbito laboral y Yolanda quedó económicamente desprotegida, pues antes del divorcio había cedido a su esposo su plaza en una escuela.

El deseo. Recordemos la consideración inicial del deseo como un elemento de agencia que se refiere una serie de aspiraciones y anhelos, así como a la toma de decisiones para alcanzar determinado fin. En este caso resulta necesario reafirmar la presencia del deseo que se encuentra en la mayoría de las entrevistas y que expresan orgullo por sus logros corporales, deseos de vivir y gozar sus vínculos sociales, particularmente la amistad.

Las percepciones de deseo y placer y la manera de vivirlas están relacionados con el contexto social y cultural de cada persona, sin embargo, todos los casos muestran la carga de las diferencias entre los géneros. El deseo y el placer están siempre presentes en las personas independientemente de su edad y la condición física, dos de los ejemplos más concretos son los casos de Yolanda y Mónica quienes, pese a tener fuertes dificultades físicas, después de la menopausia tuvieron relaciones afectivas que les fueron sumamente satisfactorias. Es decir, que estas experiencias son una muestra de que la actividad sexual no necesariamente acaba en la vejez, además de que otros muchos expresaron sus deseos y fantasías corporales.

El placer no sexualizado. Este acercamiento me permitió ubicar otras fuentes de placer más allá de lo sexual y mostrar el placer en otros ámbitos de la cotidianidad como el desarrollo artístico (Bertha y Gabriel), intelectual (Juan y Mónica), físico (Bruno y Mónica), etc.

Encontré en las entrevistas la relevancia que otras fuentes de placer, tales como las expectativas de sí (Luisa y Nidia) y las relaciones de amistad (Mónica y Claudia).

También encontré, por ejemplo, la resignificación del placer sexual en Gabriel, quien tras la pérdida de su virilidad y la disminución de disposición de su esposa, a través de “acurrucos”, miradas, besos, caricias suaves y el entrelace de las manos define sus actuales experiencias placenteras.

El dolor y la resignación. No pude haber entablado este acercamiento sin reconocer el papel que la violencia y el dolor tienen en las experiencias de vejez, éstos elementos no solo se evocaron en lo físico –evidente en Mónica, Yolanda, Nidia y Claudia–, también se encarnaron a través del dolor emocional en Aura, por el luto de largo tiempo, o en Juan que sufre el desasosiego que le provoca la vejez estereotipada.

Roles masculinizados. Los tres varones entrevistados están casados. Los tres realizan más actividades fuera del ámbito doméstico y laboral que sus parejas. Las actividades de ocio y esparcimiento que tiene cada uno son distintas en función de su ubicación social, económica y educativa. Tiene intereses, motivaciones y habilidades personales muy distintas. Dos de ellos, Juan y Bruno, en parte, continúan con su rol masculino como proveedores de la familia; en ambos se percibe su distancia emocional, más explícita en la historia de Bruno pero también en la paulatina disolución familiar percibida por Juan.

Estas tres experiencias de envejecer dan muestra de situaciones económicas muy diferenciadas asociadas a las historias familiares y actividades laborales de cada uno. En la actualidad ha repercutido en los recursos materiales que tienen disponibles, en su nivel y estilo de vida. Hay una amplia distancia entre la libertad que la jubilación permite a Bruno, la necesidad de permanecer económicamente activo de Juan y la dependencia económica, vulnerabilidad y dependencia de Gabriel.

La aceptación del envejecer también es distinta en ellos y me atrevería a decir que se relaciona con sus historias de vida. Gabriel acepta el debilitamiento y deterioro de su cuerpo, pero se mantiene activo y disfruta de interacciones sociales en el Club de Oro y el coro. Mientras tanto Bruno retoma actividades propias de su juventud con la conciencia plena de su vejez y opta por reivindicarla, imaginado incluso la posibilidad de pintar su cabello cano de color verde. Juan, con melancolía y desilusión, está consciente de que su vejez le causa

incomodidad y trata de revertirla procurando relacionarse con gente joven a quien aprecia y de quien recibe aprecio.

La masculinidad reproduce ciertos discursos y prácticas que proyectan la sobrevaloración masculina. Es evidente, por ejemplo, cuando Bruno asegura que es ridículo, por su insignificancia, el interés de su suegra de cocinar para toda la familia, al igual que sostiene que su esposa no ha comprendido cuáles son las cosas importantes de la vida y que por ello realiza las actividades domésticas, en realidad innecesarias o sin importancia. No reconoce su falta de colaboración en el mantenimiento del hogar.

Situación económica. La necesidad económica de las personas adultas mayores es igual a la de otras personas de menos edad e incluso puede ser mayor, por tener requerimientos especiales, por ejemplo los de salud de Mónica y Yolanda, por las dificultades o prácticamente imposibilidades de tener un empleo digno y remunerado en el caso de Nidia, o por ser proveedores de la familia Bruno y Juan.

Ante la precariedad en la que se encuentran la mayoría de las personas adultas mayores, su dependencia económica hacia la familia es común (Nidia, Bertha y Gabriel). Y a su vez es un tema que debe atenderse ante situaciones como la de Aura, en la que la familia trata de evitar ese rol de contención económica. Aun cuando el programa de 60 y más aporta una pensión mensual que es la principal fuente de ingresos entre algunas de las mujeres que acuden al Club, esta no es suficiente para cubrir con dignidad la manutención de una persona mayor. La incomodidad de la dependencia económica es un tema que no puede mantenerse a la ligera, pues impacta drásticamente en quienes están en desacuerdo con ella, al sentirse incómodos y controlados por quienes les ofrecen apoyo económico, incluso a pesar de ser sus propios hijos (Catalina, Mónica, Nidia).

Por ejemplo, Mónica asume sus gastos de manutención y médicos con dificultad, pero satisfecha de no depender de su familia, recurre a otro tipo de redes de apoyo entre amigos y conocidos e incluso cuando se ha encontrado convaleciente tiene la claridad de a quién, de entre todas las personas que forman su red de apoyo, llamar.

El despido injustificado de Nidia y la lamentable ausencia de oferta laboral para personas mayores la han orillado a buscar estrategias para mantenerse y continuar con sus actividades benéficas.

Por el contrario Juan y Bruno comparten ser las principales fuentes de ingreso en sus ámbitos familiares, incluso asumiendo hasta la fecha el monto total o parcial de la manutención de sus hijos en edad de trabajar. Aunque sus situaciones se diferencian, ya que Juan mantiene dos ocupaciones, mientras Bruno cuenta con el respaldado de su cómoda jubilación. La situación económica de estos dos hombres contrasta con la precariedad en que vive la mayoría de las mujeres entrevistadas y que depende en su mayoría de ellas mismas o de la voluntad de sus familias. Se trata de mujeres cuyas trayectorias de vida ocurrieron en un momento en el que la mayoría no tuvo oportunidades educativas y se dedicaron fundamentalmente al trabajo doméstico, razón por la cual pocas cuentan con la seguridad de la jubilación.

Las redes de apoyo. Antes de enfatizar el papel de estas redes dentro de la investigación, considero pertinente establecer que la violencia hacia personas adultas mayores ha de ser considerada en sus amplios mecanismos de ejecución que son perceptibles con detenimiento a partir del enfoque de la gerontogubernamentalidad expuesto en el capítulo II a través de múltiples escalas: desde la violencia simbólica y la estructural, hasta llegar a la violencia física que queda evidenciada en el maltrato y en el abandono⁷ (Ver Mancinas y Ribeiro, 2007; Tabueña, 2006). Introducir algunas implicaciones inmediatas de la violencia referentes a la vejez permite darle un sentido de reivindicación a las prácticas corporales y sociales de las personas envejecidas vinculadas al goce: el deseo y el placer, y la relevancia de las redes de apoyo ante esta situación.

También quiero ubicarme en contra de las imágenes negativas más comunes con respecto a la vejez: el encierro y la autosegregación, éstas no pueden ser consideradas universales. Por lo que la agrupación de personas mayores por su voluntad, en mayor o menor medida institucionalizada o de carácter autogestivo; o la interacción consciente en ambientes intergeneracionales con motivaciones de goce en la interacción, forman parte de la travesía del goce en contextos de violencia hacia las personas adultas mayores, un ejercicio pleno de la agencia individual y colectiva.

Las redes de apoyo que destaco en este acercamiento fueron en mayor medida el Club de oro, la Clase de la edad de oro, pero también las redes familiares y fraternales más cercanas. Que

⁷ Recomiendo el documental *Desenlaces* realizado por estudiantes de la Universidad Autónoma de Durango Campus Mazatlán, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ZQydeuVkrLo>

brindan contención afectiva, emocional y en algunas ocasiones cierto apoyo económico (Claudia, Yolanda, Mónica, Catalina, Bertha); en estas redes las mujeres responden de manera recíproca. Resulta interesante el hecho de que independientemente de sus recursos económicos, las mujeres estuvieran mejor posicionadas en este tipo de redes que los varones.

Arrinconar a personas adultas mayores como una población residual o como una carga para el grupo familiar y el Estado ha sido común. Una noción de este tipo está detrás de las políticas que segregan a una población mayor de 60 años y que diseñan para ella actividades de “entretenimiento” o “distracción” que no reconocen que esta población está constituida por personas con necesidades distintas, con deseos y proyectos propios. Evitar la segregación de las personas mayores se convierte en una necesidad, al igual que crear otro tipo de políticas comunitarias que busquen abrir espacios para en los intereses diversos de las personas que tiendan a ser intergeneracionales.

Bibliografía

Aguilar, Miguel y Soto, Paula (2013) *Cuerpo, espacio y emociones. Aproximaciones a las Ciencias Sociales*. Editado por UAM-I y Miguel Ángel Porrúa. México.

Amarante, Verónica, Colacce, Maira y Manzi, Pilar (2016) *La Brecha de Género en Jubilaciones y Pensiones*. Editado por Naciones Unidas, CEPAL, y Cooperación Española. Santiago.

Arber, Sara y Ginn, Jay (1996) *Relación entre Género y envejecimiento*. Editado por Narcea Ediciones. España.

De Beauvoir, Simone (2015) *La vejez*. 1a ed. Editado por Penguin Random House. México.

Bellato Gil, Liliana (2015) “*Traigo el deseo a flor de piel*”. *Espacio, corporalidad y experiencia erótica en un grupo de personas mayores de sectores medios en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas*. Tesis Doctoral. CESMECA.

Bourdieu, Pierre(1990) “La juventud no es más que una palabra”, en Grijalbo (ed.) *Sociología y Cultura*. México.

Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*. Editado por Anagrama. Barcelona.

Bourdieu, Pierre (2010) *La miseria del mundo*. 1ra ed. Editado por FCE. Buenos Aires.

Le Breton, David (2002) *Sociología del cuerpo*. Editado por Nueva Visión. Buenos Aires.

Brigueiro, Mauro (2002) “Vejez y sexualidad masculina: ¿reír o llorar?”, *Revista latinoamericana de Psicología*, 34(1–2), pp. 83–93.

Bury, Mike (1996) “Envejecimiento, Género y Teoría Sociológica”, en *Relación entre género y envejecimiento*, pp. 35–53.

Cañas, Sandra (2011) “Islam y relaciones de género en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas”, en CIESAS/COLMICH (ed.) *Entre el Estigma y la Resistencia. Dinámicas Étnicas en Tiempos de Globalización*. México, pp. 39–69.

Conde-Sala, Josep L. (2015) “Psicopatología en la Vejez. Manual de Psicopatología clínica”, pp. 1–43.

Coronado, Gabriela (2008) “Insurgencia y turismo: reflexiones sobre el impacto del turista politizado en Chiapas”, *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 6(1), pp. 53–68.

Creagh, Mabel, García, Damari y Valdés, Rolando (2015) “Envejecimiento poblacional como reto de la ciencia, la técnica y la sociedad .”, *Revista Habanera de Ciencias Médicas*, 14(6), pp. 884–892.

Cruz, Tania (2014) *Las pieles que vestimos. Corporeidad y prácticas de belleza en jóvenes chiapanecas*. Editado por EOSUR y UNICACH-CESMECA. México.

Elliot, Anthony (2009) “Sexualidades: teoría social y la crisis de la identidad”, *Sociológica*, 24(69).

Eroza, Enrique (2016) *El cuerpo como texto y eje vivencial del dolor. Las narrativas del padecimiento entre los tsotsiles de San Juan Chamula*. Editado por CIESAS y C. Chata. México.

Escalante, Carlos (2010) “Inspectores y maestros rurales ante la educación de los indígenas en el estado de México”, *Cuadernos interculturales*, 8(14), pp. 21–33.

Esteban, Mari Luz (2004) “Antropología encarnada. Antropología desde una misma”, *Papeles del CEIC*, pp. 1–21.

Esteban, Mari Luz (2013) *Antropología del cuerpo*. 2a ed. Editado por Bellaterra. España.

Fericgla, Josep (1992) *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*. Editado por Anthropos. Barcelona.

Foucault, Michael (1998) *La historia de la sexualidad*. 25°. Editado por Siglo Veintiuno. México.

Freixas, Anna y Luque, Bárbara (2009) “El secreto mejor guardado : la sexualidad de las mujeres mayores”, *Política y Sociedad*, 46(1–2), pp. 191–203.

Galindo, Jesús (1997) “Comunidad Virtual y Cibercultura, el caso del EZLN en México”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, III(005), pp. 9–28.

Garza, Anna (2012) *Cuxtitali en el siglo XIX. Etnografía histórica de una comunidad en la periferia de San Cristóbal de Las Casas Chiapas*. Tesis Doctoral. Universidad Nacional

Autónoma de México.

Garza, Anna y Toledo, Sonia (2004) “Mujeres, Agrarismo y Militancia. Chiapas en la década de los ochenta”, en *Tejiendo historias. Tierra, Género y Poder en Chiapas*.

Gascón, Delia (2014) *Construcción social de los cuerpos y la vejez en México. Género y medios de comunicación en el neoliberalismo*. Editado por P. Promep-UNEVE, PIFI. México.

Giddens, Anthony (1998) *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Editado por Ediciones Cátedra. Madrid.

Gonçalves, Carla (2017) “Del cuerpo íntimo”, en La cifra (ed.) *Temas selectos: los cuerpos del placer y del deseo*. México.

Greene, Graham (1996) *Caminos sin ley*. Primera ed. Editado por Mirada Viajera. México.

Gutiérrez, Eugenio y Ríos, Patricio (2006) “Envejecimiento y campo de la edad: elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico”, *Última década*, (25), pp. 11–41.

Hernández, Braulio y Botell, Miguel (2007) “Principales manifestaciones clínicas, psicológicas y de la sexualidad en un grupo de mujeres en el climaterio y la menopausia”, *Revista Cubana de Obstetricia y Ginecología*, 33(3), pp. 1–8.

Hirai, Shinji (2014) “La Nostalgia. Emociones Y Significados En La Migración Transnacional”, *Nueva Antropología*, XXVII, pp. 77–94.

Llanes, Caridad (2013) “La sexualidad en el adulto mayor”, *Revista Cubana de Enfermería*, 29(3), pp. 223–232.

López, Oresta (2006) “Las maestras en la historia de la educación en México: contribuciones para hacerlas visibles”, *Revista Electrónica Sinéctica*, (28), pp. 4–16.

Manrique-Espinoza, Betty *et al.* (2013) “Condiciones de salud y estado funcional de los adultos mayores en México”, *Salud Pública de Mexico*, 55(SUPPL.2), pp. 323–331.

McDowell, Linda (2000) *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Editado por E. Cátedra. Madrid.

McMullin, Julie (1996) “Teoría de las relaciones de edad y género”, en Narcea (ed.) *Relación*

entre Género y envejecimiento. España.

Mebrado, Monique (2010) “Experiencias de envejecer y experiencias urbanas- un estudio en el suroeste francés”, *Alteridades*, 20(39), pp. 57–65.

Montes de Oca, Verónica (2011) “Viudez soledad y sexualidad en la vejez mecanismos de afrontamiento y superación”, *Revista Temática Kairós Gerontología*, 14(5), pp. 73–107.

Moya, Mario (2013) “Genealogía de una vejez no anunciada: biopolítica de los cuerpos envejecidos o del advenimiento de la gerontogubernamentalidad”, *Polis*, 36(2013), pp. 431–451.

Muñiz, Elsa (2002) *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional*. Editado por UAM-A y M. Á. Porrúa. México.

Muñiz, Elsa (2017) “Los cuerpos del placer y del deseo”, en La cifra (ed.) *Temas selectos: los cuerpos del placer y del deseo*. México.

Nancy, Jean-Luc (2017) “El cuerpo del placer”, en La cifra (ed.) *Temas selectos: los cuerpos del placer y del deseo*. México.

Narotzky, Susana (1995) *Mujer, mujeres, género*. Editado por Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Ocampo, José y Londoño, Isabel (2007) “Ciclo vital individual: la vejez”, *Revista de la Asociación Colombiana de Gerontología y Geriatria*, 21, pp. 1072–1083.

Ortelli, Paola (2016) *Ciudadanía y poder. Profesionistas tsotsiles en un municipio de los Altos de Chiapas*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma Metropolitana.

Ortelli, Paola y Sartorello, Steffano (2011) “Jóvenes universitarios y conflicto intercultural”, *Perfiles Educativos*, XXXIII(Número especial), pp. 115–128.

Osuna, María J. (2006) “Relaciones sociales en la vejez. Vínculos de los abuelos y las abuelas con sus nietos y nietas en la infancia”, *Revista Multidisciplinar de Gerontología*, 16(1), pp. 16–25.

Paniagua, Jorge (2011) *Cuando la identidad camina. Diversidad urbana y cambio cultural en San Cristóbal de Las Casas, México. Una perspectiva antropológica*. Tesis Doctoral.

Universidad de Granada.

Peña, Gilda *et al.* (2016) “El deseo sexual en varones adultos mayores , su relación con la testosterona sérica y otros factores”, *Revista Cubana de Endocrinología*, 27(1), pp. 29–44.

Quintanar, Fernando (2017) *Compartamiento sexual en la vejez*. Editado por PAX México. México.

Rivera Farfán, Carolina y *et al.* (2005) *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas*. Editado por UNAM. México.

Rodríguez, Marta (2009) “La soledad en el anciano”, *Gerokomos*, 20(4), pp. 159–166.

Rus, Diana (1997) *Mujeres de tierra fría. Conversaciones con las coletas*. Primera ed. Editado por UNICACH. Chiapas, México.

Ruz, Mario H. y Viqueira, Juan P. (1995) *Chiapas Los rumbos de otra historia*. Editado por Universidad Nacional Autónoma de México. México.

Sabido, Olga y Cedillo, Roberta (2015) “Miradas desde las ciencias sociales al cuerpo en México: tendencias, temáticas y abordajes disciplinares”, en UAM-X y Cifra, L. (eds.) *El cuerpo. Estado de la cuestión. México*. México.

Sanz, Fina (2008) *La fotobiografía*. Editado por Kairós. España.

Scott, Joan (1996) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en PUEG (ed.) *El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México.

Treviño, Sandra, Pelcastre, Blanca y Márquez, Margarita (2006) “Experiencias de envejecimiento en el México rural”, *Salud Publica de Mexico*, 48(1), pp. 30–38.

Vance, Carole (1997) “La antropología redescubre la sexualidad: un comentario teórico”, *Estudios demográficos y urbanos*, 12(1/2 (3/4)), pp. 101–128.

Vasilachis, Irene (2006) *Estrategias de investigación cualitativa*. Editado por Gedisa. España.

Weeks, Jeffrey (1984) “La invención de la sexualidad”, en Routledge y Kegan Paul (ed.) *Placer y peligro. Exploración de la sexualidad femenina*. Boston y Londres.

Wong, Rebeca y Espinoza, Mónica (2003) “Ingreso y bienes de la población de edad media y avanzada en México”, *Papeles de Población No. 37*.

Yuni, Alberto y Urbano, Claudio (2008) “Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino”, *Revista Argentina de Sociología*, año 6(num. 10), pp. 151–169.